

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Psicología

El Reto de la crianza de los hijos en padres y madres
Económicamente activos

T E S I S
PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA
P R E S E N T A :
RICARDO CRUZ TRUJILLO

Directora: Maestra Blanca Elena Mancilla Gómez
Revisora: Maestra Guadalupe Santaella Hidalgo

México DF

Mayo 2008



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Al Amigo, Licenciado y Maestro

Guillermo Alvirde Gutiérrez

*Te dedico este trabajo por todo
el apoyo, cariño, entusiasmo y tus sabios
consejos que me has brindado,
por ser el pilar de mi vida.
Sin ti no lo habría logrado,
soy afortunado por ser tu amigo.*

*A mi madre María Inés Trujillo González
Por tu ejemplo de vida
como luchadora incansable
y estar siempre conmigo.*

*A mi padre Apolunio Cruz Hernández
Por tu comprensión, paciencia
y apoyo en cada momento.*

*A mis hermanos Consuelo y Fernando
Por su amistad y cariño.*

A mi "Alma Mater"

*Por brindarme los conocimientos
que aplicaré mi vida como profesional
de la Psicología*

A la Licenciada Blanca Elena Mancilla Gómez

*Por su sabia y bien orientada dirección
para la elaboración del presente trabajo.
Gracias por su tiempo.*

A la Licenciada Guadalupe Santaella Hidalgo

*Por todo el apoyo recibido en la realización
de este trabajo.
Muchas gracias.*

De una forma muy especial a
Todos los integrantes de la familia
Alvirde Gutiérrez

Por apoyarme, brindarme
afecto y hacerme sentir
parte de su apreciada familia.

Muchas gracias.

Contenido	
Resumen.....	3
Introducción.....	4
Marco teórico.....	6
Método.....	10
Capítulo 1 Antecedentes históricos de la familia.....	12
1.1 Evolución de la familia.....	12
1.2 Definición de familia.....	14
1.3 Factores sociales y económicos.....	18
1.4 Tipos de familias.....	20
Capítulo 2 Contexto de la crianza.....	29
2.1 Tipos de crianza.....	29
2.2 Estilos de crianza.....	29
2.2.1 Estilo autoritario.....	29
2.2.2 Características de los niños con padres autoritarios.....	30
2.2.3 Estilo permisivo.....	31
2.2.4 Estilo democrático.....	31
2.2.4 Características de los niños con padres democráticos....	32
2.3 Exigencia y responsabilidad.....	32
2.4 Efectos de los diferentes tipos de crianza.....	40
Capítulo 3 Desarrollo psicosocial de los niños.....	49
3.1 Apego.....	49
3.2 Función de las conductas de apego en el desarrollo infantil.....	50
3.3 Familia.....	51
3.4 Tipos de apego.....	52
3.4.1 Apego ansiosos-evitantes.....	52
3.4.2 Apego seguro.....	54
3.4.3 Apego ansioso ambivalente.....	54
3.5 Desarrollo del apego.....	55
3.6 Figuras de apego.....	57
3.7 El trabajo de la madre y la crianza de los hijos.....	59

3.8	La separación del niño con la figura de apego.....	63
3.8.1	Escolarización.....	64
3.8.2	Hospitalización.....	65
3.8.3	Divorcio.....	66
3.8.4	Muerte.....	67
3.9	Consecuencias de la separación.....	67
Capítulo 4 Economía familiar.....		70
4.1	Actualidad y realidad económica.....	70
4.2	La mujer como jefe de familia.....	76
4.3	Redes de apoyo.....	82
4.4	Trabajo remunerado y trabajo no remunerado.....	83
4.5	El hombre como proveedor de la familia.....	85
Capítulo 5 Los hijos, sus demandas y necesidades.....		91
5.1	Educación en la casa.....	91
5.2	Educación en la escuela.....	99
5.3	padres o amigos.....	105
Capítulo 6 Conclusiones.....		107
Bibliografía.....		114

Resumen

El presente trabajo es una revisión documental de las diferentes tipos de crianza de los hijos, los diferentes tipos de familia y los problemas de interacción entre los hijos y sus padres cuando ellos son económicamente activos. Sobre las espaldas de las mujeres se ha impuesto por tradición, la responsabilidad principal de la crianza de los hijos, sin apoyo de los padres, esto se agrava porque además las mujeres sufren de discriminación laboral, el modelo de dos proveedores económicos en el hogar se ha generalizado en la población, respondiendo a razones de orden económico pero también a motivos de orden cultural y social que ponen en tema de juicio la tradicional división sexual del trabajo; el significado que se le da a ser padre o madre influye directamente en el sano desarrollo psicosocial de los hijos.

Palabras clave: crianza,
 madres y padres,
 económicamente activos
 hijos

INTRODUCCIÓN

En la actualidad el tiempo que los padres dedican a sus hijos es menor, debido principalmente a cuestiones económicas. Ya que ambos padres se ven en la necesidad de trabajar o tener una actividad que les genere ingresos para sustentar los gastos tanto para ellos como para sus hijos.

Los padres se enfrentan a la crianza de los hijos en un entorno donde las exigencias de un medio competitivo en todos los ámbitos requiere por igual la incorporación de los hombres como de las mujeres en los campos laborales, los roles que anteriormente se le proporcionaba a la mujer, siendo la encargada del cuidado de los hijos, en los tiempos modernos ya no pueden funcionar de esta manera.

La conformación de la familia en la actualidad ha variado, existen madres solteras, y abuelas que asumen responsabilidades de madre con los nietos mientras que los padres y las madres se desempeñan dentro del campo laboral. En otros casos se recurre a las guarderías, a los hermanos mayores u otros familiares.

Se han realizado investigaciones de los diferentes estilos de crianza, en donde se estudia el afecto, hostilidad, permisividad, autoconcepto, etc. (Baldwin, 1949; Baumrind, 1967; Coopersmith, 1967; Sears, Maccoby y Levin, 1957.) Sin embargo, considero que cómo se desarrollen estas características de los hijos va más allá del estilo de crianza, siendo fundamental la calidad del tiempo que los padres dedican a sus hijos más que la cantidad de tiempo. Así como los sustitutos que se tienen para cubrir las necesidades de cuidado para los hijos; es decir, la redes de apoyo con las que cuentan los padres, o los recursos que emplean para este fin.

La sociedad a la que se pertenece influye directamente en como los padres deben criar a sus hijos, en nuestra sociedad estas responsabilidades son delegadas a la madre principalmente, aún cuando los padres se muestran más participativos en esta labor.

Por lo antes dicho, la familia es esencial para un buen desarrollo físico y psicológico de los hijos. Por lo tanto, conviene definir a la familia como: un sistema dinámico e interdependiente (Bronfenbrenner, 1979; Minuchin, 1988, 1994; Rogoff, 1993; Henry, 1994; Llanes, 1996) en las que las acciones de unos influyen en la de los otros; esto afecta en mayor o menor medida la calidad y estilo de las relaciones domésticas ya sea están relacionadas de tipo parental, Fraternal o conyugal, o sociales externas, en las que surgen procesos inter-psicológicos de tipo afectivo, escolar, deportivo, religioso e incluso circunstancial.

El manejo de la autoridad de nuestras familias hispano-hablantes ha sido tradicionalmente autocrático. El padre y la madre imponen las normas, ellos corrigen, castigan o premian. Pero el padre es el que tiene la última palabra, en él reside la responsabilidad económica, social y moral de la familia.

Lo anterior ha ido cambiando según la economía del país, las necesidades que tiene la familia, no son redituables con los salarios mínimos actuales, es por eso que los padres se ven obligados a tener mas de un empleo al igual que las madres, teniendo como consecuencia a niños que crecen con los abuelos o con otras redes de apoyo, restando así la autoridad a las figuras parentales.

El presente trabajo se enfocará a la revisión bibliográfica de investigaciones recientes, de los últimos 5 años, y de algunos clásicos de la teoría psicoanalítica que profundizaron su trabajo en el desarrollo del niño. Con la finalidad de enfatizar sobre las dificultades que enfrentan los padres en la crianza de los hijos, debido a las exigencias de el medio en la actualidad; es decir, como se han ido compaginando los roles de las madres y los padres, de tal modo que ambos cumplan con actividades similares de trabajo en el hogar, así como en el ámbito profesional y / o laboral.

¿Cómo influye en la crianza de los hijos el que ambos padres trabajen? ¿Cuáles son las dificultades que enfrentan los padres en la actualidad en la crianza de los hijos? ¿Cómo afecta en la figura de autoridad el hecho de que los padres no pasen tiempo suficiente con los hijos?

La finalidad de esta tesis radica en conocer la eficacia del tiempo que los padres y madres dedican a sus hijos y como las exigencias económicas orillan a los padres y madres a tener trabajos donde invierten todo su tiempo, dejando en segundo término al acercamiento afectivo con sus hijos y en tercero su propia persona.

Marco teórico.

La familia es la principal instancia encargada del proceso de humanización de las personas en ella no solo se garantiza el curso biológico, sino, que además se construyen las bases de la personalidad y de las modalidades de integración social de cada individuo.

La relación que existe entre la familia, el individuo y la sociedad implica una interdependencia en que la sociedad moldea a la familia y al individuo, como parte integral de la estructura familiar y la familia de la estructura social.

Por consiguiente, la familia es el pilar fundamental del proceso de socialización – idealización, y de acuerdo con Cooper (1981) representante deliberado en toda sociedad clasista.

Asimismo, Caparrós (1977) refiere que la familia cumple con distintas funciones en tres niveles:

- A) Para consigo misma: Básicamente la familia se limita a conservarse en el espacio y reproducirse en el tiempo, dando así continuidad al fondo de la relación familia individuo sociedad.
- B) Para con el individuo: Decide de alguna manera su nacimiento, satisface y culturaliza la dependencia biológica determina en mayor o menor grado el límite de la independencia de la prole, es el vehículo del acceso al otro mediante el principio de realidad objetiva o el principio de realidad represiva y transmite las normas sociales.
- C) Para con la sociedad: actúa directamente en la perpetuación de las normas sociales, y estabiliza el sistema social. La sociedad se procrea por medio de la familia es una instancia sensibilizadora, sirve como homogenizador del psiquismo de sus miembros. Por otra parte utiliza a la sociedad para hacer perdurables sus normas, promoviendo su supervivencia.

Cooper (1981) analiza la estructura familiar en la sociedad occidental actual, afirmando que ésta, es a la vez generadora de problemas de salud mental. En este sentido Cooper afirma: “criar a un niño equivale en la práctica a hundir a una persona.”

En este punto me encuentro parcialmente de acuerdo con Cooper, ya que si bien la salud mental de cada miembro de familia queda determinada por ésta, también los logros y metas trazadas de forma individual tienen su base en la relación familiar, sea considerada buena o mala para el individuo; por lo tanto el criar a un hijo no lo considero equivalente a “hundir a una persona”, mas bien, la crianza de cada hijo es un experimento nuevo, del cual hay que tomar nuestra parte de responsabilidad para que éste no falle.

Según Melanie Klein (1947), las posiciones constituyen polos entre los cuales oscila la vida psíquica; se definen a través, justamente, de la posición del niño en relación con el objeto: características del objeto, características de la ansiedad, métodos defensivos en relación a dicha ansiedad.

Esta teoría implica el complemento del esquema de las fases libidinales para pasar a una conceptualización en la que la angustia, las defensas, el amor y la agresión se articulan con problemas de organización y estructuración del mundo objetal.

En relación con la posición depresiva, se establece un complejo de Edipo arcaico alrededor de los 2 años. La angustia y la culpa incrementarían la necesidad de externalizar (proyectar) figuras malas y de internalizar (introyectar) figuras buenas; de lograr los deseos, el amor, los sentimientos de culpa y tendencias reparatorias a ciertos objetos y el odio y la angustia a otros, de encontrar en el mundo exterior representantes de las figuras internas, hechos que ocurren en el complejo edípico.

La existencia de temores persecutorios fantasmáticos en los niños pequeños y la capacidad de los mismos de disociar el objeto. Un estado paranoide rudimentario como una etapa precoz del desarrollo situado en la fase anal primaria. Se considera el primer tipo de relación de objeto de la fase oral, con aspectos ideales y aspectos persecutorios.

Las relaciones de objeto parcial, la escisión y la ansiedad persecutoria se presentan juntas y preceden a la integración.

El desarrollo psicológico se inicia cuando el niño logra relacionarse con el medio. Esto lo lleva a tener una experiencia individual y a significar un repertorio de acciones. El aprendizaje de estas primitivas conductas va posibilitando el conocimiento de sí mismo desde una perspectiva muy general y constituye la primera noción del proceso de individuación de la consciencia. Por ejemplo: se tiende a repetir las conductas que producen placer y a evitar las que tengan alguna relación con el dolor. A través de esta repetición de acciones se adquieren los "modelos emotivos básicos".

La actividad descrita, centrada únicamente en la esfera emotiva interna, genera la familiaridad con los sentidos y con la posibilidad de actuar hacia el exterior. Esto último aún se mantiene dentro de la perspectiva emotiva porque todavía no está claramente diferenciado el yo del entorno. Por esta razón, se siente y observa un objeto como si la existencia de éste dependiera de la percepción. Si la atención del niño se centra en un objeto y lo observa detenidamente, al cubrirlo con un paño, su reacción inmediata es la de desesperarse y llorar. Su respuesta es eminentemente emotiva. Para él, no ver el objeto significa que éste ha dejado de existir.

El siguiente paso consiste en una acción de respuesta al hecho que incomoda. En el ejemplo anterior, el niño intentará buscar detrás de aquello que encubre al objeto deseado. Esto significa que ha entrado en su consciencia un segundo objeto que desempeña una función. Es posible que cada vez que enfrente al segundo objeto, intente buscar algo por debajo de él. Aunque fracase en su búsqueda, no pensará que el primer objeto está en otro lugar, sino que seguirá pensando que ha desaparecido. Es una búsqueda irracional que sólo distingue la función de un objeto y no la posición objetiva de lo deseado.

Los estados de necesidad son los que originan que la consciencia del yo se active como tal y se produzca la diferenciación con el ambiente. Son estados de estimulación sentidos desde el organismo y que el niño vivencia como incomodidad, desagrado y tensión interior.

Para satisfacer esta y otras necesidades donde no basta su capacidad, el niño entiende que debe recurrir a otras personas. Empieza a comprender que los sucesos que percibe existen independientemente de su conducta. Esta forma de captar el medio externo constituye el proceso llamado "objetivación elemental de la causalidad" y caracteriza una forma nueva de comprensión del mundo. En este período surge la imagen de la madre como un hecho de especial significación. Es un personaje de la vida infantil que tiene la capacidad de acabar con las tensiones, incomodidades y desagrados por el solo hecho de estar presente. Desde esta relación de placer con la madre, se empiezan a establecer las primeras relaciones afectivas y sociales. Esta relación define gran parte de la formación de la personalidad y del sí mismo.

Klein (1946) sostiene que la ansiedad se origina en la acción interna del instinto de muerte. La alteración del equilibrio pulsional es inaugurada por el nacimiento y se repite cada vez que privaciones de origen interno o externo intensifican las pulsiones agresivas.

Bion y Winnicott, (1947) pese a que no se influyeron uno al otro, sus teorías tienen mucho en común en este punto, ya que Bion propone el concepto de *Reverie* de la madre, como la capacidad de contención emocional. Él diría que se espera que la madre en primera instancia y también el padre sean capaces de recibir las angustias, molestias y llantos del niño y transformarlos, devolviéndolos descargados de angustia, de una forma más apropiada en que sí puedan ser toleradas y recibidas por el niño.

Las noticias del mudo, sea la prensa, el radio y la televisión nos asaltan con sucesos impactantes que se desarrollan en el escenario de la familia: agresiones a la pareja, maltrato a los hijos, delincuencia temprana, abandono de ancianos, etc. De hecho, los estudios indican que la familia es un ambiente de gran peligrosidad ya que en él se cometen una gran parte de los delitos y crímenes en nuestra sociedad. Estos sucesos no son nuevos en la historia de la familia pero ahora la sociedad los ha construido como fenómenos sociales.

la familia es la institución más valorada de la sociedad; sin embargo, una de las claves de que se produzcan tales acontecimientos es que en nuestras sociedades modernas se dan grandes contradicciones ya que coexisten, junto a los valores, un buen número de tensiones sociales. La vida familiar es un tejido delicado que refleja las tensiones sociales del momento y es muy sensible a éstas. Algunas de las condiciones de vida actuales son muy desfavorables para la familia:

Existen ambientes sociales tóxicos en nuestra sociedad caracterizados por la violencia, el aislamiento social, que son producto de una sociedad poco solidaria y escindida en grupos ya sea por motivo de raza, credo o clase social.

El contexto laboral de los padres es poco respetuoso para la vida familiar (horarios extensos de los padres y las madres) Además existen dificultades para conciliar la vida familiar y laboral lo que está ocasionando que las mujeres tengan que elegir entre ser madres u ocupar el puesto profesional para el que se han formado.

Existe una desconexión entre la Familia y la Escuela, de modo que los hijos como alumnos no encuentran apoyo a su motivación y rendimiento escolar en muchos casos.

A partir de estas buenas experiencias con su medio el niño aprende a desarrollar sus primeras concepciones acerca del amor, el bienestar, la comprensión, etc. Es decir, el niño requiere de un estado anímico de los padres, abierto a recibir cualquier vivencia de sus hijos.

Método

¿Cómo influye en la crianza de los hijos el que ambos padres trabajen? ¿Cuáles son las dificultades que enfrentan los padres en la actualidad en la crianza de los hijos? ¿Cómo afecta en la figura de autoridad el hecho de que los padres no pasen tiempo suficiente con los hijos?

En la presente propuesta de investigación documental, se pretende analizar la organización de la familia según su composición; es decir, tomar en cuenta que las familias en la actualidad han dejado de ser solo familias tradicionales, formándose las familias extensas y las familias de un solo padre, generalmente madres solteras.

La evolución que ha tenido la sociedad, ha afectado de diferentes formas a la familia, por lo tanto es necesario analizar los factores sociales y económicos, los cuales afectan de diferentes formas la vida familiar.

Esta investigación documental, tiene la finalidad de actualizar la información y dar una opinión personal que aporte al conocimiento del tema, tratando de hacer consciencia en los actuales y futuros padres.

En este trabajo, se pretende realizar una investigación documental, donde la principal fuente será las investigaciones realizadas sobre el tema en los últimos 5 años, registradas en las bases de datos con que cuenta esta facultad, así como libros de reciente publicación sobre el tema, artículos y tesis de otras universidades.

En la presente investigación documental, se hará énfasis al enfoque sistémico, ya que desde esta perspectiva podemos estudiar a la familia en su conjunto. Así como el enfoque dinámico, porque la crianza de los hijos así como todos los eventos que se dan dentro de la familia están en constante movimiento, y la economía familiar depende del momento histórico en el que se encuentre.

El trabajo final quedará organizado de la siguiente manera:

En capítulo 1, Antecedentes históricos de la familia, se pretende hacer una reseña de cómo ha ido evolucionando la familia a través del tiempo. Así como su definición.

Desde un enfoque sistémico, donde se ve a la familia como un sistema compuesto de subsistemas y a la vez ser subsistema de un macrosistema, se pretende abordar esta investigación, sin dejar a un lado el sistema dinámico, desde el cual, analizar y explicar las diferentes formas de convivencia familiar.

El capítulo 2, Contexto de la crianza. Se pretende analizar los diferentes tipos de crianza, y como influye en el desarrollo psico-social de los niños. Tomando en consideración las teorías del apego materno planteadas desde el psicoanálisis.

También se analizará la forma de como han sido criados los padres, y su influencia en la crianza de los propios hijos.

El capítulo 3 Desarrollo psicossocial de los niños. Tratará de hacer una breve explicación de cómo se da el desarrollo de los niños. Ya que cada etapa de vida genera necesidades diferentes, por consiguiente las relaciones entre los padres y los hijos se vuelven más complejas.

Siendo la comunicación entre los miembros de la familia un punto medular de la convivencia entre cada uno de los miembros que la conforman, me parece de gran importancia, considerar como evoluciona dentro de ésta, según el estilo de crianza.

Capítulo 4 Economía familiar. Este capítulo es la base central de mi tesis, ya que en éste pretendo analizar una parte de la respuesta a la pregunta de investigación, con el estudio de investigaciones realizadas en los últimos 5 años y publicadas principalmente en la base de datos de la Facultad.

Pretendo hacer un desglose de como el hombre deja de ser el principal pilar de la economía doméstica y como la mujer, se incorpora al campo laboral, sin dejar a un lado la carga asignada culturalmente, de criar y cuidar a los hijos.

Tomando en cuenta, que en la actualidad existen familias formadas por un solo padre, siendo éste en mayor medida la madre, y considerando a las madres adolescentes, así como las redes de apoyo con las que ellas cuentan.

El capítulo 5, Los hijos, sus demandas y necesidades, se pretende analizar basados en los estilos de crianza como se da la educación dentro de la casa. Como influye esta educación en la parte académica y como es su influencia ante factores ajenos a la familia, los cuales pueden ser internos o externos.

En el capítulo 6 se pretende dar respuesta a la pregunta de investigación, considerando principalmente los dos últimos capítulos de este trabajo, así como hacer una propuesta de como se podría compaginar el desempeño laboral, y la crianza de los hijos, dependiendo del tipo de familia a la que se pertenezca.

Capítulo 1 Antecedentes históricos de la familia.

1.1 Evolución de la familia.

La familia es un grupo natural que se halla insertado en una forma de organización social, la cual responde, con su poli-funcionalismo y polimorfismo, al contexto sociocultural de la sociedad imperante. Engels (19) señaló que "la familia es la célula fundamental de la sociedad"; de ahí que, desde su origen, la familia tenga una relación muy estrecha con el desarrollo del sistema socioeconómico imperante.

La familia surge como una necesidad de la supervivencia de los hombres, siendo la primera unión entre hombres y mujeres a través del matrimonio, por sexo, sin constituir una pareja, dando lugar a la familia consanguínea y produciéndose relaciones entre hermanos, padres e hijas, etc. (Marrero 2002) En esta etapa no existía una organización familiar como la concebimos ahora; más bien se trataba de un período de transición entre lo animal de la manada y lo humano de las primeras organizaciones sociales (gen, clan, tribu, etc.)

En la época del salvajismo aparece el matrimonio por grupos, dando lugar a la familia punalúa. En esta forma de organización familiar, las relaciones sexuales estaban limitadas a los miembros de la tribu.

Es la época de la barbarie cuando se presenta el matrimonio sindiásmico, dando lugar a ese mismo tipo de familia; ya aquí sí existe la pareja, que permite que tanto el hombre como la mujer tengan relaciones con otros individuos, aunque no sean de la misma tribu.

El llamado matrimonio monogámico, que da origen a la familia monogámica causada por la aparición de la propiedad privada que, a su vez, engendra la necesidad de conocer los lazos consanguíneos con el fin de poder transmitir los bienes de herencia. Es decir, con el surgimiento de la familia también surge la división del trabajo (el grupo que se dedica a la pesca, los agricultores, los ganaderos, etc.), apareciendo la división de las clases sociales. (Marrero 2002)

Antes de 1852, el matrimonio canónico era suficiente para formar con ello una familia que derivara de un matrimonio válido que le diera solidez, sin embargo, en México, el entonces presidente Benito Juárez García decidió quitarle poder a la iglesia católica, instituyendo el matrimonio civil, mismo que nace en Holanda en 1850, más que como medio de disminuirle el poder, surge para mantener controlados a los disidentes religiosos.

Desde las conceptualizaciones más burdas hasta las más complejas, el matrimonio civil es la forma legal (para el estado) de formar una familia, que debe cumplir con ciertos requisitos que el legislador ha denominado elementos de existencia y de validez; los primeros de ellos (de existencia), tienen por finalidad el

surgimiento a la vida jurídica, mientras que los segundos plenifican los efectos, imposibilitando la nulidad.

La familia es una institución básica en la sociedad, cuya constitución se basa en relaciones de afecto entre sus miembros y cumple funciones sociales e individuales. Cada formación económica social modifica las normas y valores sociales que repercuten en el funcionamiento familiar.

Los estudios sociales y antropológicos sobre la pareja humana nos permiten deducir que en las culturas más primitivas la participación e influencia de la mujer en la actividad familiar es importante. Su papel se hace especialmente necesario en todo lo que afecta a la procreación y cría de los hijos. La función del varón mira preferentemente a la defensa y ayuda de la familia desde el entorno exterior. Las funciones de la pareja y de los hijos varones y mujeres son en general complementarias y se adaptan a las particulares inclinaciones y aptitudes del propio sexo. La idea de que todos pertenecen a un mismo tronco familiar, de que son solidarios en lo bueno y en lo malo, es el principal factor humano, social y moral que aglutina a los miembros del grupo familiar.

La suprema aspiración de la familia, después de cubrir las necesidades de subsistencia, se centra en los hijos, que son la más segura garantía de ayuda para los mayores, llegado el tiempo de su decrepitud, y los herederos naturales del patrimonio de la familia, tanto en el orden material como en el cultural, moral y espiritual. En este sentido, el cuidado de proteger la legitimidad de los hijos, de educarlos en las tradiciones, creencias y valores de la familia y de transmitirles la herencia familiar, está en el centro de los ideales familiares.

La familia humana tiene desde sus orígenes unas convicciones éticas fundamentales, como son la de evitar los enlaces matrimoniales entre los parientes más cercanos así como la prohibición del incesto y la norma de la exogamia; y la obligación que tienen los cónyuges de guardarse mutua fidelidad.

El matrimonio se considera un pacto firme que no puede romperse a no ser por problemas que en general deben ser reconocidos social o legalmente. Otros aspectos culturales relacionados con la autoridad e influencia que el hombre o la mujer ejercen en la familia no quitan valor en lo esencial a estas afirmaciones.

El matrimonio se celebra desde muy antiguo como una gran fiesta familiar y social. Las diversas ceremonias de esta fiesta tienen un simbolismo humano y religioso, que pone de relieve el significado del matrimonio, entendido como cohabitación de la pareja.

En las culturas antiguas, la voluntad de la pareja se integra de forma muy profunda en la realidad del grupo familiar, adaptándose en general con facilidad a las costumbres y tradiciones transmitidas. El hecho de que se rechace por principio el matrimonio entre personas de distinta cultura (raza, pueblo, religión) contribuye a que esta integración de la pareja sea mayor.

El modelo de familia y de matrimonio que predomina, tanto en el terreno de los hechos como de los principios, parte del supuesto de que la autoridad del esposo está por encima de la de la esposa, si bien esta es considerada como parte principal en el hogar, que merece el respeto y la estima del esposo.

Las relaciones entre los esposos miran preferentemente al bien de los hijos, a la legitimidad de su nacimiento, a su cuidado y educación, a la herencia y transmisión de las tradiciones, derechos y bienes de la comunidad familiar. El amor conyugal es un elemento que forma parte de esas relaciones, pero que no se manifiesta de forma ostensible. Las relaciones de la pareja se basan sobre todo en la comunidad de vida, que constituye la realidad de la familia, protegida por unas normas y derechos de carácter público. Los aspectos humanos de la relación de pareja están condicionados por los criterios y principios que imperan en una determinada sociedad, y dependen por tanto del nivel social, económico y cultural en que viven.

En general, en las sociedades más antiguas o primitivas hay un fuerte desequilibrio entre la condición social del hombre y de la mujer, que se transmite a la forma de relación de la pareja. La mujer asume esta realidad de una forma natural, procurando servir al hombre en el cumplimiento de sus funciones más propias, relacionadas con el cuidado de los hijos y del hogar. Es en la cultura greco-latina, que experimenta un mayor desarrollo de los derechos humanos y sociales (en lo que afecta a las clases libres), donde se impone con carácter exclusivo la institución del matrimonio monógamo, que responde a una relación de pareja más igualitaria. En la historia del pueblo hebreo se verifica también una opción cultural y religiosa a favor del matrimonio monógamo y un progresivo abandono de cualquier forma de poligamia.

La institución del matrimonio forma parte del acervo cultural de los pueblos, de sus costumbres y tradiciones, de sus creencias y normas. El fenómeno de la sexualidad, la experiencia del amor conyugal, la fecundidad de la mujer, la felicidad y prosperidad del hogar, se interpretan según las ideas y tradiciones que conforman la cultura de cada pueblo. Así, en la cultura greco-romana predomina una visión mitológica según la cual el hombre está sometido al capricho de los dioses. La religión hebrea, en cambio, considera que el matrimonio y la familia son obra de Dios y están bajo su amparo. En esta línea bíblica, el cristianismo elaborará su propia visión del matrimonio.

1.2 Definición de familia.

La familia es el grupo humano primario donde cada individuo aprende modos de comportamiento en sociedad. Lo vivido en este grupo tiene influencia trascendental en el desarrollo de cada ser humano y deja profundas e imborrables huellas. (Pérez C. 1999)

La institución familiar se encuentra esencialmente ordenada a transformar un organismo biológico en un ser humano, incluida su dimensión social: los valores que dan consistencia a la vida humana, en especial la experiencia de "ser persona", se aprenden en la familia; y la historia muestra que en esta misión la familia reviste un papel insustituible. (Instituto Superior de Ciencias Religiosas "San Agustín" 2002.)

La familia constituye el núcleo de la sociedad representa el tipo de comunidad perfecta, pues en ella se encuentran unidos todos los aspectos de la sociedad: económicos, jurídicos, socioculturales, etc (Palacios, J. 2002).

La familia es la unidad social, y se la considera como una organización social primaria que se caracteriza por sus vínculos, y por las relaciones afectivas que en su interior se dan, constituyendo un subsistema de la organización social.

Son muchas las definiciones que hay de familia pero la mayoría plantea que es la estructura social básica donde padres, madres, e hijos e hijas se relacionan. Esta relación se basa en fuertes lazos afectivos, pudiendo de esta manera sus miembros formar una comunidad de vida y amor. Esta familia es exclusiva, única, implica una permanente entrega entre todos sus miembros sin perder la propia identidad. Entendemos de esta manera que lo que afecta a un miembro afecta directa o indirectamente a toda la familia; por ello entonces que hablamos de sistema familiar, de una comunidad que es organizada, ordenada y jerárquica y muchas veces relacionada con su entorno (Satir V.1999).

Los miembros del grupo familiar cumplen roles y funciones al interior de esta, funciones y roles que son los que permiten relacionarse con otros sistemas externos, tales como el barrio, el trabajo, la escuela, etc.

Por mi parte considero que familia es un grupo de personas unidas por lazos de parentesco, matrimonio, concubinato o adopción, que viven en un mismo espacio geográfico y que establecen determinado nivel de relaciones afectivas.

Es dentro del grupo familiar en donde se aprenden los valores y se transmite la cultura, la cual será filtrada y orientada por cada sistema. La ubicación geográfica de este sistema familiar (rural o urbano) determina también ciertas características de la organización y los roles que en ella se dan.

Cuando tomamos a la familia con un enfoque sistémico, esta perspectiva hace necesario tener en cuenta sus características, como sistema en su totalidad, con una finalidad, formado por seres vivos, complejos en sí mismos, en el que se debe tener en cuenta que este sistema familiar es más que la suma de cada uno como individuo, que en él se genera un proceso de desarrollo, que permite su crecimiento en complejidad y en organización; que debe tomar en cuenta una perspectiva multi-generacional en el que un evento histórico o situacional afectará a los miembros del sistema familiar, en diferente grado, pero al final todos serán de cierta manera modificados por esta situación.

Toda familia nuclear o extendida se relaciona con otros sistemas con los que debe interactuar, que afectan su dinámica en forma negativa o positiva.

En este sentido consideramos a la familia como un sistema integrador multi-generacional, caracterizado por varios subsistemas de funcionamiento interno, e influido por una variedad de sistemas externos relacionados (Nichols y Everett, 1986).

Bronfenbrenner, (1979) postula que la conducta individual se puede explicar mejor al comprender el contexto ambiental en el que se presenta, en este sentido el ambiente humano es en extremo complejo pues se incluyen dimensiones físicas, estructuras sociales, económicas y políticas.

Cualquier teoría por congruente que sea, también es relativa, de acuerdo al contexto y a la vigencia de los paradigmas, según las determinaciones sociales. La sistémica es útil pero no suficiente, en los contextos humanos, pero sí permite entender a la familia como:

- A) Un sistema constituido por una red de relaciones.
- B) Un orden natural: responde a necesidades biológicas y psicológicas inherentes a la supervivencia humana.

La Teoría General de los Sistemas hacia la cuarta década del siglo XX, introduce una novedosa perspectiva de la familia, mirándola como un sistema abierto, en interacción permanente, compuesto a su vez por subsistemas, unos estables (conyugal, fraterno, y parento-filial) y otros ocasionales o temporales (según edad, sexo e interés). Cada individuo integrante de una familia es en si mismo un sistema, compuesto a su vez de subsistemas. Pero ambos, persona y familia, están conectados con un supra-sistema, que puede ser inmediato (barrio, vecindad, comunidad) o más amplio, la sociedad en general.

El modelo estructural de familia se define como "el conjunto invisible de demandas funcionales que organizan los modos en que interactúan los miembros de una familia" (Minuchin, 1977), estas pautas establecen como, cuando, y con quien cada miembro de la familia se relaciona, regulando la conducta de los sus miembros. La estructura familiar debe ser relativamente fija y estable para poder sustentar a la familia en sus tareas y funciones, protegiéndola de las fuerzas externas y dando un sentido de pertenencia a sus miembros; pero al mismo tiempo debe aceptar un grado de flexibilidad para poder acomodarse a los diversos requerimientos de las situaciones de vida y de las distintas etapas del desarrollo por las que evoluciona la familia, con lo que facilita el desarrollo familiar y los procesos de individuación. El sistema familiar se diferencia en subsistemas así puede desempeñar sus funciones, estos subsistemas no son absolutos, también se superponen y entran en funcionamiento según el momento familiar con sus roles, funciones y tareas específicas, los principales los forman el subsistema

conyugal, el subsistema parental y el subsistema fraterno o de hermanos, otros subsistemas son: según roles, sexo, edad, etc.

El paradigma contemporáneo del conocimiento, implica manejar las polaridades inherentes a la condición humana, por cuanto los procesos socio- familiares dan cuenta de movimientos en ambas direcciones, en razón de su característica básica de ser sistemas abiertos, dinámicos, permeables, en los que se maneja en forma incesante una situación de normalidad-anormalidad, función-disfunción, vida-muerte, salud- enfermedad, mente-cuerpo. Como todo sistema debe poseer reglas o normas y estas pueden ser universales y claramente explícitas (respeto a los padres, rol de padre, rol de hijo), y otras implícitas e idiosincrásicas (lealtad a la familia), los roles definen las tareas de los miembros del grupo familiar.

Este sistema debe además tener límites, los que están constituidos por las reglas que definen quienes participan y de que manera lo hacen en una situación determinada, su función es la de proteger la diferenciación de los sistemas y subsistemas en funcionamiento. La claridad de los límites dentro de una familia es un parámetro útil para evaluar su funcionamiento. Los extremos serán un aumento desmedido de la comunicación y la preocupación de los unos sobre los otros, perdiendo la distancia entre sus miembros, entonces los límites desaparecen y la diferenciación se hace difusa (Familias Aglutinadas), Estas familias presentan una pérdida de la autonomía, reaccionan en forma exagerada y tienen una baja capacidad de adecuación.

En el otro extremo se encuentran aquellas familias en las que sus miembros tienen una mínima dependencia entre sí, límites muy rígidos, sus mecanismos de apoyo se activan solo cuando existe un nivel muy alto de estrés (Familias Desligadas). (Minuchin & Fischman, 1984; Haley, 1967).

Estos movimientos extremos pueden ser observados solo en algunos subsistemas del funcionamiento familiar, y variar según el momento del ciclo familiar. La estructura familiar opera con diferentes lineamientos, para resolver las tareas a las que se enfrenta. Los alineamientos constituyen la unión de dos o más miembros del sistema para llevar a cabo una operación (Aponte & Van Deusen, 1989). Esta dimensión incluye los conceptos de alianza o colusión unión de dos o mas personas para lograr una meta o interés común y la coalición proceso de unión en contra de un tercero (Haley, 1967), estos alineamientos pueden ser funcionales o disfuncionales según respeten o no los límites, los subsistemas, y según sea su duración.

Un sistema funcional se organiza de una forma jerárquica. El poder es la capacidad de influencia que tiene un individuo determinado para controlar la conducta de otro. Idealmente el poder debe ser empleado por quien tiene la posición de autoridad, pero en ocasiones un miembro de la familia puede tener el poder pero no la autoridad.

Viendo esto de forma más sintética podríamos decir que, en cualquier interacción del sistema familiar se define quien o quienes son los miembros que participan (límites), con o contra quien (alineamientos) y, la energía que motiva y activa el sistema para llevar a cabo la acción (poder) (Van Deusen, 1989).

El modelo centrado en la estructura enfatiza los aspectos jerárquicos en la familia. Las reglas interaccionales son presentadas a través de fronteras entre miembros, que pueden formar subsistemas (parental, fraterno, etc.). Con la realización de mapas familiares se esquematiza la existencia de fronteras demasiado rígidas, laxas permeables, etc.

Minuchin (1984) sitúa a las familias según su estructura en un continuo, aglutinación- desligamiento, según la intensidad de relación entre sus miembros. En las familias aglutinadas existe gran apoyo mutuo y la afectación de un miembro del sistema afecta a todo el sistema, mientras que en las familias desligadas predomina la independencia. A través de intervenciones directas, indirectas o paradójicas, el terapeuta intenta modificar la estructura del sistema familiar.

1.3 Factores sociales y económicos.

El grupo familiar opera como un eslabón de intercambio entre el medio social y el individuo, ya que es una de las fuentes más intensas de aprendizaje social, pues actúa como regulador de las fuerzas provenientes del exterior y del propio medio interno individual. A través de sus funciones reproductiva, económica, afectiva y educativa, se transmiten la experiencia histórico social y valores culturales, enseñanza, normas, convenciones, actitudes y sentimientos que complementan el proceso educativo y de enseñanza-aprendizaje. De ahí que desde la propia historia del surgimiento de la familia, se pueda encontrar la relación estrecha que existe entre la familia, la sociedad y la cultura.

La solidaridad se expresa de diferentes maneras, dependiendo de la posición social, de los recursos económicos, de la ubicación geográfica de los miembros y de circunstancias históricas o individuales. La unidad doméstica es otra expresión de solidaridad. En general, los recursos económicos facilitan la expresión de solidaridad familiar, y su falta tiende a impedir –en mayor o menor grado- tales expresiones. Sin embargo, en todos los casos, la solidaridad incondicional es el ideal para los miembros de la gran familia. Tal solidaridad entre parientes se expresa en cuatro dominios: la vida social, los rituales, las relaciones económicas y la ideología, incluyendo el apoyo emocional.

La familia como unidad social tiene determinados propósitos:

- Proveer un contexto de apoyo para la satisfacción de las necesidades de todos sus miembros.
- Promover la interacción entre los miembros, con la finalidad de que exista un ambiente nutriente de relaciones amorosas, de atención, de afecto y de lealtad.
- Permitir la supervivencia física y el desarrollo personal de todos los miembros.

A su vez, el grupo familiar cumple funciones relacionadas con el desarrollo individual de cada uno de los miembros del sistema familiar:

- Satisface necesidades afectivas.
- Facilita el desarrollo de la identidad personal.
- Permite el crecimiento y la autonomía de sus miembros.
- Promueve la socialización.
- Promueve patrones de relaciones interpersonales.
- Estimula el aprendizaje y la creatividad de sus miembros.
- Contribuye a perpetuar la especie humana.
- Mantiene los linderos o límites entre las generaciones.
- Trasmite la cultura a los hijos y a las otras generaciones.

Todas las funciones familiares están en la base de la salud del individuo y del grupo como un todo, en tanto garantizan el crecimiento, el desarrollo normal y el equilibrio emocional, que sirven de apoyo para poder afrontar los problemas y crisis de la vida.

La privatización de los costos de los hijos. La pérdida de la importancia de las prestaciones directas de la Seguridad Social destinadas a compensar cargas familiares y la escasa sensibilidad de la imposición de la renta a las cargas familiares han generado la privatización de los costes de la crianza de los hijos (los de educación y sanidad, que se han socializado, no responden a criterios de política familiar, sino de integración social y desarrollo económico), aunque los beneficios sean por naturaleza socializados. Los costes derivados de la asunción de cargas familiares no se reconocen socialmente y constituyen opciones individuales de gasto.

Como consecuencia del aumento del paro, sobre todo juvenil, proliferación de empleos precarios, crisis económica, necesidades de los mayores, aumento de fenómenos de drogadicción, sida, etc; para los que el incremento de recursos y servicios públicos se hace a menor ritmo de las necesidades sociales.

Con todo, las razones que posibilitan esperar el desarrollo de una política familiar son cada vez más patentes, incluso viene a coger relevante protagonismo en los programas electorales de los partidos políticos mayoritarios. También las diferentes medidas legislativas en materia familiar, así como la elaboración de un Plan de Apoyo a la Familia, principalmente en las comunidades mas pobres del país, esto hace mas esperanzador el panorama de apoyo público a la institución familiar.

1.4 Tipos de familias.

La familia es el grupo humano primario donde cada individuo aprende modos de comportamiento en sociedad. Lo vivido en este grupo tiene influencia trascendental en el desarrollo de cada ser humano y deja profundas e imborrables huellas.

Existen diferentes definiciones del concepto familia. Algunos sobredimensionan los vínculos conyugales o consanguíneos, otros autores dan mayor peso al elemento cohabitacional y en un tercer grupo se sobrevalora el núcleo de relaciones afectivas que establecen los miembros de la familia.

Al igual que cualquier organismo vivo en la naturaleza, la familia nace, se desarrolla y desaparece. Se forma a partir de la unión de una pareja y se diluye con el fallecimiento de esos cónyuges que le dieron origen, después de atravesar por distintas etapas evolutivas delimitadas claramente por diferentes eventos que ambos miembros de la pareja tienen que afrontar, reelaborando estilos de vida individual y familiar, con el fin de lograr una armonía emocional de cada miembro de la misma.

Ante cada nuevo acontecimiento, la familia se desorganiza, sufre su estructura o su forma de funcionamiento habitual, decimos en estos casos que la familia está en crisis y tienen que promoverse cambios que dan origen a nuevos estados organizacionales de la misma (González, 1997), sólo que al ser la causa de ellos algo esperado por todos; es decir, al ser eventos que ocurren en el tránsito de su ciclo vital, independientemente del tiempo en que transcurran, las reconocemos como crisis transitorias. Este no es el caso de momentos de desorganización en el funcionamiento familiar producidos por la ocurrencia de acontecimientos inesperados, como pudieran ser, entre otros, los accidentes, diagnósticos de enfermedades crónicas, desastres naturales, entre otras muchas cosas que están fuera de el control de la misma.

En general podemos clasificar a las familias de la siguiente manera:

La Horda: Hombre y mujer se unen con fines de procreación, búsqueda de alimentos y defensa. Sus miembros no tienen conciencia de vínculos familiares y la paternidad de los hijos es desconocida.

El Matriarcado: El parentesco se da por la vía materna. La mujer-madre es el centro de la vida familiar y única autoridad. Su labor es cuidar a los niños y recolectar frutos y raíces para la subsistencia; en tanto el hombre se dedica a la caza y pesca. La vida que llevan es nómada.

El Patriarcado: La autoridad pasa paulatinamente de la madre al padre y el parentesco se reconoce por la línea paterna. Se asocia con el inicio de la agricultura y por consecuencia con el sedentarismo. El hombre deja de andar

cazando animales y la mujer se dedica a la siembra y cosecha de frutas y verduras. Se establecen todos juntos en un lugar, hombres, mujeres y niños. Estando asegurada la subsistencia, la vida se hace menos riesgosa y más tranquila. El grupo humano se estabiliza y crece. Se practica la poligamia, es decir, la posibilidad de que el hombre tenga varias esposas, lo que conlleva a un aumento de la población.

Una gran familia está compuesta por una pareja, sus hijos y nietos, de manera que los otros significativos de la persona incluyen tanto a los padres y hermanos como al cónyuge y a los hijos. Cuando los hijos se casan y forman sus propios hogares no hay un cambio drástico en las relaciones padres-hijos.

La solidaridad y la asistencia ritual continúan. Cada persona se adapta a las expectativas de los miembros de la gran familia y a cambio de ello espera su apoyo. Las obligaciones familiares básicas incluyen: apoyo económico, participación en los rituales familiares, apoyo emocional entre los miembros y reconocimiento social. Esto último involucra el impacto que sobre toda la familia tienen los cambios de status individuales y, tal vez más importante, el compartir corporativamente las redes sociales. O sea, las relaciones sociales de todos los miembros conforman una fuente a la cual recurrir cuando surge la necesidad.

Una consecuencia importante de tener como unidad básica de la sociedad a la familia tri-generacional es el tiempo que dura la vida de tal unidad, en comparación con la de la familia anglosajona (Macfarlane, 1979; Schneider, 1968; Schneider & Smith, 1973).

Esto es básicamente lo que conocemos como familia extendida, la cual está basada en los vínculos consanguíneos de una gran cantidad de personas incluyendo a los padres, niños, abuelos, tíos, tías, sobrinos, primos y demás. En la residencia donde todos habitan, el hombre más viejo es la autoridad y toma las decisiones importantes de la familia, dando además su apellido y herencia a sus descendientes. La mujer por lo general no realiza labores fuera de la casa o que descuiden la crianza de sus hijos. Al interior del grupo familiar, se cumple con todas las necesidades básicas de sus integrantes, como también la función de educación de los hijos. Los ancianos traspasan su experiencia y sabiduría a los hijos y nietos. Se practica la monogamia, es decir, el hombre tiene sólo una esposa, particularmente en la cultura cristiana occidental.

Familia Nuclear: También llamada "Conyugal", está compuesta por padre, madre e hijos. Los lazos familiares están dados por sangre, por afinidad y por adopción. Habitualmente ambos padres trabajan fuera del hogar. Tanto el hombre como la mujer buscan realizarse como personas integrales. Los ancianos por falta de lugar en la vivienda y tiempo de sus hijos, se derivan a hogares dedicados a su cuidado. El rol educador de la familia se traspasa en parte o totalmente a la escuela o colegio de los niños y la función de entregar valores, actitudes y hábitos no siempre es asumida por los padres por falta de tiempo, por escasez de recursos económicos, por ignorancia y por apatía; siendo los niños y jóvenes en muchos

casos, influenciados valóricamente por los amigos, los medios de comunicación y la escuela.

La familia nuclear permanece operativa solamente entre veinte y treinta años, cuando cada hijo o hija forma al casarse, su propia unidad doméstica. En la gran familia tri-generacional, el tiempo de vida operativa de la familia es el tiempo de vida de los abuelos.

Mientras viva uno de los abuelos, la familia existe como una efectiva unidad de solidaridad. Sólo cuando ambos abuelos han fallecido, cada hijo o hija se convierte en el jefe de una gran familia. Esto significa que las grandes familias o familias tri-generacionales siguen siendo operativas durante toda la vida del individuo, ya que al casarse no hay cambios de lealtad y durante la vida de los padres los hijos no “abandonan el hogar” en un sentido definitivo al instalarse en una unidad doméstica separada.

En este punto, se hace necesario ilustrar la diferencia que existe entre unidad doméstica y familia. La manera en que estamos usando el concepto de familia se refiere a un ideal cultural que norma los derechos y obligaciones que tocan a los miembros integrantes de lo que una sociedad define como familia. Por otro lado, la unidad doméstica corresponde a un arreglo residencial, al grupo que lo habita, y a las diferentes funciones domésticas que comparten sus integrantes. Aunque en un sistema cultural particular la estructura básica ideal de la familia como unidad de solidaridad sigue siendo la misma, los cambios en los arreglos residenciales llevan a revisar las expectativas de intercambio e interacción entre los parientes.

En México, el sistema de parentesco es bilateral. O sea, un individuo dado pertenece a dos grandes familias y por extensión a dos troncos familiares. No hay normas formales que prescriban cómo se elige la pareja, ya que se supone que el matrimonio es el resultado de una opción libre basada en el amor entre las partes. Sin embargo, en un ambiente social urbano estratificado, donde la gente joven puede conocer muchas potenciales parejas para casarse, hay muchos factores que influyen en la elección del cónyuge. En general, existe alguna presión social para adaptarse a ciertos criterios sociales, ocupacionales y religiosos. Puede que los actores individuales no sean conscientes de tales restricciones y que crean en el amor como el principio rector en la elección de una pareja, a menos que transgredan las normas tácitas, en cuyo caso pueden verse sujetos a una considerable presión social.

El matrimonio institucionalizado es la unión entre una pareja. Puede instituir también un conflicto estructural entre los cónyuges y sus respectivos parientes políticos. La mayoría de los conflictos se relacionan con la solidaridad entre parientes políticos. Se espera que cada cónyuge continúe cumpliendo sus deberes hacia padres y hermanos, además del nuevo conjunto de obligaciones formales contraídas frente a los padres y hermanos del cónyuge.

Comenzando por la boda, una pareja se encuentra siendo el punto focal de competencia entre las dos familias emparentadas políticamente. Ya sea abierta o no declarada, esta rivalidad está casi siempre presente y tiene lugar en todos los niveles: social, económico, moral, ritual, residencial, etc. Cuando los parientes políticos viven fuera de la ciudad o cuando ambos progenitores han fallecido, o bien pertenecen a un estrato social inferior, no hay competencia.

Cada sujeto pertenece a dos familias tri-generacionales; la familia de origen del padre y la de la madre, hasta que eventualmente forma su propia familia y más tarde se convierte en jefe de su propio hogar familiar. Después de la muerte de sus progenitores, el sujeto sigue perteneciendo a los remanentes de sus grandes familias tri-generacionales. Esos remanentes incluyen los hermanos, tías, tíos, primos, primas, sobrinas y sobrinos. Los hijos de un par de progenitores crecen con la experiencia de solidaridad con tíos, tías, primos en primer grado, los cuales, aunque no pertenecen a la gran familia del sujeto, requieren una cantidad prescrita de lealtad y afecto.

La segmentación y evolución de las estirpes se basan primariamente en el principio de la descendencia lineal, y luego en la solidaridad entre los descendientes de un antepasado común. Mientras más distante sea el antepasado común, menos intensa es la solidaridad: de la familia nuclear (dos generaciones), a la gran familia (tres generaciones), a la rama, (cuatro generaciones) a los miembros que reconocen pertenecer a un tronco común, a las fronteras del mapa cognitivo de la parentela de uno.

Si una rama está compuesta de todos los descendientes de un hombre y su esposa, una relación de parentela consiste en todas las relaciones bilaterales consanguíneas que uno tiene, ya que la parentela es una categoría cognitiva que toma al individuo mismo como punto de referencia; en la práctica, la parentela de un ego consiste en todos los miembros de sus troncos que él o ella conoce.

Muchas características de una sociedad pueden ser comprendidas a través de la estructura particular de parentesco. El hecho de que la gran familia sea la unidad básica de solidaridad tiene profundas implicancias para la sociedad mexicana. De hecho, sostenemos que la gran familia es la metáfora de la forma en que la sociedad mexicana está organizada política y socialmente.

Generalmente un niño nace inserto en un gran grupo social. Debido a las características demográficas de México, el número de miembros de las dos familias tri-generacionales de un individuo puede totalizar fácilmente entre cincuenta a setenta personas. Además, está la parentela que va más allá de la gran familia, por ejemplo, los tíos, tías, primos segundos etc. de los progenitores, llevando el número total de parientes significativos a los cien o más.

Esta situación puede ser contrastada con la que describe, Macfarlane (1979) para sociedades individualistas occidentales, como Gran Bretaña. La impresión dominante que emerge de la comparación es que la gran familia tri-generacional

produce sociedades en las cuales un sujeto goza de mayor apoyo social en todo momento, y particularmente en situaciones de vida críticas; pero este apoyo también trae consigo limitaciones a la libertad personal. Los individuos nacen en el seno de un grupo social que los controla a lo largo de toda su vida. No pueden escapar de este control, excepto, quizás, emigrando. Hasta una medida considerable, la vida social y económica está determinada al nacer. Y mientras mayor sea la seguridad (económica y emocional) que un grupo de parientes pueda proporcionar, más pesadas son las restricciones impuestas a la libertad personal de un miembro.

En una sociedad individualista, el individuo carece de tal manto social protector; la sociedad tiene que proporcionar substitutos razonables, en la forma de leyes e instituciones que controlen y protejan al individuo (Macfarlane 1979,1993- 2000); las sociedades no individualistas con el tipo de grandes familias descritas para México, en general no han desarrollado instituciones eficaces de este tipo.

La gran familia tri-generacional es una unidad de solidaridad económica, social y ritual, pero las expresiones externas de este ideal cultural depende de circunstancias y necesidades determinadas por la clase social y el contexto histórico. Por eso, como unidad de solidaridad, la gran familia se expresa mejor entre las clases prósperas, donde existen los recursos necesarios para mantener los rituales, la solidaridad económica, arreglos residenciales favorables, poder para apoyar las ideas patriarcales, y estabilidad geográfica.

La razón y el efecto del amor difieren en los sistemas sociales porque existen varios modelos matrimoniales, cosa que no implica que tengan que ser sucesivos, porque la mayoría de las veces son coetáneas. El sociólogo y demógrafo francés Louis Roussel (1992) ha dedicado recientemente a este tema un interesante artículo, en el cual sintetiza buena parte de las conclusiones de la sociología de la familia occidental y explica algunas manifestaciones aparentemente contradictorias del ciclo vital de las familias actuales.

Es un error creer como hacen algunos diletantes en este campo- que hay un modelo único de familia, que sufre hondas transformaciones como consecuencia de factores exógenos tan notorios como la actividad profesional de las mujeres, la secularización, o la introducción y liberalización del divorcio. No es así, sino que en nuestras sociedades coexisten en proporciones variables diversos modelos matrimoniales, cada uno de los cuales tienen su propia lógica interna, y su comprensión permite ver la coherencia y el sentido de comportamientos y actitudes que a menudo se descalifican, o ensalzan exageradamente, con criterios ideológicos más que científicos. Al matrimonio por conveniencia o acordado por terceras personas de las sociedades tradicionales siguió el matrimonio por amor, y a éste el matrimonio por satisfacción, que es el que hoy se impone por el incremento del divorcio y el alargamiento de la vida media.

Los cuatro modelos matrimoniales que describe Roussel (1992) son:

El tradicional o institucional nadie lo ha definido mejor que los romanos ("*coniunctio maris et feminae et consortium omnis vitae, divini et humani iuris communicatio*"). Su finalidad es asegurar la supervivencia de los individuos a través del apoyo de las generaciones, primero de los padres a los hijos y más tarde de éstos a aquellos, marco de desempeño de numerosas y decisivas funciones, siendo fruto suyo la transmisión del patrimonio tanto material como simbólico y la garantía del orden social. En el seno de estas familias los criterios fundamentales para la división del trabajo son el sexo y la edad y la última palabra corresponde inapelablemente al patriarca. La relación se concibe como indisoluble y sólo se extingue por la muerte.

El matrimonio alianza: es una flexibilización del institucional, en el cual la disminución de la importancia del factor económico se compensa con lo que él gana, siendo una la noción de felicidad. La gente no se casa ya solamente para establecer una familia, engendrar hijos y transmitirles un nombre y un patrimonio, sino también para ser personalmente feliz. La carga institucional, sin embargo, se revela en el hecho de que la desaparición del amor no justifica la ruptura del vínculo, pues en este modelo matrimonial pesan tanto el afecto como el deber. La sociedad está también presente en él, lo mismo que en el tradicional y no puede limitarse a contemplar su disolución que es siempre un atentado contra la institución. El divorcio se concibe dentro de él acompañado de una sanción jurídica para el culpable siempre hay uno cuando menos al cual se le niegan el cuidado de los hijos y los alimentos.. En un cierto sentido, el divorcio es en este modelo una rebelión contra el orden social y los que recurren a él llevan de por vida un cierto estigma.

El matrimonio fusión es el que prevalece hoy en el mundo occidental y tiene su fundamento en la solidaridad afectiva. En él la característica principal es el amor y la dimensión institucional queda relegada a un plano secundario. En la mayoría de las ocasiones se limita a una serie de ceremonias y signos rituales externos que sirven de mero recordatorio de lo que un día fue el matrimonio institucional y de poco más. El matrimonio y los hijos constituyen la familia nuclear. Falta el elemento religioso, que ha sucumbido ante la tendencia secularizadora y la sociedad se esfuma al pasar a primerísimo plano la voluntad de los individuos implicados. Se reducen la autoridad del marido y su obligación de sostener económicamente el hogar. El divorcio aparece como un simple corolario del teorema de que el matrimonio sólo dura mientras hay amor y ni es objeto de sanción, ni acarrea estigma alguno. La sociedad se ciñe a tomar nota de la ruptura y a proveer algunas medidas en beneficio de los directamente implicados, dado el sentimiento de fracaso o de incapacidad que produce en los cónyuges por su alta inversión afectiva y sus consecuencias en los hijos, que se sienten abandonados y no pocas veces son instrumentalizados descaradamente por los progenitores para satisfacer sus deseos mutuos de venganza.

El matrimonio asociación o compañía. se define por la pura y simple cohabitación, es decir, por su contenido. Sin embargo, tiene generalmente una cierta duración y pasa a los ojos de todos por una unión estable y consolidada en la cual la situación de hecho y la de derecho no se distinguen, hasta tal punto que el concepto de legitimidad desaparece de su vocabulario. Ya no hay diferencias entre los hijos nacidos dentro y fuera de las uniones matrimoniales. La ruptura de la convivencia no es algo insólito y como en esta clase de relación no existe una gran intensidad afectiva sus efectos tampoco son demasiado importantes. Se huye de la exaltación amorosa hasta el extremo de merecer el nombre de matrimonio de razón, que es el que Roussel le da. Su duración está en función de la satisfacción que produce y el contrato que vincula a las partes –que es auténticamente un simple contrato- depende exclusivamente para su resolución de su voluntad. La separación no supone sino un ligero trauma, porque nadie concibe esta unión como irrompible, sino como una convergencia de intereses de la que forman parte los servicios sexuales y de compañía.

Se llega así a la desintegración del aspecto institucional de la familia, mediante la privatización total de una relación que la sociedad en otros tiempos consideró tan importante que elevó al rango de los principales estatutos jurídicos de la persona. Ahora predominan casi totalmente las cláusulas del contrato y la voluntad de los interesados, limitándose la sociedad a arbitrar sus diferencias cuando estas se muestran irreconciliables. Aún así, es conveniente señalar que en uniones consensuales de larga duración (10, 12, o más años...) la ruptura provoca en las partes efectos psicológicos, económicos y otros de naturaleza similar a los que el divorcio produce en el modelo de matrimonio fusión, según han observado los sociólogos. En este proceso de privatización, por otro lado, ganan en importancia los papeles de determinados profesionales (psicólogos, trabajadores sociales, asesores familiares...), al mismo tiempo que se reducen los de los jueces y los sacerdotes.

Junto al patrón de la familia nuclear se han desarrollado algunas formas de organización familiar que ya existían en tiempos pasados pero que ahora han cobrado relevancia, como son las llamadas familias monoparentales, los hogares de personas solas y las uniones de hecho o cohabitación.

Familias monoparentales son aquellas en las que un progenitor convive con y es responsable en solitario de sus hijos e hijas menores o dependientes. Aquí se habla de “hogar monoparental”, núcleo principal o primario. Un porcentaje de los núcleos monoparentales se incluyen dentro de una familia compleja en la que hay una pareja, frecuentemente la constituida por los abuelos de los niños o niñas. En este caso se habla de núcleo monoparental secundario o dependiente.

Las familias monoparentales son profundamente diversas entre sí. Pongamos como ejemplo las siguientes situaciones que constituirían núcleos monoparentales y que configuran familias muy diferentes respecto a sus condiciones de vida:

- La madre adolescente con su bebé, viviendo ambas con los padres.
- La madre separada que vive con sus dos hijos menores de 10 años y trabaja por horas, y además es mal pagada.
- La mujer profesional de 40 años que ha enviudado y tiene dos hijos de 10 y 12 años.

Todos estos son posibles ejemplos en nuestro país, sin embargo, la composición de las familias monoparentales es muy diversa.

Las madres solteras en su mayoría se enfrentan a una serie de problemas y dificultades de los que en ocasiones no son muy conscientes, que imponen serias limitaciones a su integración social y a su desarrollo personal.

Las madres solteras asumen en solitario las funciones parentales, las tareas domésticas, las responsabilidades en la educación y el peso de ser la única fuente de ingresos de la familia. Generalmente esta sobrecarga de tareas las condena a la ausencia de vida personal. La presión de la familia de origen contribuye a empeorar esta situación, en la que frecuentemente se sienten desbordadas.

La situación anterior les impide dedicar un tiempo a la vida personal y social y contribuye al aislamiento y genera sentimientos de soledad, de abandono. Además, uno de los temores principales de muchas madres solteras es que nadie las quiera con un hijo, que no les sea posible rehacer su vida afectiva en pareja.

Cuanto más joven, y más si son madres adolescentes inmaduras asumiendo responsabilidades enormes, la familia de origen suele tomar las riendas de la situación y poner las normas. La autoridad la tienen los abuelos. El niño, hasta que nace, no es de nadie. Después, es de todos menos de su madre. Actualmente, los padres no las echan de casa, pero ellas aguantan el maltrato y la humillación de quien les proporciona un lugar donde vivir y los medios para subsistir. Se convierten en las “chachas” y las casan lo más rápidamente posible, con lo cual su vida se convierte en una vorágine de acontecimientos en los que se ven implicadas sin decidir nunca por sí mismas.

Una serie de acontecimientos influyen negativamente en la autoestima de las madres solteras: los cambios físicos que se derivan del embarazo, el aislamiento de su grupo de iguales, el abandono de los estudios para cuidar del bebé, la infructuosa búsqueda de empleo sin preparación ni experiencia, la vida bajo las normas de la familia de origen que les impide tomar sus propias decisiones, la culpabilidad por haberse quedado embarazadas, la pérdida de todas las actividades gratificantes y la preponderancia de las actividades obligatorias.

La sociedad actual no rechaza como antaño a la madre soltera de forma explícita, como pecadora o inmoral, pero muchas madres solteras perciben un rechazo encubierto, debido a su estigmatización como incultas y “mujeres que no se dan a respetar”; no se las tiene en cuenta en ningún sitio ni se respetan sus derechos a

nivel familiar y social. Sistemáticamente perciben este rechazo cuando tratan de negociar con las instituciones y se sienten excluidas de las reuniones, en las que los políticos se dirigen exclusivamente a los profesionales, dejándolas a un lado.

Ser mujer y tener cargas familiares constituyen dos de las mayores dificultades para conseguir un empleo actualmente en nuestro país y en todo el mundo. Las madres solteras tienen la necesidad de trabajar para poder subsistir, siendo la única fuente de ingresos de su familia, pero también tienen los mayores problemas para la conciliación de la vida familiar y laboral por estar solas en la crianza de los hijos.

Consideramos que todos estos factores que acabamos de mencionar conllevan un mayor riesgo de exclusión social: mayor necesidad de apoyo económico, de empleo, de vivienda, de corresponsabilización en tareas familiares, de los servicios de apoyo familiar, de cultura y de educación.

Respecto a las familias monoparentales es nuevo el nombre, y la reivindicación de su legitimidad, no la realidad a la que se refiere; pero cambia, lentamente su procedencia, por incrementarse el divorcio como fuente de monoparentalidad.

Este tipo de familias viene rodeado de una serie de problemas sociales, como es la feminización de la pobreza, ya que el 80% de estos hogares está constituido por mujeres con escasos recursos. También presentan problemas en estos hogares el tema de la socialización de los hijos; el papel del padre está poco regularizado, sobre todo el de los padres divorciados.

Otro dato es el número de hogares de personas solas, en su mayor parte, consecuencia del envejecimiento, sobre todo en zonas rurales, y del incremento de población adulta soltera. Se trata de uno de los sectores en más rápida expansión, y que genera al llegar la vejez no pocos problemas sanitarios, de atención y de soledad, mal para el que la sociedad moderna tiene escasos recursos para hacerle frente.

La novedad de las uniones de hecho o cohabitación estriba, sobre todo, en la clandestinidad. Pero en España parece más un comportamiento postmatrimonial, que prematrimonial. Teniendo una previsión de progresivo incremento de esta forma de organización familiar. Situándose los países nórdicos en altas tasas en la elección de esta modalidad.

Capítulo 2 Contexto de la crianza.

2.1 Tipos de crianza

El desarrollo de un niño está influido por una amplia gama de variables. Sin duda, existen elementos de tipo genético que incidirán, a veces en forma notoria, en el futuro de nuestros hijos. Pero la genética no lo es todo, ya que a las bases biológicas, dadas en forma hereditaria, se deben agregar todas las experiencias vividas, las que el niño irá internalizando progresivamente, contribuyendo a la formación del carácter y de la personalidad.

Lo cual nos lleva a centrar las posibilidades de intervención, de modificación del curso del desarrollo de un niño, en las experiencias que le toque vivir, en particular en sus primeros años, ya que serán éstas las que con mayor fuerza se marcarán, imprimiendo un sello indeleble en las conductas y actitudes que él presentará en los años venideros, a veces por toda la vida.

Al respecto, debemos señalar que una importante proporción de las experiencias tempranas está constituida por las que el niño recibe a partir de la relación con sus padres. Así, son relevantes tanto la interacción afectiva con ellos, como los estilos de crianza.

Una de las frecuentes inquietudes de los padres es la referida a qué estilo aplicar en cuanto a la crianza de sus hijos. En este ámbito, las opiniones oscilan entre los modos más permisivos y los decididamente represivos.

La mejor opción será tender a un equilibrio entre ambos estilos. Está comprobado que el exceso de permisividad puede ser tan nocivo como la represión exagerada, ya que ambos des-legitiman a los padres, fomentan las conductas de riesgo y traen dificultades del desarrollo psicológico.

Estilos de crianza

Los diferentes estilos educativos han sido definidos por numerosos autores. Identificamos tres estilos de control parental: autoritario o represivo, permisivo y estilo democrático, Baumrind (1971).

Estilo autoritario

El estilo autoritario se caracteriza por considerar escasamente las peticiones de los hijos y por no responder a sus demandas, a la vez que combinan estas actuaciones con poco afecto y altos niveles de control. Es propio de este estilo el que aparezcan conductas de privaciones junto con las de coerción verbal y física.

Los padres que podemos incluir en este grupo no consideran al hijo como parte del proceso disciplinar, ni dan pie a interacciones bidireccionales en la resolución de conflictos entre ellos. Estos padres dan gran importancia a la obediencia, a la

autoridad, al uso del castigo y de medidas disciplinarias, y no facilitan el diálogo. Las normas que definen la buena conducta son exigentes y se castiga con rigor la mala conducta. La comunicación entre cada uno de los progenitores y el niño es pobre.

Esta postura manifiesta indiferencia por parte de los padres hacia las iniciativas y actuaciones infantiles, por lo que las expectativas sobre la maduración del hijo y las demandas hacia él son escasas. Para Tierno (1992) las graves consecuencias del autoritarismo despótico, aprendido y vivido en el propio hogar durante demasiados años, es bastante frecuente que se transmitan de generación en generación como si se tratara de una reacción en cadena.

Los hijos que han vivido permanentemente sometidos a estos esquemas van acumulando grandes dosis de agresividad y frustración. Posteriormente tratarán de descargar éstos aprendizajes, bajo la forma de agresividad transferida, contra personas o situaciones que poco o nada tuvieron que ver con la causa de la frustración.

Noller y Callan (1991), en sus investigaciones sobre los adolescentes y sus familias realizan varias aportaciones interesantes sobre el tema; una de sus hipótesis es: las relaciones entre el grado de control en la familia y los problemas de conducta en los adolescentes, encuentran un fuerte y estricto control parental, así como un débil y permisivo control se asocia con un mayor uso de drogas, problemas con el alcohol y relaciones sexuales prematuras entre los adolescentes; mientras que un control moderado conlleva una menor frecuencia de estos problemas.

Características de los niños con padres autoritarios

Los hijos de los padres autoritarios generalmente tienen las siguientes características:

Tienden a ser obedientes, ordenadas, poco agresivos, más tímidos, poco tenaces a la hora de perseguir metas.

Tienden a tener una pobre interiorización de valores morales, orientándose más a los premios y castigos que hacia el significado intrínseco del comportamiento.

Manifiestan pocas expresiones de afecto con los iguales, siendo poco espontáneos, llegando incluso a tener problemas en establecer estas relaciones.

Tienen un lugar de control externo, baja autoestima y dependencia.

Tienden a ser poco alegres, coléricos, aprensivos, infelices, fácilmente irritables, y vulnerables a las tensiones.

Estilo permisivos

Los padres permisivos evitan hacer uso del control, utilizando pocos castigos y muestran una excesiva concesión en las demandas de los hijos; se muestran tolerantes y tienden a aceptar positivamente los impulsos del niño. Por otra parte no presentan demandas madurativas hacia los hijos, quizás por la escasa implicación de estos padres en la crianza infantil. Su estilo comunicativo es poco efectivo y unidireccional, considerando en exceso las iniciativas y argumentos infantiles.

Dentro de lo que se conoce como estilo permisivo observamos distintas formas de actuación:

Por un lado tenemos a padres que consideran que los hijos deben crecer en libertad, sin poner límites, o al menos que estos deben ser los mínimos. En este estilo podemos encontrar padres que desean que sus hijos tengan todos sus deseos satisfechos ya que ellos no los tuvieron.

Y por otro lado a padres que lo son por miedo al enfrentamiento con sus hijos y que acaban cediendo a todas sus demandas.

Los hijos de los padres permisivos generalmente tienen las siguientes características:

Tienden a tener problemas para controlar sus impulsos, dificultades para asumir responsabilidades.

Son inmaduros.

Tienen bajos niveles de autoestima.

Tienden a ser más alegres y vitales.

Estilo democrático

Deriva su nombre de la práctica educativa de padres democráticos, que son los que presentan niveles altos en comunicación, afecto, control y exigencias de madurez. En consecuencia, son afectuosos, refuerzan el comportamiento, evitan el castigo y son sensibles a las peticiones de atención del niño; no son indulgentes, sino que dirigen y controlan siendo conscientes de los sentimientos y capacidades; explican razones no rindiéndose a caprichos y plantean exigencias e independencia. También se puede definir el estilo democrático en función de la evitación de decisiones arbitrarias, el elevado nivel de interacción verbal, la explicación de razones cuando dan normas y el uso de respuestas satisfactorias. Los padres marcan límites y ofrecen orientaciones a sus hijos, están dispuestos a escuchar sus ideas y a llegar a acuerdos con ellos.

Los padres democráticos explican a sus hijos las razones de las normas que establecen, reconocen y respetan su independencia, negociando con ellos y tomando decisiones en conjunto.

Presentan una tendencia a promover los comportamientos positivos del niño más que a inhibir aquellos no deseados. Las normas que imponen están adecuadas a las necesidades y posibilidades de los hijos, con límites claros que mantienen de modo coherente, exigiendo su cumplimiento (Ceballos y Rodríguez, 1998).

Este estilo favorece la autonomía del niño. Los padres emplean un estilo comunicativo efectivo, caracterizado por una amplia comunicación comprensiva y bidireccional, analizando las explicaciones de sus hijos.

Características de los niños con padres democráticos

Los hijos de los padres democráticos generalmente tienen las siguientes características:

Tienden a tener niveles altos de autocontrol y de autoestima.

Son más capaces de afrontar situaciones nuevas con confianza.

Son persistentes en las tareas que inician.

Son interactivos y hábiles en las relaciones con los iguales, independientes y cariñosos.

Suelen tener valores morales interiorizados.

Exigencia y responsabilidad

MacCoby y Martín (1983) redefinieron los estilos parentales propuestos por Baumrind (1971), en función de dos dimensiones:

- 1) exigencia-no exigencia.
- 2) responsabilidad-no responsabilidad.

Para ellos la exigencia tiene que ver con el grado de control. El excesivamente alto es el que obliga a cumplir a los hijos, mientras que la no-exigencia se refiere a no demandar nada y escasamente influenciar la conducta de sus hijos. Por otra parte la responsabilidad se refiere al afecto (sensibilidad y calidez en cuanto a las demandas de los hijos). La responsabilidad incluye a los padres que aceptan y responden a sus hijos, estableciendo conversaciones ante discusiones tales como saber negociar con ellos. La no-responsabilidad sería lo contrario (MacCoby y Martín 1983).

De estas dos dimensiones obtienen 4 estilos educativos diferentes:

- Democráticos-recíproco
- Autoritario-represivo
- Permisivo-indulgente
- Permisivo-negligente.

Los patrones educativos inadecuados pueden favorecer una escasa identificación de los hijos con las normas y los valores de los padres, y en especial con los compartidos por su grupo social de referencia.

Las pautas educativas inadecuadas como son la sobreprotección, escasa disciplina, el autoritarismo, la indiferencia, las contradicciones en estilos educativos parentales, incoherencia educativa, falta o excesiva implicación en las actividades de los hijos, falta de comunicación con ellos, etc. son prácticas que generan un menor control interno en los hijos.

Es fundamental la coherencia y concordancia entre ambos padres a la hora de aplicar normas de conducta. Es cierto que mamá y papá son dos personas diferentes, pero deben hacer un esfuerzo por acercar sus posiciones respecto a la crianza, ya que ellos constituyen la principal imagen de ascendiente, y la no concordancia traerá consigo la confusión o la manipulación.

Tan importante como lo anterior, es la consistencia en el tiempo en cuanto a las normas aplicadas: no es adecuado que un mismo hecho un día se castigue y otro se deje pasar, ya que no se estará dando una señal clara de lo que es bueno y malo.

Mientras el niño no haya internalizado las normas de comportamiento y los principios que regirán su actuar moral (el escoger entre una opción u otra), basará sus actos en el temor a los castigos o en el conseguir un premio. Esto es lo que desarrolla ampliamente Kohlberg (1983) en su teoría sobre el desarrollo moral.

Estos principios pueden ser de utilidad aún desde el modo general en que han sido planteados, aunque procuraremos profundizar en ellos y aproximarnos a nuevas aplicaciones prácticas en una próxima ocasión.

Los niños pueden estar felices, riendo alegremente en un momento, y luego de repente tener una rabieta. Algunas veces sus emociones duran mucho tiempo, pero otras veces desaparecen casi instantáneamente. Las emociones son a menudo difíciles de predecir, y no son siempre fáciles de controlar.

Por lo tanto, no es de extrañar que no nos sintamos automáticamente cómodos con las emociones.

Algunas veces los padres sienten que evaden por completo las emociones de sus

hijos. Sin embargo, el malestar con las emociones, o el deseo de evitarlas, pueden resultar en un estilo de crianza que tendrá efectos negativos en el desarrollo del niño.

Ignorar las emociones puede tener consecuencias negativas a largo plazo para los niños. Al comparar niños criados por padres que evaluaron y guiaron las emociones, los niños cuyos padres ignoraron o les dieron poca importancia a las emociones tuvieron más problemas de comportamiento, más dificultad con sus amistades, rendimiento académico más bajo, y mayores problemas de salud en general (Gottman, Katz, & Hooven, 1997).

Todos tenemos diferentes actitudes y creencias sobre las emociones, y esas actitudes determinan cómo respondemos a nuestras propias emociones y a las de los demás. Por ejemplo, si nosotros pensamos que las emociones no son importantes, posiblemente tratamos de ignorarlas y esperamos que desaparezcan rápidamente. Si nos sentimos cómodos con las emociones y creemos que son una parte natural de nuestra vida, es más probable que nos demos cuenta de cómo nos sentimos, y además, apreciaremos mejor esos sentimientos. Gottman define estas actitudes como “meta-emociones”, es decir, cómo nos sentimos con relación a nuestras emociones (Gottman, 1997).

Si prestamos atención a nuestras propias emociones será más fácil de notar las de los demás.

Si tememos nuestras emociones o las desatendemos, temeremos y desatenderemos las de los demás.

Los estilos de crianzas están profundamente influenciados por las meta-emociones propias de los padres, o sea, la actitud que los padres tienen hacia sus propias emociones. Los Padres Despreocupados con las emociones, por ejemplo, a menudo ven sus emociones como algo voluntario, como algo que se elige sentir. Estos padres entonces ven las emociones de sus hijos de la misma manera. Cuando un niño experimenta una emoción negativa, la solución parece sencilla: el niño debe simplemente cambiarla por una emoción más positiva. Además, los adultos despreocupados con las emociones suelen ver las emociones negativas como algo dañino, como si estos sentimientos debieran ser evitados. Si un niño experimenta una emoción negativa, se hará cualquier cosa para sacarlo de ese estado, como distraerlo, hacerle cosquillas, darle algo de comer etc.

Este tipo de padres no es insensible a las emociones de sus hijos. Ellos ven que algo le pasa a su hijo y quieren ser útiles y protectores, pero no saben muy bien qué hacer. Ya que ellos se sienten incómodos con sus propias emociones, mantienen esta condición con las emociones de sus hijos. Para ellos, despreocuparse de la emoción, restándole importancia con decir “no es tan malo”, “simplemente olvídale”, o distraer al niño con algo nuevo, parece la mejor opción.

Si la emoción es tristeza, ira o miedo, el padre se puede sentir incómodo o ansioso cuando el niño se expresa. La situación puede generar preguntas como:

- ¿Por qué está triste?
- ¿Le ocurre algo malo a mi hijo?
- ¿Habré hecho algo malo?
- ¿Cuánto tiempo le va a durar?
- ¿No le hará daño que yo le deje sentir tristeza o ira o miedo?
- ¿Con qué rapidez puedo cambiarle ese sentimiento?

Estos temores pueden resultar en esfuerzos desfavorables. Por ejemplo, una manera de tratar una emoción negativa e incómoda puede ser distanciarse e ignorarla y en efecto enseñarle al niño a hacer esto. Otra es precipitarse y tratar de solucionarla rápidamente. Incluso otra implica resistirla con firmeza. Aunque se puede recurrir a distintas actitudes con las emociones de los niños como ignorarlas, restarles importancia, o distraer al niño, estos esfuerzos bien intencionados conllevan errores serios.

Los Padres Despreocupados con las emociones tienden a:

Ver las emociones como algo que se debe evitar o ignorar. Pero, como anota Gottman, al ignorar las experiencias emocionales del niño, estos esfuerzos pueden causar que el niño se sienta ignorado o reprimido.

Insinuarle al niño que sus sentimientos de tristeza no son lo suficientemente importantes como para inquietar al padre; no se espera que los niños estén tristes.

Demostrar con su ejemplo modelos de indiferencia que los niños aprenden a imitar. Los hijos a menudo copian el comportamiento y las actitudes de sus padres. Si el adulto ve las emociones como algo inoportuno, lo más probable es que el niño haga lo mismo.

Las emociones, incluyendo las negativas, son saludables y son naturales: no son problemas que deban ser remediados o evadidos. Más importante aún, son oportunidades para establecer confianza y compartir experiencias con sus hijos.

Estos padres intentan controlar las emociones de sus niños, diciéndoles que no deben sentir lo que sienten. Lo que necesitan, en parte, es darse cuenta de que las emociones son una parte natural de nuestras experiencias diarias. Las emociones nos ayudan a reaccionar ante las situaciones, ayudan a determinar nuestras opciones, y enriquecen nuestras relaciones con los demás. Y son universales; cada persona en cada cultura del mundo entero experimenta una serie de emociones diariamente. Los niños tienen una vida emocional fuerte a una edad muy temprana. De hecho, las emociones no son simplemente una manera de pensar que se pueda encender y apagar a voluntad.

Los padres y los cuidadores, como todos nosotros, tienen diversas actitudes en cuanto a sus emociones, especialmente sus emociones negativas como la ira, el miedo, la tristeza, el disgusto, o el desprecio. Algunos adultos evalúan sus sentimientos y aprecian lo que éstos agregan a su vida, mientras que otros ven las emociones como innecesarias, incontrolables, usadas para manipular, o simplemente indeseables. Algunos adultos incluso tienden a creer que expresar las emociones demuestra alguna debilidad. Estas actitudes hacia las emociones en general influyen en cómo tratan las emociones de sus propios hijos. En ningún otro lado se manifiesta esta característica de forma más obvia que en el estilo del Padre Desaprobador. Los Padres Desaprobadores tienden a desatender o reprimir sus propias emociones, y debido a esto tratan negativamente los sentimientos de sus hijos (Gottman y DeClaire, 1997).

Los Padres Desaprobadores ven básicamente las emociones como una cuestión de elección. Según este modo de pensar, si los niños se sienten de cierta manera, es porque ellos desean sentirse de esa forma. Y si las emociones se ven como algo negativo, la solución inmediata es hacer que los niños dejen de sentirse así.

Este punto de vista de las emociones es una equivocación. Las emociones no son simplemente una cuestión impulsiva o de decisión. Nuestro cerebro está programado para experimentar emociones. Algunas de estas emociones incluso ocurren inconscientemente, influenciando cómo nos sentimos hacia las personas o llevándonos a tomar ciertas decisiones. Las emociones no se pueden simplemente detener. De hecho, intentar detenerlas, o intentar que los niños las detengan, puede resultar en consecuencias dañinas. Una de las peores consecuencias es que los niños aprenderán a no acudir a usted cuando están sintiendo emociones negativas. En lugar de eso, los niños experimentarán estos sentimientos solos, y pensarán que están haciendo algo malo o inaceptable por sentirse de esa manera (Gottman y DeClaire, 1997).

En el estilo del Padre Desaprobador no sólo se ignoran las emociones, o se les deja solas sin una adecuada orientación: se procura activamente eliminarlas.

Los padres que practican este estilo critican abiertamente los sentimientos de sus niños. Cuando se les pide que describan las experiencias emocionales de sus niños, parece que carecen de un vínculo básico o de empatía. Esto no indica que sean malos padres, o que no sientan amor o apoyo por sus hijos, y tampoco significa que no se preocupen por ellos. Lo que pasa es que estos adultos siguen una serie de creencias erróneas en cuanto a las emociones.

Los Padres Desaprobadores tienden a creer lo siguiente:

Las emociones negativas necesitan ser controladas.

Las emociones negativas revelan un mal carácter.

Los niños se valen de las emociones negativas para manipular a sus padres.

Las emociones hacen a la gente débil, y un padre cariñoso debe por lo tanto ayudar a sus niños a ser resistentes, y así ayudarles a sobrevivir.

Las emociones negativas representan una pérdida de tiempo y no son productivas.

Las emociones negativas deben ser cuidadosamente controladas en lugar de ser expuestas libremente.

Los sentimientos de los niños son fundamentalmente una forma de comportamiento, y por lo tanto requieren obediencia y estar bajo la autoridad paterna.

En efecto, los Padres Desaprobadores deciden consolar, criticar o hasta castigar dependiendo en si aprueban o no las emociones que sus niños expresan.

Los Padres Desaprobadores fallan en entender cómo funcionan sus propias emociones y tienden a transferir esa falta de entendimiento a sus niños.

Las investigaciones demuestran que los niños criados por Padres Desaprobadores están más predispuestos a:

Tener dificultades en confiar en su propio juicio

Crecer con la sensación que hay algo malo en su interior

Crecer con una sensación de soledad

Sufrir una carencia de autoestima

Tener complicaciones al tratar de regular sus propias emociones y solucionar sus propios problemas

Tener más dificultad que otros niños en concentrarse, aprender, y convivir con sus amigos.

Un estilo de crianza que produce estas clases de resultados negativos obviamente está pasando por alto algo importante. Lo que hace falta es la empatía: sentir las emociones de los niños, y compartirlas junto con ellos. Las emociones de los niños no deben ser ni ignoradas ni criticadas; al contrario, deben ser valoradas, alentadas, y guiadas. Cuando los padres y los cuidadores se toman el tiempo de demostrar empatía, sus niños prosperan en todo (Gottman, Katz & Hooven, 1997).

Este estilo de crianza tiene muchas cosas a su favor. Las personas que tienen una actitud “laissez-faire” acerca de las emociones, las aceptan como naturales y normales. Más allá de ignorar o descartar los sentimientos del niño, estos padres ven las emociones como una parte normal de la vida. Ellos ven la emoción como un proceso que necesita correr su curso natural sin mucha interferencia externa. Desde este punto de vista, la emoción es como un río. Si se le permite fluir, irá a donde necesita ir. Mas si se le obstruye con una represa, la fuerza acumulada del río puede volverse destructiva (Gottman, Katz & Hooven, 1997).

A pesar de lo que implica el término “laissez -faire”, los adultos tolerantes no temen involucrarse en el desarrollo de sus hijos. Ellos valoran el estar involucrados en las vidas de sus niños. Ellos aceptan, aman y respetan a sus hijos, además de motivar y reconocer la expresión emocional de sus niños. Estos padres saben que los niños se benefician de una atmósfera de amor incondicional, pero también temen que al establecer reglas y límites en el comportamiento de un niño se transmita un mensaje incorrecto. Es decir, ellos temen que su niño sienta que el amor de sus padres depende de la obediencia o buen comportamiento más que del valor del niño como persona.

Aunque la aceptación de las emociones puede parecer admirable al principio, se queda corta con respecto a facilitar un desarrollo emocional saludable. Por ejemplo, imagine lo que pasaría si durante un verano Ud. decidiera ser un jardinero “laissez-faire”. En lugar de intervenir en el proceso natural de crecimiento, Ud. decide dejar que la planta corra su camino. Sólo le provee abono y la riega frecuentemente, pero deja que la naturaleza siga su curso.

Las investigaciones sugieren que no es suficiente aceptar y valorar las emociones de su niño. Además de permitirles expresar sus emociones libremente, los niños necesitan ser motivados a comprenderlas de igual forma. Es aquí donde el estilo de crianza “laissez-faire” se queda corto. Muchas familias aceptan abiertamente las emociones de un niño, pero les hacen falta las destrezas para ayudar al niño a comprender sus emociones o aprender de las mismas (Gottman, Katz & Hooven, 1997).

Los niños imitan a los adultos que se preocupan por ellos. Esto quiere decir que los padres que experimentan y aprenden de sus propias emociones, pueden servir de modelo a seguir para sus hijos.

Los niños que han tenido guía emocional gradualmente comienzan a integrar las reacciones de sus padres en su propio comportamiento. El otro lado de la moneda también tiene un buen fundamento. Sin la guía que se obtiene de la comprensión de sus emociones, los niños no aprenden a controlarlas. Como resultado, tales niños:

A menudo carecen de la habilidad de calmarse cuando están enojados, tristes o frustrados.

Encuentran más difícil el concentrarse o aprender destrezas nuevas, por lo tanto, no pueden hacer un buen trabajo en la escuela.

Encuentran mayor dificultad en aprender las reglas sociales, por lo que puede ser difícil que hagan amistades y las mantengan.

El estilo de crianza "laissez-faire" es un avance sobre el estilo que no tolera en lo absoluto las emociones. Este estilo enseña al niño la importancia de aceptar y experimentar sus propias emociones. Pero el experimentar las emociones no es suficiente. Las mismas deben ser comprendidas, ya que esto ayuda al niño a aprender a controlarlas más allá de la simple experimentación de emociones.

El Entrenamiento Emocional es la forma de crianza que mejor propicia el desarrollo emocional de los niños, y empieza con una sola palabra: Empatía - la compenetración del adulto con las emociones del niño.

La empatía implica saber evaluar y compartir los sentimientos y las emociones de su niño, desde la tristeza que ocurre, por ejemplo, cuando un amiguito se va a mudar muy lejos, hasta el enojo con un hermano mayor que le ha quitado su juguete favorito. Tener empatía es saber considerar las emociones, incluso las negativas, como una parte natural e indispensable de la vida.

La empatía constituye el factor más importante para criar y dar el cuidado necesario a los niños. Ella crea la base para que usted y sus niños experimenten relaciones robustas, saludables y llenas de confianza mutua. Mediante la empatía los niños aprenden a confiar en sus propias emociones, y a lidiar con ellas de una forma positiva. Esto les ayuda a salir mejor en la escuela, tener mejores amistades y a recuperarse más rápidamente cuando ocurren reveses emocionales. Los niños que reciben empatía de sus padres prosperan en todo.

Algunos padres, este estilo de crianza basado en la empatía es algo que les viene naturalmente por su forma de ser. Para otros, adaptarse a la empatía implica ciertos cambios, comenzando con la actitud de la persona y su forma de relacionarse con las emociones.

Toda persona que se interesa por el bienestar de los niños puede ser un entrenador de emociones. El ser un entrenador de emociones surge de la empatía, del deseo de compartir, sustentar y orientar los sentimientos de los niños según éstos van experimentando los altibajos de la vida. El Entrenamiento Emocional conlleva enseñarles a los niños lo que son las emociones y sus efectos, y esto es algo que frecuentemente debe hacerse en el medio de una situación que tiene una fuerte carga emocional. Cuando se practica el Entrenamiento Emocional se reconoce la validez de todos los sentimientos, pero no de todo comportamiento basado en estos sentimientos, porque los niños tienen que aprender a lidiar con sus emociones y a adoptar comportamientos adecuados como respuestas a estos sentimientos (Gottman, Katz & Hooven, 1997).

2.4 Efectos de los diferentes tipos de crianza.

El desarrollo de un niño está influido por una amplia gama de variables. Sin duda, existen elementos de tipo genético que incidirán, a veces en forma notoria, en el futuro de nuestros hijos. Pero la genética no lo es todo, ya que a las bases biológicas, dadas en forma hereditaria, se deben agregar todas las experiencias vividas, las que el niño irá internalizando progresivamente, contribuyendo a la formación del carácter y de la personalidad.

Lo anteriormente señalado nos lleva a centrar las posibilidades de intervención, de modificación del curso del desarrollo de un niño, en las experiencias que le toque vivir, en particular en sus primeros años, ya que serán éstas las que con mayor fuerza se marcarán, imprimiendo un sello particular en las conductas y actitudes que él presentará en los años venideros, a veces por toda la vida.

Al respecto, debemos señalar que una importante proporción de las experiencias tempranas está constituida por las que el niño recibe a partir de la relación con sus padres. Así, son relevantes tanto la interacción afectiva con ellos, como los estilos de crianza.

Una de las frecuentes inquietudes de los padres es la referida a qué estilo aplicar en cuanto a la crianza de sus hijos. En este ámbito, las opiniones oscilan entre los modos más permisivos y los decididamente represivos. El tema es amplio y no se puede agotar en un espacio como éste, pero nos permitiremos sugerir algunos elementos generales:

La mejor opción será tender a un equilibrio entre ambos estilos. Está comprobado que el exceso de permisividad puede ser tan nocivo como la represión exagerada, ya que ambos des-legitiman a los padres, fomentan las conductas de riesgo y traen dificultades del desarrollo psicológico.

Es fundamental la coherencia y concordancia entre ambos padres a la hora de aplicar normas de conducta. Es cierto que mamá y papá son dos personas diferentes, pero deben hacer un esfuerzo por acercar su posición respecto a la crianza, ya que ellos constituyen la principal imagen de ascendiente, y la no concordancia traerá consigo la confusión o la manipulación.

Cuando se relacionan con los hijos y realizan sus funciones, los padres ponen en práctica unas tácticas llamadas estilos educativos, prácticas de crianza o estrategias de socialización, con la finalidad de influir, educar y orientar a los hijos para su integración social. Las prácticas de crianza difieren de unos padres a otros y sus efectos en los hijos también son diferentes.

Con las prácticas de crianza los padres pretenden modular y encauzar las conductas de los hijos en la dirección que ellos valoran y desean y de acuerdo a su personalidad.

Por ello, se relacionan con dimensiones como el tipo de disciplina, el tono de la relación, el mayor o menor nivel de comunicación y las formas que adopta la expresión de afecto. (Rodrigo y Palacios 1998)

Al hablar de prácticas educativas parentales, hay que referirse a las tendencias globales de comportamiento, a las prácticas más frecuentes, ya que con ello no se pretende decir que los padres utilicen siempre las mismas estrategias con todos sus hijos ni en todas las situaciones, sino que los padres, dentro de un *continuum* más o menos amplio de tácticas, seleccionan con flexibilidad las pautas educativas. (Ceballos y Rodrigo 1998)

Para comprender los antecedentes o los factores que determinan los estilos de crianza, hay que tener en cuenta la eficacia de los diversos tipos de disciplina, las características del niño y de los padres, así como la interacción entre ambos. En este sentido, Palacios (1988) postula que las prácticas educativas de los padres pueden estar determinadas por una serie de factores que se dividen en tres grupos. Un primer grupo relacionado con el niño: edad, sexo, orden de nacimiento y características de personalidad. Un segundo grupo relativo a los padres: sexo, experiencia previa como hijos y como padres, características de personalidad, nivel educativo, ideas acerca del proceso evolutivo y la educación y expectativas de logro que tienen puestas en sus hijos. Un tercer grupo relacionado con la situación en la que se lleva a cabo la interacción: características físicas de la vivienda y contexto histórico.

También, Musitu, Román y Gracia (1988), al considerar los factores que determinan los estilos de crianza, señalan los que contribuyen a una mejor práctica educativa como: estructura, afecto, control conductual, comunicación, transmisión de valores y sistemas externos. Los cuatro primeros hacen referencia a las relaciones intrafamiliares o micro-sistémicas; las últimas se refieren a la dimensión social o ecológica, hasta la que se extiende la unidad de análisis en el estudio de la socialización. La posición dentro de un sistema más amplio explicará en gran medida la toma de postura y modos de actuación del grupo social que es la familia.

Respecto al grupo de factores relacionados con los niños, existen investigaciones (O'Brien 1996) que señalan las dificultades que conllevan las prácticas de crianza en niños pequeños y de preescolar. Los padres apuntan como mayores dificultades en su crianza una serie de comportamientos típicos del desarrollo del niño que son muy irritantes. Como más frecuentes señalan el llanto, la desobediencia a los adultos y la interrupción a los adultos cuando éstos están haciendo algo. El mayor grado de dificultad lo encuentran aquellos padres con más de un hijo, especialmente si éstos tienen más de dos años.

Entre los factores relacionados con los padres, el más consistentemente asociado con los estilos educativos familiares ha sido la clase social, si bien no refleja exactamente la complejidad de la estructura social, ya que los estudios se basan en comparaciones de grupos relativamente extremos. Además, dentro de la variable clase social o nivel socioeconómico, entendida como combinación de elementos (nivel educativo, profesión, nivel de ingresos, calidad de vivienda), el nivel de estudios es el que más ayuda a diferenciar a unos padres de otros en los estilos de crianza.

Por lo que respecta a las actitudes, existen autores, como Rauh, Wasserman y Brunelli (1990), que consideran determinantes las actitudes maternas en las prácticas de crianza. Así, examinando las correlaciones de las actitudes de las madres hacia las prácticas de crianza y la función adaptativa de madres e hijos, estiman la gran utilidad de la selección temprana de las actitudes maternas, pues las actitudes negativas representan un índice de riesgo de la madre a tener en cuenta en la función adaptativa de los niños. Las implicaciones en las prácticas de crianza se han considerado en relación con el proceso de aculturación.

Por último, también relacionado con el tercer grupo de factores relativos a la situación en que se lleva a cabo la interacción, cabría señalar la influencia de la estructura familiar en las características de las prácticas de crianza. En la conducta de los padres hacia los hijos tiene una influencia relativa el número de adultos, el número de niños, la educación de la madre, el ingreso familiar y las percepciones de los padres de sus propias conductas en las prácticas de crianza.

Resultados de investigaciones como la de Wilson y otros (1995) indican que las percepciones maternas de las conductas de las prácticas de crianza están asociadas con la estructura familiar en relación con nivel de estudios. La relación entre percepción de la madre, conducta en las prácticas de crianza y estructura familiar es bastante significativa con el nivel educativo de las madres, aunque también relaciona con el número de niños en la familia y con los recursos económicos.

El estudio de las prácticas de crianza tiene una larga tradición en Psicología y, aunque constituye un constructo multidimensional, siempre se tiende a incluir dos dimensiones básicas: una relacionada con el tono emocional de las relaciones y la otra con las conductas puestas en juego para controlar y encauzar la conducta de los hijos. En la primera dimensión se sitúa el nivel de comunicación y en la segunda el tipo de disciplina, y ambas dimensiones están relacionadas.

Así, los estilos de socialización se relacionan con la intensidad de la comunicación en las relaciones padres-hijos. Relacionando distintos estilos de crianza y nivel de comunicación dentro de la familia, los padres que usan más comprensión y apoyo en la crianza tendrán más altos niveles de comunicación, y las familias con niveles más bajos de comunicación tenderán a usar la coerción y el castigo físico más a menudo (Musitu y Soledad-Lila 1993).

Por disciplina familiar se entienden las estrategias y mecanismos de socialización que emplean los padres para regular la conducta e inculcar valores, actitudes y normas en los hijos. Asimismo, ante la aceptación y utilización de métodos de disciplina positiva y punitiva (castigos) por los padres abusivos, los potencialmente abusivos y los no abusivos, se comprueba que los padres no abusivos evalúan como más significativamente aceptable el refuerzo positivo sobre el punitivo. Los padres abusivos, en cambio, ven los refuerzos negativos o castigos como más aceptables (Kelley, Grace & Elliott 1990).

La existencia de varios grupos de factores en la determinación de las prácticas educativas, así como la diversidad de dimensiones en cada grupo pone en evidencia la complejidad de criar y educar a los hijos. Se considera educar como una tarea multifacética y cambiante y, por ende, difícil de categorizar; no obstante, los psicólogos evolutivos se interesan en clasificar los estilos de crianza que los padres emplean en la relación con los hijos.

Existe una gran cantidad de investigaciones, algunas ya lejanas en el tiempo, que coinciden en considerar el control de la conducta mediante la acción disciplinaria como una de las formas de acción psicopedagógica de la familia en el desarrollo personal y social de los hijos. Así, Allinsmith (1960) distingue dos tipos de disciplinas familiares: la corporal y la psicológica. Sears, Maccoby y Levin (1963) distinguen entre disciplina basada en la negación de objetos tangibles y disciplina basada en la negación de afectos, y Aronfreed (1976) diferencia entre técnicas de sensibilización basadas en la aplicación directa de castigos y técnicas de inducción basadas en la explicación de las posibles consecuencias que puede tener para los demás la conducta realizada por el niño.

Becker (1964) distingue entre métodos disciplinarios y métodos autoritarios, al tener en cuenta disciplina y afecto como las dos variables que distinguen a unos padres de otros. Los métodos disciplinarios son aquellos que tienen el amor hacia el niño como instrumento principal para modelar la conducta y se relacionan con reacciones internas contra la agresión. En cambio, los métodos autoritarios se relacionan con reacciones externas contra la agresión y con comportamientos agresivos no cooperadores.

Especialmente importantes para el desarrollo de los distintos tipos de conducta del niño serían la dedicación afectiva de los padres, la independencia y oportunidad de desplegar la personalidad que conceden al niño y el acercamiento ansioso y emocional contra el alejamiento calmado. También, Becker,(1964) define cariño frente a hostilidad con variables tales como afecto, comprensión, uso de explicaciones y respuesta positiva a la independencia.

En el extremo opuesto, se situaría la hostilidad como variable contraria al cariño. Relaciona la presencia del cariño con lo que él llama técnicas amorosas de disciplina y de hostilidad con las técnicas de poderío. Igualmente definió tolerancia como concepto opuesto al de severidad. Aluden ambas actitudes al nivel de permisividad o rigor de los padres en el control de la conducta de los hijos.

Schaffer y Crook (1981) relacionan las prácticas educativas de los padres con su función socializadora. Definen las técnicas de control como los métodos empleados por el adulto con el fin de cambiar el curso de la conducta del niño: no como imposición arbitraria, sino como un proceso basado en la reciprocidad y que respeta las características temporales y de contenido de la conducta infantil. Dividen las técnicas de control, en verbales y no verbales, y se pueden dirigir a modificar el curso de la acción o el de la atención del niño hacia algún aspecto del ambiente circundante y pueden tomar forma directiva o prohibitiva.

Las estrategias socializadoras de los padres cambian, evolucionan y se vuelven complejas a medida que el desarrollo evolutivo del niño alcanza dimensiones y posibilidades mayores.

En esta misma línea, Christopherson (1988) distingue entre la socialización deliberada que consiste en el esfuerzo intencionado de los padres en enseñar o influir en una dirección deseada para que el niño llegue a la autodisciplina; y la socialización no deliberada, que es la influencia diaria que ejercen los padres a través de las continuas e incontables situaciones en que el niño observa o interactúa con el modelo. La enseñanza en la familia alcanzará su mayor efectividad en un clima de aprendizaje positivo, con un ambiente emocional cálido y de apoyo, al contrario de lo que ocurre en un clima frío, rígido, destructivo o que ignore al niño.

Hoffman (1976) confirma que la casi totalidad de los procedimientos de disciplina empleados por los padres contiene elementos de afirmación del poder, negación de afecto e inducción; y que, a su vez, tiene efectos distintos sobre los niños. Estos tres elementos definen los tres tipos diferentes de control disciplinario. Así, la afirmación de poder consiste en el uso de la fuerza física, en la eliminación de privilegios, y/o en las amenazas de hacerlo. Comprende el componente de activación motivadora. Es decir, en la disciplina del poder de la fuerza, la fuerza reside en el poder desbordante de los padres y, sea cual fuere la acción específica, las técnicas de poder de la fuerza se basan primordialmente en el miedo al castigo.

La retirada de afecto es una forma de controlar la conducta infantil basada en que los padres expresan su desacuerdo con la conducta del niño mediante el rechazo, la negación a escucharle, el aislamiento o las amenazas de abandono. Aquí, el poder de la disciplina reside en el miedo a perder el apoyo afectivo, emocional y la aprobación de los padres. Por ello, al igual que en la afirmación de poder, también la retirada de amor comprende el componente de activación motivadora. La inducción, en cambio, consiste en explicar al niño las razones por las que los padres consideran que su conducta no es deseable, al tiempo que se le pide que no la realice. En la disciplina inductiva, el poder de la disciplina reside en las llamadas del niño a la razón, al orgullo o al deseo de ser adulto y a la preocupación del niño por los demás. Esta forma de resolver los encuentros disciplinarios con los hijos resalta las consecuencias negativas y dolorosas de las

acciones del niño sobre otras personas. Se pretende que el niño se coloque en el punto de vista de la víctima, se favorece la aparición de la empatía y de los sentimientos de culpa, se sugiere al niño que busque formas para reparar el mal causado. La inducción puede influir en el niño disminuyendo la oposición entre los deseos y las exigencias paternas y favoreciendo un sufrimiento empático y su posterior transformación en sentimiento de culpabilidad.

Baumrind (1973) realiza un estudio exhaustivo de los estilos educativos, encontrando cuatro patrones principales de educación que definió como autoritario, permisivo, democrático y de negligencia-rechazo. Según estos patrones, los padres difieren unos de otros en las cuatro dimensiones relacionadas con los cuatro patrones principales de educación. Respecto al grado de control, existen padres que ejercen mucho control sobre sus hijos, intentando influir sobre el comportamiento del niño para inculcar determinados estándares. Usan estrategias como la afirmación de poder, el castigo físico o la amenaza y privan al niño de objetos o ventajas materiales, retirada de afecto e inducción. El ejercicio del control puede manifestarse de forma consistente o inconsistente. Según las estrategias utilizadas, tendríamos los cuatro tipos de padres ya mencionados: autoritarios, permisivos, democráticos y negligentes.

En cuanto a la comunicación padres-hijos, existen padres altamente comunicativos, utilizan el razonamiento para obtener la conformidad del niño, explican las razones de las medidas punitivas, piden opinión, animan a expresar argumentos y escuchan razones. Por el contrario, bajos niveles de comunicación caracterizan a padres que no acostumbran a consultar a los niños ni a explicar reglas de comportamiento, utilizan técnicas de distracción en lugar de abordar el problema razonando directamente con el niño. Igualmente, el grado de comunicación permite establecer las diferencias entre los distintos tipos de padres.

Existen padres que exigen altos niveles de madurez a sus hijos. Son aquellos que presionan y animan a desempeñar al máximo sus posibilidades en los aspectos social, intelectual y emocional, y hacen hincapié en que sean autónomos y tomen decisiones por sí mismos. Sin embargo, otros padres dejan que el desarrollo siga su curso, con ausencia de retos y de exigencias. Por consiguiente, también en esta dimensión difieren los padres (Gottman, J., DeClaire J. 1997).

La dimensión de afecto-hostilidad en la relación, existen padres afectuosos que expresan interés y afecto explícitos por el niño, por su bienestar físico y emocional; y hay padres que muestran conductas contrarias, es decir, hostiles. Por ello, de nuevo se evidencian las diferencias de los padres en esta dimensión (Gottman, J., Katz, L., & Hooven, C. 1997).

Estas cuatro dimensiones, se pueden distinguir cuatro tipos de padres, según las prácticas educativas utilizadas. Estas cuatro posibilidades son los estilos de educación más frecuentemente referidos en la investigación psicológica: democrático, autoritario, permisivo e indiferente. Aunque a veces no se encaje del

todo en uno de los patrones, el comportamiento predominante de la mayor parte de los padres se asemeja a uno u otro de estos estilos principales.

Pero, paralelamente a establecer clasificaciones de los estilos de crianza, hay que tener en cuenta que existen al mismo tiempo constancia y cambio en las ideologías sobre las prácticas de crianza y en los valores de los padres. Datos de investigaciones longitudinales muestran que la continuidad predomina sobre el cambio, que cuanto más prototípico se sea de una determinada clase, menos probable es el cambio, y que cuando se cambia se hace en dirección a la ideología más próxima (Moreno 1991).

La constancia y el cambio se estudiaron respecto a la independencia, al control, al afecto y a la disciplina y se encontró como determinante importante de las ideologías la cultura. Dentro de una sociedad hay cambios históricos y generacionales y, evidentemente, existen importantes diferencias entre unas personas y otras en sus ideologías evolutivo-educativas. El cambio en los modos de prácticas de crianza se presenta, como la historia, en evolución (McNally, Eisenberg & Harris 1991).

Existen reflexiones de dos historiadores, DeMause (1989) y Petschauer (1989) en relación con la evolución de los estilos educativos de crianza. DeMause define seis formas de prácticas de crianza: de ayuda, socializadora, intrusiva, ambivalente, de abandono e infanticida. Analiza estas seis prácticas y considera el estilo intrusivo como uno de los más significativos en las prácticas de crianza de las naciones desarrolladas. Estas reflexiones, no obstante, incluyen problemas teóricos sobre el estilo intrusivo, la práctica intrusiva y los padres, los individuos y los círculos familiares, el papel del hombre y la mujer, la estructura del ego, el desarrollo de la personalidad, la secuencia de los estilos, y la nomenclatura y la transición entre los distintos modos. Petschauer critica el análisis de DeMause y piensa que las etiquetas y el clasificar las técnicas de crianza, a veces, inducen a error.

El consejero Gary Smalley, (1999) experto en el área de las relaciones interpersonales, menciona cuatro tipos básicos de padres, destacando en cada uno de ellos los siguientes aspectos:

Los padres dominantes: su estilo lo lleva a tener las siguientes acciones y declaraciones:

“Las reglas son las reglas”

“No necesito escuchar tus razones, simplemente haz lo que te digo”

“No me importa cuántos amigos tuyos vayan a ir, tu no irás y basta”.

Esta clase de padre tiende a producir frustración, enojo y cualidades negativas en los hijos. Por lo general tienen altas expectativas sobre los hijos, de acuerdo con sus propios deseos e intereses, la rigidez es constante y rara vez ofrecen apoyo y un trato cálido.

Los padres indiferentes: por lo general muestran una actitud despreocupada o inmadura, se enojan con facilidad con los hijos cuando se sienten irritados. Tienden a aislarse de los hijos, no les prestan atención, se encierran en sus propias actividades.

Algunas de sus acciones típicas son las siguientes:

- “Hazlo solo, ¿no ves que estoy ocupado?”.
- “Dile a tu hermano que te ayude, ya me tengo que ir”.
- “Resuelve tus problemas solo, bastante tengo con las presiones del trabajo”.

3. Los padres permisivos: este tipo de padres tienden a ser cálidos y solidarios con los hijos, les brindan su apoyo constantemente, pero tienen dificultad en cuanto a la disciplina ya que no son firmes en el establecimiento de reglas y límites.

Algunas de sus acciones comunes expresan lo siguiente:

- “Bueno, está bien, que sea como tu quieras”.
- “No te enojas conmigo, por hoy puedes quedarte viendo tele hasta tarde”.
- “Déjame yo termino tu trabajo, sé que estás cansado, pero no le digas a la maestra que esta parte la hice yo y mañana no salgas a jugar en la tarde antes de hacer la tarea”.

Con estas actitudes el niño aprende que las reglas no son firmes, desarrollando un sentimiento de inseguridad ya que no tiene un punto firme de apoyo.

4. Los padres amorosos y firmes: son aquellos que poseen reglas y normas bien definidas, pero a la vez se toman el tiempo para que sus hijos las aprendan y las comprendan. Se trata de una combinación de firmeza y amor, por lo que es el tipo de padre más equilibrado que tiende a fortalecer en el niño la autoestima y respeto de sí mismo.

Algunas acciones y actitudes que los identifican podrían ser:

Entiendo que te gustaría quedarte levantado hasta más tarde, pero ya hemos acordado la hora de ir a dormir. Tu sabes que mañana tienes que levantarte temprano y que te sentirás mal en la escuela si no has dormido lo suficiente. Pensemos en esta posibilidad para el fin de semana.

Los padres amorosos y firmes se comprometen incondicionalmente con los hijos a la vez que son firmes y claros en cuanto a las responsabilidades y reglas que deben asumir los hijos.

Comprometerse con un hijo implica que le hará saber que es importante para usted hoy, que lo será mañana y siempre.

Los niños y los jóvenes necesitan no solamente escuchar esto sino estar totalmente convencidos de que es real debido a que sus padres toman tiempo para compartir con ellos, para escucharlos comprensivamente, aconsejarlos, para mirarlos a los ojos, o simplemente para disfrutar del privilegio de ser padres.

Capítulo 3 Desarrollo Psicosocial de los niños

Apego

Seres humanos y animales de otras especies, tienden a permanecer en un sitio familiar específico, en compañía de personas también familiares. Los individuos de una especie determinada, lejos de deambular al azar a todo lo ancho de la región a la que pueden adaptarse desde el punto de vista ecológico, por lo común, pasan su vida dentro de un sector sumamente restringido de aquella (denominada área de acción).

En un sujeto, los sistemas de activación que determinan la conducta de temor tienden a apartar al individuo de situaciones potencialmente peligrosas. De igual forma, los sistemas que determinan la conducta de apego, suelen empujarlo hacia situaciones en donde potencialmente se hallará a salvo y mantenerlo en esas condiciones.

En el hombre adulto la conducta de temor puede ser provocada por indicios que derivan por lo menos de tres fuentes:

- 1) Indicios naturales y sus derivados (desarrolladas en la infancia)
- 2) Indicios culturales aprendidos por la observación (desarrolladas gracias a la sociedad)
- 3) Indicios aprendidos y utilizados con un mayor grado de perfeccionamiento, a los efectos de evaluar el peligro y evitarlo.

La respuesta de temor suscitada ante la inaccesibilidad de la madre, puede considerarse una respuesta adaptativa básica, una respuesta que, en el curso de la evolución se ha convertido en parte intrínseca del repertorio de conductas del hombre en virtud de su contribución a la supervivencia de la especie (Bowlby, 1985; 1998).

Según Yela (2000), el amor cumple funciones psicológicas básicas: compartir, afiliación (punto de partida para las relaciones interpersonales íntimas), protección, estabilidad y seguridad, intimidad, apoyo emocional, entrega, compañía, visión optimista del mundo, refuerzos básicos (atención y placer sexual), prestigio y reconocimiento social, autoestima y la reducción de ciertas inquietudes psicológicas (soledad, ansiedad, temor a estar solo en la madurez y en la vejez), no sentirse diferente a la mayoría y la transición de un estatus psicosocial a otro; socioculturales (transmisión de normas) e incluso evolutiva (fortalecimiento del vínculo entre los progenitores en la especie cuyas crías son más indefensas y necesitan protección). La ausencia de amor maternal durante la infancia se asocia a problemas psicopatológicos en la etapa adulta (histeria, autismo, inseguridad, temor al rechazo e intensa necesidad de aprobación); déficit psicológicos

traducidos en una actitud de hostilidad ante el mundo y ante los demás (Yela, 2000).

Sin embargo, el amor de madre depende en mucho del estilo de apego que haya desarrollado a través de su existencia, lo cuál repercutirá de igual manera en la seguridad que le transmita a su hijo al momento de nacer y durante los años posteriores, haciendo especial énfasis en los primeros meses de vida que son cruciales para el establecimiento del apego. Por lo tanto, se puede definir al apego como: un *"proceso de maduración a través del cual el cuidador principal de la infancia adquiere la calidad de un objeto de amor"* (England, 1981; citado por Aizpuru, 1994). O como la *"conducta que reduce la distancia de las personas u objetos que suministrarían protección"* (Bowlby, 1985; 1998)

Función de las conductas de apego en el desarrollo infantil

Evolutivamente, las conductas de apego radica en proteger al individuo de los animales de presa; esto ocurriría tanto entre los seres humanos como en otras especies de mamíferos y aves. Para los primates de gran tamaño que moran sobre la superficie terrestre, la seguridad reside en integrarse a la manada (Bowlby, 1985; 1998). Freud (1926) (Citado por Bowlby, 1985; 1998) postula que el temor a la ausencia materna nace cuando el bebé aprende que, al hallarse ausente la progenitora, sus necesidades fisiológicas no pueden satisfacerse, lo cual redundaría en la acumulación de peligrosas cantidades de estimulación que, a menos de descargarse, provocan una situación traumática. El bebé descubre que al quedarse solo es incapaz de descargar esos elementos acumulados, la situación de peligro que intrínsecamente le provoca temor es una situación de desamparo reconocida, recordada y esperada.

Desde una perspectiva psicoanalítica, el vínculo infantil tiene su fundamento biológico en la conducta de apego. Distinguiéndose uno del otro puesto que el apego se refiere a una conducta correspondiente a anagramas hereditarios al servicio de la sobrevivencia, mientras que el vínculo es un concepto referido a la ligadura específicamente humana con el objeto y con elementos simbólicos. Dicha relación vincular tiene lugar a partir del momento en el que la madre percibe al inicio de los movimientos fetales; situación en la que establece una relación con un objeto externo aunque dentro del cuerpo (Lartigue y Vives, 1992).

A partir de los primeros meses de vida y durante toda la existencia del ser humano, la presencia o ausencia (física) de una figura de afecto es una variable clave que determina el que una persona se sienta o no alarmada por una situación potencialmente alarmante. A partir de esa misma edad y durante toda su vida, una segunda variable de importancia es la confianza o falta de confianza que experimenta la persona con respecto a la disponibilidad de la figura de apego (este o no presente físicamente) de responder a sus requerimientos cuando por alguna razón lo desee (Bowlby, 1985; 1998).

En el modelo del mundo que toda persona constituye, una característica clave es su criterio para establecer quienes son sus figuras de apego, donde pueden encontrarse y de que manera previsible pueden responder. En el modelo de sí misma que construye una persona una característica clave es su criterio sobre la aceptabilidad o inaceptabilidad de su propio ser a ojos de las figuras de afecto.

Sobre la estructura de esos modelos complementarios se basan los pronósticos de esa persona sobre el grado de accesibilidad de las figuras de apego y su capacidad de respuesta en momentos en que requiera su apoyo. Aunado al tipo de pronóstico que elabora una persona con respecto a la disponibilidad probable de sus figuras de apego se halla, su propensión a responder con muestras de temor siempre que deba enfrentar una situación potencialmente alarmante en el curso normal de los acontecimientos (Bowlby, 1985; 1998).

Familia

La familia tiene una función eminentemente protectora y socializadora. Dentro de ésta, el niño establecerá nexos con el mundo exterior, haciéndose patente a través de la seguridad que se vaya solidificando según las relaciones entre los miembros de la familia. Se producen alianzas y coaliciones que en parte definen su estructura funcional. La ruptura de una alianza o coalición implica la necesaria reestructuración de la dinámica familiar (Ortigosa, 1999).

Las relaciones afectivas familiares tempranas proporcionan la preparación para la comprensión y participación de los niños en relaciones familiares y extrafamiliares posteriores. Ayudan a desarrollar confianza en sí mismo, sensación de autoeficacia y valía (Trianes, 2000). Dentro de esta, la riqueza de las interacciones madre-hijo o cuidador-hijo es el preedictor más consistente de la habilidad, el conocimiento y la motivación en los niños (Pino y Herruzo, 2000).

La personalidad adulta se visualiza como producto de la interacción del individuo con figuras claves durante sus años inmaduros y en particular, con las figuras de apego.

Individuos que han crecido en un hogar adecuado, con padres afectuosos en la medida normal y han tenido ante sí a personas que pueden brindarle apoyo, aliento y protección, por lo que tienen una base sólida y suelen tener expectativas firmes y satisfechas; consiguientemente, como adulto, le resulta difícil imaginar un mundo distinto. Ello le hace sentirse seguro, de que toda vez que se vea en dificultades siempre tendrá acceso a figuras dignas de confianza que vendrán en su ayuda.

Enfrentará al mundo con seguridad y, cuando se vea ante una situación alarmante, podrá encararla con eficacia, o buscar ayuda para hacerlo. La experiencia familiar de los niños que se convierten en seres relativamente estables y dotados de confianza en sí mismos, no solo se caracteriza por el apoyo que les brindan los padres cuando ello es necesario, sino también por el aliento que les

brindan, de modo paulatino pero oportuno, para que vayan adquiriendo una autonomía cada vez mayor. Los adultos que desconocen la posibilidad de contar con figuras que le brinden apoyo y protección de manera constante, puede llegar a no confiar en la posibilidad de que siempre puedan tener acceso a una figura de afecto que les merezca plena confianza. Ven al mundo como algo impredecible y hostil, respondiendo en consonancia: apartándose de él o riñéndole (Bowlby, 1985; 1998).

Entre ambos extremos se encuentran las personas que pueden haber aprendido que una figura de apego sólo responde de manera positiva cuando se le hace objeto de mimos y halagos. Otros pueden haber aprendido durante la infancia que la respuesta deseada solo puede obtenerse si se cumplen determinadas reglas del juego. Siempre que esas reglas hayan sido modeladas y las sanciones tibias y previsibles, el sujeto podrá seguir creyendo en la posibilidad de obtener apoyo cuando lo necesite. Pero cuando las reglas son estrictas y difíciles de cumplir, y en especial cuando incluyen amenazas de quitar todo el apoyo, la confianza suele desvanecerse (Bowlby, 1985; 1998).

Tipos de apego

Ainsworth y cols (1978) elaboraron un instrumento denominado "situación extraña" con el objetivo de evaluar la manera en que los niños utilizaban a los adultos como fuente de seguridad, desde la cual podían explorar su ambiente; también la forma en que reaccionaban ante la presencia de extraños, y en los momentos de separación y reunión con la madre. La prueba consta de ocho episodios de tres minutos de duración cada uno. Previamente a su aplicación, se brinda la información adecuada y precisa sobre la misma, tanto a la madre como a la "persona extraña". La secuencia completa de la interacción es video grabada a través de una cámara de Gessell (Lartigue y Vives, 1992).

Ainsworth (1978) distinguió a raíz de ésta prueba tres tipos de apego según la respuesta del niño:

1. Niños ansiosos-evitantes:
2. Niños con apego seguro
3. Niños con apego ansioso-ambivalente:

Tomando como base esta clasificación, se describen las características de cada uno de estos tipos de apego.

Apego ansiosos-evitantes:

Para la conducta que tiende a aumentar la distancia de personas y objetos supuestamente amenazadores resultan convenientes los términos "retracción" "huida" y "evitación". Para otro componente importante y adecuadamente organizado, el término utilizado es "inmovilización" (Bowlby, 1985; 1998).

La conducta de retracción y la de apego se suelen dar con frecuencia ya que ambas cumplen una misma función: protección. Resulta fácil combinar en una acción única el acto de alejarse de una zona y acercarse a otra. No obstante, existen poderosas razones para trazar un distingo entre ambas. En primer lugar, aunque en buena medida las condiciones que las provocan son las mismas, no siempre ocurre así. La conducta de apego, por ejemplo, puede ser activada por la fatiga o la enfermedad, tanto como una situación que provoca miedo. Por otra parte, cuando ambas formas de conducta son activadas al mismo tiempo no siempre son compatibles, aunque si lo sean en la mayoría de los casos. Por ejemplo, puede producirse una situación conflictiva cuando el estímulo que provoca tanto la huida como la conducta de acercamiento de un individuo se halla ubicado entre éste último y la figura en quien se centra su afecto. Reviste primacía una u otra forma de conducta cuando el individuo atemorizado marcha de manera más o menos directa hacia la figura del apego, a pesar de que para ello tiene que pasar cerca del objeto amenazador, o cuando huye de este último aún cuando al hacerlo pone una distancia cada vez mayor entre si mismo y la figura de apego (Bowlby, 1985; 1998).

Una conducta de apego insegura-evitante o la presencia de fallas en el establecimiento del vínculo materno-infantil, también se ha asociado con madres que maltratan a sus hijos, ya sea de manera física, verbal, a través de la indiferencia o por una inhabilidad psicológica (Egeland y Ericsson, 1987; citado por Lartigue y Vives, 1992). Este tipo de apego no seguro, se ha asociado con la presencia del "síndrome no orgánico de detención del desarrollo" que se caracteriza por carencias nutricionales y / o emocionales que derivan en una pérdida de peso y un retardo en el desarrollo físico, emocional y social. Muestran tener una menor accesibilidad a los recuerdos positivos y mayor accesibilidad a esquemas negativos, lo que las lleva, en el caso de las personas evasivas, a mantenerse recelosos a la cercanía con los otros y a las personas (Leventhal, 1988; citado por Lartigue y Vives, 1992). Las madres de niños evitantes pueden ser sobre-estimulantes e intrusivas (Aizpuru, 1994).

Las personas con este tipo de apego, tienen despliegues mínimos de afecto o angustia hacia el cuidador, o evasión de esta figura ante situaciones que exigen la proximidad y rechazan la información que pudiese crear confusión, cerrando sus esquemas a ésta, teniendo estructuras cognitivas rígidas tienen más propensión al enojo, caracterizándose por metas destructivas, frecuentes episodios de enojo y otras emociones negativas (Gayó, 1999). Algunos niños sujetos a un régimen imprevisible parecen llegar a un punto de desesperación en el que, en vez de desarrollar una conducta afectiva caracterizada por la ansiedad, muestran un relativo desapego, aparentemente sin confiar en los demás ni preocuparse por ellos. A menudo esta conducta se caracteriza por la agresividad y la desobediencia, y esos niños son siempre propensos a tomar represalias. Este tipo de desarrollo es mucho más frecuente en los varones que en las niñas, en tanto

que ocurre a la inversa en el caso de una conducta de fuerte aferramiento y ansiedad (Bowlby, 1985; 1998).

Apego seguro

Un patrón óptimo de apego se debe a la sensibilidad materna, la percepción adecuada, interpretación correcta y una respuesta contingente y apropiada a las señales del niño, fortalecen interacciones sincrónicas (Aizpuru, 1994).

Las personas con estilos de apego seguro, son capaces de usar a sus cuidadores como una base de seguridad cuando están angustiados. Ellos tienen cuidadores que son sensibles a sus necesidades, por eso, tienen confianza que sus figuras de apego estarán disponibles, que responderán y les ayudarán en la adversidad. En el dominio interpersonal, tienden a ser más cálidas, estables y con relaciones íntimas satisfactorias, y en el dominio intra-personal, tienden a ser más positivas, integradas y con perspectivas coherentes de sí mismo. De igual forma, muestran tener una alta accesibilidad a esquemas y recuerdos positivos, lo que las lleva a tener expectativas positivas acerca de las relaciones con los otros, a confiar más y a intimar más con ellos (Feeney, B. & Kirkpatrick, L. 1996, citados por Gayó, 1999).

Apego ansioso ambivalente

Los sujetos ambivalentes son aquellos que buscan la proximidad de la figura primaria y al mismo tiempo se resisten a ser tranquilizados por ella, mostrando agresión hacia la madre. Responden a la separación con angustia intensa y mezclan comportamientos de apego con expresiones de protesta, enojo y resistencia. Debido a la inconsistencia en las habilidades emocionales de sus cuidadores, estos niños no tienen expectativas de confianza respecto al acceso y respuesta de los primeros. Estas personas están definidas por un fuerte deseo de intimidad, junto con una inseguridad respecto a los otros, pues desean tener la interacción e intimidad y tienen intenso temor de que ésta se pierda. De igual forma, desean acceder a nueva información, pero sus intensos conflictos las lleva a alejarse de ella (Gayó, 1999).

Una situación especial en la que se produce conflicto entre la conducta afectiva y la conducta de alejamiento, es la que se produce cuando la figura de apego es también la que provoca temor, al recurrir, quizás, a amenazas o actos de violencia. En esas condiciones, las criaturas más pequeñas no suelen huir de la figura hostil, sino aferrarse a ella (Bowlby, 1985; 1998).

Todo apego regido por la ansiedad se desarrolla no sólo porque el niño ha sido excesivamente gratificado, sino porque sus experiencias lo han llevado a elaborar un modelo de figura afectiva que suele mostrarse inaccesible o no responder a sus

necesidades cuando aquél lo desea. Cuanto más estable y previsible sea el régimen en el que se cría, más firmes son los vínculos de afecto del pequeño; cuanto más imprevisibles y sujetos a interrupciones sea ese régimen, más caracterizado por la ansiedad será ese vínculo (Bowlby, 1985; 1998).

Desarrollo del apego

Klauss y Kenell (1976) (citados por Craig, 1999), llegaron a la conclusión de que el contacto de la madre durante las primeras horas del nacimiento, daban lugar a un mayor apego; sin embargo, investigaciones recientes no le prestan tanta importancia a dichos resultados, aunque tampoco se niega la contribución de dicho contacto sobre todo para el vínculo entre las madres primerizas con sus hijos.

Stroufe y Rutter (1984) (citados por Trianes, 2000), mencionan que entre las tareas del desarrollo para niños de 0-1 año se encuentra la regulación biológica: interacción con la madre o padre armonioso, formulación de una buena relación de apego. Y con niños de 1-2 ½ años: exploración, experimentación y dominio del mundo del objeto (el cuidador como una base segura); individuación y autonomía, responder al control externo de los impulsos.

Las tareas evolutivas características de cada etapa comienzan en los primeros meses, donde tienen que ver con el establecimiento de un buen lazo afectivo con los padres y de respuestas a las exigencias paternas y sociales sobre el control de esfínteres, los cambios en la alimentación, y otras (Trianes, 2000).

Antes de las dieciséis semanas las respuestas diferencialmente dirigidas hacia una figura en particular son muy pocas y sólo se advierten cuando se aplican métodos de observación muy sensibles; entre las dieciséis y las veintiséis semanas las respuestas diferencialmente dirigidas son más numerosas y perceptibles; y en la mayoría de los bebés de seis meses o más criados en el seno de una familia todos pueden percibir las (Bowlby, 1985; 1998).

Piaget (1937) menciona que durante la segunda mitad del primer año, hay pruebas de que el pequeño comienza a concebir el objeto como algo que existe independientemente de sí mismo, en un concepto de relaciones espaciales y causales, incluso cuando no lo percibe directamente, por lo cual puede emprender su búsqueda.

Aunque las diversas investigaciones indican que la mayoría de los bebés desarrollan esta capacidad, sus respuestas ante las personas son primero, en relación con las cosas, ya que estas las percibe hasta el noveno mes, de manera razonable y en una minoría.

El hecho de poder confiar en una figura de afecto, amén de mostrarse accesible y que pueda ser capaz de responder a los requerimientos del sujeto, dependería de:
a) el que se estime que la figura de apego es o no el tipo de persona que por lo

general pueda responder a los requerimientos de apoyo y protección; b) el que uno mismo, de acuerdo con las estimaciones, sea o no el tipo de persona hacia quien un tercero pueda responder con muestras de apoyo. Como resultado, el modelo de la figura de afecto y el modelo de si mismo suelen desarrollarse de manera tal que se complementan y reafirman mutuamente (Bowlby, 1985; 1998).

El desarrollo emocional durante el primer año establece la base de la salud mental en el individuo humano (Winnicott, 1995), pero desde el momento del parto y las semanas posteriores, el apego de la persona se va consolidando. De esta forma, se ha constatado que las madres cansadas o deprimidas en las semanas siguientes al parto incrementan la posibilidad de que sus hijos mayores se vuelvan retraídos, se reduce el apego por la falta de atención habitualmente dispensada por la madre (Ortigosa, 1999).

Desde los siete meses de edad, los niños son muy sensibles a las separaciones y vulnerables a percibir separaciones inesperadas como amenazas a la relación de afecto con su madre o padre. Antes de esta edad no son tan sensibles porque los lazos afectivos se están formando, y después de los 4 años tampoco lo son, puesto que han adquirido las habilidades cognitivas que mantienen la relación con sus figuras de apego cuando están ausentes. En este proceso muchos niños utilizan muñecos u otros objetos que les inspiran confianza y les ayudan a controlar la ansiedad de separación (Trianes, 2000). El tipo de apego desarrollado al año de edad, predice el tipo de apego a los 18 meses, la frustración, persistencia, cooperatividad y entusiasmo en la tarea a los 24 meses, la competencia social en los preescolares y la autoestima, empatía y la conducta en el salón de clases (Stern, 1985 mencionados por Lartigue y Vives, 1992) A medida que crecen, los pequeños pueden recurrir a la visión y a la comunicación oral como medio de mantener el contacto con la madre.

En presencia de una figura materna sensible a sus requerimientos, por lo común el bebe se muestra contento; y una vez que adquiere cierta movilidad suele explorar el mundo circundante lleno de confianza y valor. En ausencia de aquella figura, más tarde o más temprano el bebé experimenta un sentimiento de zozobra y responde con una viva sensación de alarma a toda suerte de situaciones imprevistas, por levemente extrañas que le resulten. Ante la inminente partida de la figura materna o cuando ésta no puede ser hallada, el pequeño suele emprender una acción dirigida a detenerla o buscarla, y no logra superar su ansiedad hasta tanto no lograr cumplir sus objetivos (Bowlby, 1985; 1998).

En la adolescencia, el vínculo de apego que une al hijo con sus padres cambia, ya que otros adultos comienzan a tener igual o mayor importancia que los padres acompañando la atracción sexual que empieza a sentir por compañeros de su misma edad. En esta etapa, las variaciones individuales en el apego se vuelven mayores. En un extremo se encuentran los adolescentes que se apartan por completo de sus padres; y en el otro, los que siguen apegados a ellos y no pueden o quieren dirigir su conducta de apego hacia otras personas.

En medio se encuentran los que siguen teniendo un apego fuerte hacia los padres, pero sus vínculos con los demás también son importantes. El vínculo con los padres se mantiene durante la vida adulta y afecta a la conducta de diferentes maneras. En la vejez cuando la conducta de apego ya no puede orientarse hacia miembros de la generación anterior, tal conducta se puede dirigir hacia los miembros de la generación más joven. Durante la adolescencia y la vida adulta, parte de la conducta de apego no sólo se suele dirigir hacia personas de fuera de la familia, sino también hacia grupos e instituciones fuera de esta. Para muchos la escuela, trabajo, grupo religioso, etc., pueden convertirse en figuras de apego subsidiarias. En tales casos, es probable que, al menos inicialmente, el vínculo con el grupo se establezca por el apego hacia un miembro que ocupe una posición destacada en él. Ante una enfermedad o catástrofe, los adultos se vuelven con frecuencia más exigentes respecto de los demás. Ante un desastre o peligro, es casi seguro que el sujeto buscará la proximidad de algún conocido en quien confía (Bowlby, 1969; 1998).

En cuanto al miedo a los extraños, la secuencia se encuentra marcada por los siguientes hitos:

1. Los primeros días de vida, el bebé no discrimina entre personas familiares y no familiares. Reacciona de forma similar ante unos y otros.
2. Audaz: la presentación de objetos novedosos desencadenan respuestas de interés sin temor.
3. 3 y 6 meses: reacción positiva ante personas desconocidas, pero comienza la diferenciación en la interacción con las personas conocidas y no conocidas.
4. 6 y 8 meses: cauto e inhibido ante la persona extraña.
5. 8-9 meses: miedo a los extraños.
6. 9-12: aumento en la intensidad conductual del miedo a los desconocidos.
7. 24 meses: máximo de intensidad del miedo. A partir de los dos años suele perder intensidad debido a procesos autorregulatorios (Fernández et. al, 2002).

Figuras de apego

Osofsky y Ebehart (1988) (mencionados por Lartigue y Vives, 1992), identificaron tres patrones de riesgo en los que tenía lugar un intercambio de afectos negativos. El primer patrón fue de blandura o aburrimiento en la interacción, en el cual casi no existe comunicación; el segundo patrón caracterizado por el enojo y rabia de la madre hacia el bebé; el tercer patrón como un intercambio negativo mixto donde el infante y su madre aparecen fuera de sincronía el uno con el otro; y por último, cuarto patrón de interacción recíproca positiva caracterizado por la disponibilidad emocional, sintonía afectiva y sensación de bienestar.

El mero hecho de estar cerca de una madre y poder verla parece suficiente como para brindar a un pequeño de dos años una sensación de seguridad, en tanto que un pequeño de un año suele insistir en sus deseos de entablar contacto físico. Los niños de dos años se quejan menos que los de un año durante periodos breves en que las madres los dejan solos. Bowlby (1985) llega a la conclusión de que, por comparación con los niños de un año, los de dos años poseen estrategias cognitivas más perfeccionadas para mantener el contacto con la madre. Recurren en medida mucho mayor a la comunicación ocular y verbal, y con probabilidad también elaboran imágenes mentales (Bowlby, 1985; 1998).

En su estudio longitudinal de pequeños de dos a tres años, Maccoby y Feldman (1972) advierten la habilidad mucho mayor de estos últimos para comunicarse con la madre a distancia, así como su capacidad para comprender que la madre habrá de retornar muy pronto cuando sale de la habitación. Cuando se compara la reacción de los niños de tres años ante la breve ausencia de la madre con la reacción de los niños de dos años, se advierte que disminuyen notoriamente conductas tales como el llanto y los movimientos en dirección a la puerta cerrada. Los pequeños de tres años que han sido dejados solos recuperan su ecuanimidad incluso cuando se reencuentran con una persona desconocida, en tanto que los de dos años permanecen tan perturbados ante el regreso de la desconocida como cuando estaban completamente solos (Bowlby, 1985; 1998).

De algunos estudios de experiencias en separación, se concluye que:

En una situación benigna, aunque ligeramente extraña, los pequeños de once a treinta y seis meses, criados en el seno de su familia, advierten de inmediato la ausencia de la madre y por lo común demuestran cierta inquietud, cuyas pautas varían considerablemente, pero que con frecuencia llega a revestir la forma muy obvia, y a veces intensa, de ansiedad y zozobra. La actividad del juego se reduce abruptamente y puede cesar por completo. Son comunes los esfuerzos dirigidos a alcanzar a la madre (Bowlby, 1985; 1998).

Lartigue y Vives (1992), mencionan que la investigación realizada por Fonagy, Steele y Steele (1991) en 100 mujeres en su primera gestación, a través de la entrevista del apego adulto y su posterior seguimiento al año de edad en los infantes, demostró que las representaciones del tipo de apego de la madre (autónomo, rechazante o preocupado) tenían la capacidad predictiva en un 75% del patrón subsiguiente de apego del infante.

Por su parte, Sears (1989) (citado por Aizpuru, 1994), menciona que el apego a la madre o cuidador primario es sólo uno, el primero de tres apegos verdaderos que ocurren en la vida. El segundo sería en la adolescencia tardía, la búsqueda del segundo objeto, la pareja. El tercero sería hacia el hijo o hijos. En cuanto a la frecuencia con que la conducta de apego se dirige hacia figuras diferentes de la madre, Schaffer y Emerson (1990) descubrieron que, durante el mes siguiente al

momento en que los niños mostraron por primera vez esa conducta, la cuarta parte de éstos la dirigía también hacia otros miembros de la familia. Al cumplir dieciocho meses, la gran mayoría de los niños se sentían apegados, al menos, a una figura más, y con frecuencia a varias. Entre esas otras figuras, el padre era quien más frecuentemente daba lugar a la conducta de apego. También se halló que durante los primeros meses de manifestada esa conducta, cuanto mayor era el número de figuras hacia quienes el pequeño estaba apegado, más intenso solía ser este apego hacia su madre como principal figura (Bowlby, 1969; 1998). La fase más sensible a la ausencia paterna se halla entre los cero y los dos años, ya que parece ser la etapa más debilitante para la personalidad en términos generadores de vergüenza, culpa, inferioridad y desconfianza Santrock (1970) (citado por Navarro y Steva, 1986).

Por otra parte, los padres que participan en el nacimiento de su hijo sienten una atracción casi inmediata por él, acompañada de sentimientos de alegría, orgullo y autoestima. Algunos estudios indican que tienen un vínculo y apego más fuertes con el hijo que los que no intervienen en el nacimiento ni en los cuidados iniciales; pero dichos padres pueden distinguirse en muchos otros aspectos (que pudieran favorecer tal vínculo) de los que no optan por tener tal contacto (Craig, 1999).

El trabajo de la madre y la crianza de los hijos

Conforme la mujer se integra a la vida productiva y se ve obligada a contribuir cada vez en forma más activa a la economía familiar, crece su necesidad de recurrir a instituciones que se encarguen de la crianza infantil. Así, a lo largo de un día de trabajo, el infante permanece más tiempo de vigilia en la institución que al lado de su madre. De la crianza a la que se exponga el infante en estas instituciones dependerá en gran medida, su desarrollo intelectual (Guzmán, A; Barranco, R y González, S; 1989). Guzmán et. Al, (1989) realizaron un estudio con el fin de determinar si se dan factores de riesgo que pongan el peligro el desarrollo intelectual y mental de los niños que pasan la mayor parte de sus horas de vigilia en instituciones de cuidado infantil. El procedimiento consistió en registrar el comportamiento de 10 educadoras de 10 CENDIS del D.F. que atendían a lactantes (46 días a 1 año y 6 meses de edad), así como el valorarlas de manera personal. Se encontró que de las cinco categorías de conducta existentes, las educadoras dedicaron un 51% de tiempo a todas aquellas actividades que no significaran un contacto con los niños, un 20% a las interacciones negativas, un 22% al cuidado realizado en forma impersonal y tan solo un 5 % en demostrar afecto al infante, finalizando con un 2% dedicado a conducta de estimulación. El estudio demostró también que dichas personas presentaban insatisfacción con su trabajo, problemas familiares y personales y que esto repercutía en su trabajo con los niños.

Guzmán, Padilla y Trujado (1990), realizaron un estudio con el fin de identificar las variables implícitas en la crianza que podrían ayudar a predecir la utilización, por parte del niño, de recursos para afrontar situaciones estresantes tales como el momento de la separación de la madre. Seleccionaron una situación de

separación natural: el ingreso al jardín de niños, y tras aplicar cuestionarios a 142 madres de niños entre 4 y 5 años, se llegó a la conclusión de que las demostraciones de ansiedad de la madre parecen relacionarse directamente con las demostraciones de ansiedad en el niño; si la madre habla con su hijo, explicando el porque de la separación y el tiempo que esta durará, antes de una separación el niño tiende a presentar menos ansiedad y si la madre durante la crianza aprende a mostrar menos ansiedad ante ciertas situaciones estresantes y comunes, promoviendo la seguridad, el niño las afrontará también con más recursos y capacidades para adaptarse a los cambios.

Rutter (1972) (citado por Lara y cols., 1994) menciona que en ninguno de los estudios en los que se ha observado a niños de madres trabajadoras se ha reportado una ruptura en la relación de apego con ella o dificultades en la formación de lazos de apego con otros cuidadores. Los resultados son inconsistentes.

Se han identificado una serie de variables mediadoras entre el trabajo materno y el tipo de apego. Entre estas se encuentra la calidad del cuidado alternativo: cuando este es de calidad (prontitud de respuesta de la madre, su accesibilidad ante las necesidades del niño, calidez, aceptación y libertad de expresión emocional) (Clarke-Stewart, 1988, citado por Lara y cols.; 1994) no se presentan diferencias entre los niños de madres empleadas y los que son cuidados exclusivamente por sus madres. Por lo que se refiere a la edad de separación existe controversia; mientras que algunos piensan que los efectos son más adversos antes del primer año, otros observan mayor incidencia de apego inseguro cuando se da después de esta edad. En cuanto al sexo se reporta de manera consistente, mayor vulnerabilidad a las separaciones de la madre en varones (Lara y cols.; 1994). Barglow, Vaughn y Monitor (1987) reportan mayor prevalencia de apego inseguro en los primogénitos (Lara y Cols; 1994).

En cuanto a la conducta en presencia y ausencia de la madre, varios psicólogos registraron la conducta de los niños pequeños cuando ingresan por primera vez a una guardería o asisten a un centro de experimentación para ser examinados. Los especialistas recogieron datos que prueban que el ingreso a la guardería mucho antes de los tres años constituye una experiencia indeseable para la mayoría de los niños, debido a las tensiones que les provoca.

En el primer estudio realizado por Shirley y Poyntz (1941), se observó a 199 pequeños (101 varones y 98 mujeres) de dos a ocho años en el curso de una visita de un día de duración a un centro de investigación, durante la cual fueron sometidos a una serie de exámenes médicos y psicológicos, intercalados con periodos dedicados al juego, la comida y el descanso. Los niños permanecieron todo el tiempo sin las madres. En los resultados, relación que los niños de tres años solían demostrar mayor inquietud que los de los grupos de mayor y menor edad: "los pequeños de dos años o dos años y medio tenían poca conciencia de lo que les reportaría el día; experimentaban escaso temores por anticipado". A los tres años, tomaban mayor conciencia de las exigencias de la jornada y se

mostraban más reacios a dejar sus hogares". Ello ocurría en el caso de aquellos que habían efectuado una o dos visitas previas al centro. Lejos de acostumbrarse a los exámenes bianuales en ausencia de la madre, los pequeños se mostraban cada vez más aprensivos al respecto. Y solían demostrar mayor inquietud al comienzo del día (shirley, 1942). Mayor perturbación en los niños mayores al prever más fácilmente lo que habría de suceder (Citado por Bowlby, 1985; 1998).

Vargas, A; Díaz, R y Sánchez, R., (2000), realizaron un estudio que pretendía identificar si existían diferencias en el uso de un estilo particular de apego en niños y niñas de cuatro grupos de edad que abarcan la gama de infancia y pubertad. Se aplicó el instrumento de estilos de apego. Los niños puntuaron más alto en el estilo seguro-interno (desenvoltura e independencia), lo que le lleva a explorar prácticamente con cualquier persona. Esta tendencia es congruente con la forma en la que el proceso de socialización se desenvuelve en la cultura mexicana pues a los niños se les refuerza ser independientes, dinámicos y autónomos. También mostraron el estilo evitante Ansioso- Agresivo más que las niñas. En contraste, los estilos predominantes en las niñas fueron: seguro externo (accesibilidad y apertura al trato con las personas) y preocupado amistoso (necesidad de compañía reflejada en conductas afiliativas), manifestando de esta manera los roles esperados por la cultura mexicana (Díaz G.1994).

También, se observó que hay una tendencia mayor en el estilo evitante independiente en relación a la edad de los niños, es decir a mayor edad son mas evitantes e independientes de los padres y una tendencia menor en el estilo seguro externo conforme la edad aumenta. Esto puede explicarse en función de una menor dependencia de los padres para volverse más autónomos e independientes (Craig, 1996; citado por Vargas, A; Díaz, R y Sánchez, R., 2000)

En algunos estudios y a determinada edad no se observa diferencias en la conducta de niñas y varones. En la medida en que se observan diferencias, se advierte que los varoncitos tienden a explorar más en presencia de la madre, y se muestran más vigorosos en sus intentos por alcanzarla cuando aquella se marcha; las niñas por su parte, suelen mantener una mayor proximidad con la madre y entablar amistad más rápidamente con la desconocida (Bowlby, 1985; 1998). Sin embargo, los varones son los que suelen sufrir más la separación de la madre.

En la infancia existen cantidad de situaciones y acontecimientos que pueden ser considerados como estresores, porque implican daño o pérdida; son amenazas reales o potenciales para el bienestar, retos ante los cuales irremediamente hay que responder. Migram (1996) (citado por Trianes, 2000), propone una clasificación de dichos acontecimientos:

- 1) tareas rutinarias.
- 2) actividades o transiciones normales del desarrollo.
- 3) acontecimientos convencionales.

- 4) acontecimientos negativos.
- 5) alteraciones familiares graves.
- 6) desgracias familiares.
- 7) desgracias personales y
- 8) desgracias catastróficas.

Toda separación ejerce un efecto particularmente adverso sobre los niños cuyos padres suelen mostrarse hostiles o amenazarlos con la separación como medida disciplinaria, o cuya vida familiar es inestable. De esta forma, se observa que las amenazas de abandono o suicidio por parte de los padres, suelen desarrollar más la elaboración de un apego ansioso. La amenaza de abandono puede expresarse de distintas maneras: afirmar que al pequeño se le puede llevar a un lugar para niños malos, a la policía. Otro tipo de amenaza es la que dice el padre cuando menciona que se marchará de la casa, dejándolo solo. Una tercera, radica en señalar que si el niño no se porta bien, la madre o el padre se enfermarán e incluso morirán. Una cuarta, es la realizada en momentos de enojo y cediendo a la impulsividad, que hace uno de los padres en el sentido de abandonar a la familia, e incluso de cometer suicidio. También ha de tomar en cuenta la ansiedad que se despierta cuando el niño oye discutir a sus padres, y por lo tanto, teme que uno de ellos llegue a abandonar el hogar (Bowlby, 1985; 1998).

Méndez (1999), menciona que los factores que explican el origen y la persistencia de los miedos infantiles son:

- 1) preparatoriedad,
- 2) vulnerabilidad biológica,
- 3) vulnerabilidad psicológica,
- 4) historia personal y
- 5) experiencias negativas.

Los elementos que componen la experiencia del estrés en los niños son:

- 1) variables antecedentes (estímulos estresantes),
- 2) variables que median la experiencia del estrés: modeladoras (género, edad, temperamento) y amortiguadoras o protectoras (familia, interacción),
- 3) factores de riesgo (condiciones personales y ambientales que predisponen a padecer estrés) y
- 4) factores de afrontamiento (condiciones personales y ambientales que ayudan a manejar y superar el estrés) (Trianes, 2000).

Según Ortiz (1994) (citado por Fernández et. al, 2002), la activación del sistema del miedo depende de la evaluación que el niño realice de la situación. Incluyendo factores tanto individuales (seguridad de apego, experiencia social previa, temperamento y capacidades cognitivas) como contextuales (novedad de la situación, forma de aproximarse e interactuar de la persona extraña, edad de la persona extraña y presencia de las figuras de apego).

Por otra parte, el miedo a extraños se manifiesta en la siguiente secuencia:

- 1) tendencia a retirarse y/o evitar a la persona extraña,
- 2) reducción de conductas de interacción social positiva,
- 3) orientación de la mirada, atención y manipulación hacia otros elementos,
- 4) manifestación de temblores,
- 5) expresión de llanto y/o quejas intensas,
- 6) manifestación de desagrado o malestar,
- 7) activación de conductas de apego (Fernández et. al, 2002).

La separación del niño con la figura de apego

Según Bowlby (1985; 1998), en las separaciones prolongadas los niños pueden atravesar tres fases:

- 1) Protesta y trata de recuperar a la madre por todos los medios posibles.
- 2) Desespera la posibilidad de recuperarla pero, sigue preocupado y vigila su retorno.
- 3) Desapego emocional

Siempre que el periodo de separación no sea demasiado prolongado, ese desapego no se prolonga indefinidamente. Mas tarde, el reencuentro con la madre, causa el resurgimiento del apego. De ahí en adelante, durante días o semanas, el pequeño insiste en permanecer con ella. Siempre da muestras de ansiedad cuando intuye su posible partida (Bowlby, 1985; 1998).

La respuesta infantil es diferente dependiendo de quien inicia la separación. El niño no muestra signos de miedo cuando se aleja porque alguna cosa atrae su curiosidad o para jugar. Si la separación se realiza contra su voluntad manifiesta señales de intenso temor, aunque el adulto cuidador permanezca en su campo de visión, y busca ansiosamente el contacto con él. Así, durante la infancia, se producen las separaciones forzadas por diversas circunstancias (Méndez, 1999):

- a. Escolarización
- b. Hospitalización

- c. Divorcio
- d. Muerte

Escolarización

Investigadores sostienen que los niños deben percibir su ambiente como seguro para tener éxito y cubrir las demandas académicas de la escuela (Hoover y Hazker, 1991, citado por Juvonen, 1999).

La escuela se presenta, como el más importante contexto social y de aprendizaje de conocimientos, dando lugar a nuevos y desconocidos retos con la ambigüedad de contribuir al crecimiento personal o convertirse en acontecimientos que amenazan a dicho crecimiento (Trianes, 2000).

Los factores interpersonales desempeñan un papel fundamental para promover el aprendizaje en la escuela y que éste puede optimizarse en contextos interpersonales caracterizados por el apoyo, autonomía y el sentido de relación con los demás (Ryan y Powelson, 1991, citados por Juvonen, 1999).

Por consiguiente, la amistad que es definida como "una relación voluntaria y recíproca entre dos niños" (Bukowski y Hoza, 1989; citado por Juvonen, 1999) actúa como apoyo para los niños pequeños en su ambiente escolar y, por tanto, los ayuda a aclimatarse a la escuela. También, se observa que un apego seguro es la base para que los niños en edades preescolares muestren competencia en las relaciones con los iguales, sean aceptados por compañeros y tengan amigos (Trianes, 2000).

El rechazo de sus compañeros puede desarrollar actitudes negativas e inhibirlos en la exploración (Juvonen, 1999) de tal manera que llanto, quejas, tristeza, apatía por ir a la escuela, excesivo apego al adulto y otros síntomas pueden ser debidos a una percepción de soledad asociada al hecho de no tener compañeros con quien jugar (Trianes, 2000).

Entre los chicos, las amistades dentro del aula que se caracterizan por altos niveles de conflicto se asocian con múltiples formas de mala adaptación a la escuela, incluidos niveles elevados de soledad y evasión de la escuela y niveles muy bajos de agrado y compromiso con ella. Los niños que cuentan con un amigo mutuo en el salón de clases pueden estar dispuestos a utilizarlo como fuente de apoyo emocional o instrumental o tal vez como una base segura a partir de la cual exploran el ambiente escolar (Howes, 1988, citado por Juvonen, 1999).

La mera participación en la amistad con un compañero de clase puede actuar como un factor de protección para los niños, que de otra manera correrían el riesgo de sufrir experiencias negativas en la escuela (como sentimientos de soledad) (Juvonen. 2000).

En cuanto a la relación con los profesores, Howes y Hamilton (1992) notaron que uno de los muchos papeles de los maestros de niños pequeños es el de proveer cuidado y ser responsables por el bienestar físico y emocional del chico en ausencia de sus padres. Al proporcionar una base segura a partir de la cual el niño puede explorar sus alrededores, los maestros facilitarán la adaptación de éste al ambiente escolar. Tres características de relaciones entre maestros y niños, significativas para los pequeños a medida que se enfrentan a transición en diferentes años escolares son: cercanía (relaciones de apoyo), dependencia y conflicto. Los teóricos del apego han distinguido entre apego (que tiene connotaciones positivas) y la dependencia (connotaciones del desarrollo negativas); se considera adaptable el hecho de que la cercanía incrementa con el tiempo y que la dependencia disminuya. Los niños que son excesivamente dependientes podrían sentirse indecisos para explorar su ambiente escolar.

Los sentimientos de soledad y ansiedad, así como los sentimientos negativos acerca de las actitudes hacia la escuela y los compañeros de clase, también son más comunes en niños que muestren niveles más elevados de dependencia hacia el maestro. Birch y Ladd (1994) (citados por Juvonen, 1999) comprobaron que los niños con relativamente poco conflicto, poca dependencia o mayor cercanía con sus maestros eran mejor aceptados por sus compañeros de clase que los chicos que experimentaban más conflicto, dependencia o menos cercanía.

Hospitalización

Según Priego y Valencia (1988), la hospitalización puede causar reacciones inmediatas en el mismo momento de la separación (gritos, llantos, negación a quedarse) o bien después de la experiencia en conductas tales como regresión, actitudes de rechazo a los padres, alteraciones del sueño o alimenticias, etc. Tales comportamientos dependen de una serie de factores como el conocimiento previo de lo que es un hospital, la personalidad del niño, el tipo de relaciones que establece con sus padres y la propia experiencia. Al respecto, se han realizado una serie de estudios.

En 1915, durante la primera guerra mundial, el médico alemán Ibrahim describe una enfermedad del hospital, donde a pesar de los cuidados y el equipo moderno con el que contaban, los niños iban muriendo psíquicamente por una "falta de amor". Ese mismo año, Pflaunder en Europa y H.D. Chapin en E.U.A. dan el nombre de "hospitalismo" al síndrome de deterioro físico y mental progresivo que aparece en los niños internos desde sus primeros días y que no podía atribuirse a

deficiencias higiénicas en el manejo de los niños o a otras enfermedades, sino al trato impersonal y carente de estímulos afectivos y sociales que recibe un niño normal de su madre.

Morquio (1918), hablaba de que en los hospitales de niños no se muere de la enfermedad que se trae, sino de la que se adquiere, planteando la necesidad de que sea evitada en lo posible la hospitalización de niños menores de dos años y refiriendo que ésta sería más tolerable cuanto más cerca pudiera estar la madre del hijo. Hace especial énfasis en la falta de atención que existe en el psiquismo del niño, en un medio que, a pesar de la buena voluntad y preparación de las personas que lo rodean, no logra sensibilizarlo y hacerle sentir aquello que tiene en el ámbito del hogar y con su familia.

Lowrey (1940), reporta que a través de una larga estancia de 28 niños entre las dos semanas y los once meses de edad en una institución 2 o 3 años, muchos de estos niños presentaron un cuadro clínico similar al de los niños rechazados por sus familiares.

Spitz (1945), define al hospitalismo como el efecto nocivo, sobre todo desde el punto de vista psiquiátrico, de la atención que se da en los hospitales a infantes puestos a su cuidado a temprana edad. También lo describe como "el comportamiento peculiar de los niños que se manifiesta por una primera fase de llanto y protestas, pasando a un estado de apatía, silencio, inercia, actitud sombría, dejando de seguir la mirada, sin responder a la sonrisa y a la voz. Su estado físico se deteriora perdiendo peso y aumentando su sensibilidad en forma exagerada a las infecciones, su desarrollo psicomotor presenta retrasos importantes. Spitz, realizó un estudio que realizó a 69 niños residentes de una casa cuna de una institución que refugiaba a madres delincuentes, en donde cada una de ellas tenía la oportunidad de atender a su hijo, con 61 pequeños de un hogar de crianza que provenían de un núcleo social y materno adecuado, pero cuyo impedimento era que sus madres no podían hacerse cargo de ellos. Posteriormente, ejecutó un seguimiento con 21 niños del hogar de crianza que por su privación de cuidado, estimulación y amor maternos sufren un daño irreparable, tendiendo este incluso a ser progresivo. Además del desarrollo físico y psicológico inadecuado, todos estos niños mostraban un serio decremento en su resistencia a la muerte y por lo tanto, un alto índice de mortalidad.

Bloom (1958), presenta un estudio realizado con 143 niños entre los 2 y 4 años expuestos a una situación de estrés dada la significancia emocional de una operación de amígdalas y de su posterior hospitalización. El grupo de menor edad fue el que presentó mayor ansiedad ante la hospitalización, básicamente debida a la separación materna que sufrían.

Se ha llegado a la conclusión que en aquellos niños sobre los siete meses se presenta una forma de conducta que representa la postura de la separación: protesta durante el período inicial de hospitalización; negativismo personal, intervalos de conductas de sumisión y retiro, y un periodo de reajuste al regresar al hogar durante el cual se mostró un gran monto de inseguridad centrada alrededor de la presencia de la madre. En aquellos niños por debajo de los siete meses, por otro lado, la separación de la madre no produce protestas significativas (Priego y Valencia, 1988).

Divorcio

En un estudio realizado por Henry y Holmes (1998) (citado por Vargas, A; Díaz, R y Sánchez, R., 2000) se evidencia la importancia del apego en las etapas iniciales de la vida, pues parece que cuando niñas de padres divorciados vs. No divorciados son evaluadas en términos de su apego, éstas se identifican más con un estilo preocupado, miedoso, menos seguro y rechazante (en orden decreciente); mientras que los niños se identificaron más con un estilo miedoso, preocupado, menos seguro y rechazante, respectivamente. De igual forma, se ha evidenciado que en los niños más pequeños, las circunstancias más dramáticas de los primeros momentos pueden ser vividas con menos consciencia de drama y más normalidad si se mantienen las rutinas de vida y la calidad de apego.(Trianes, 2000).

Arnold y Carnahan (1990) (citado por Trianes, 2000) señala tres grupos de estresores más comunes asociados al divorcio del padre: pérdida del acceso a los padres o a uno de ellos; cambios en el entorno y condiciones de vida; hostilidades entre los padres e intrusión del sistema legal en la familia. La pérdida de acceso en los niños pequeños puede ser vivida con ansiedad de separación, mostrada con protestas, lloros, búsquedas, enfados, llamando a mamá y otras respuestas de activación fisiológica.

Muerte

Bowlby (1980; 1997) destaca que las reacciones de duelo que se observa a menudo en la niñez muestran muchos de los rasgos que constituyen el sello característico del duelo patológico adulto. Las cuatro variantes descritas por el autor son:

- a. Anhelo de la persona perdida.
- b. Reproche contra la persona perdida, combinado con auto-reproches.
- c. Cuidado compulsivo de otras personas.
- d. Incredulidad de que la pérdida sea permanente.

Consecuencias de la separación

Hay razones para creer que después de una separación muy prolongada o que se repite durante los tres primeros años de vida el desapego experimentado puede prolongarse de manera indefinida. Tras las separaciones más breves desaparece esa conducta de desapego, por lo común tras un periodo de horas o días. Por lo general sucede una fase durante la cual el niño muestra una notoria ambivalencia hacia sus padres. Exige su presencia y llora amargamente si lo dejan solo; por otra parte puede dar señales de rechazo hacia ellos o mostrarse hostil o desafiante. Entre los factores determinantes de la duración de esa ambivalencia, uno de los más importantes suele ser el modo en que responde la madre (Bowlby, 1985; 1998).

Cuando el hijo regresa al hogar tras un periodo de separación, su conducta plantea grandes problemas a sus padres, y en especial a la madre. El modo en que esta responde depende de muchos factores (tipo de relación que haya tenido con el pequeño antes de la separación, y el hecho de considerar que conviene más tratar a un niño exigente y perturbado dándole muestras de seguridad y procurando calmarlo o recurriendo a medidas disciplinarias). Westheimer (1970) centra su atención en el modo en el que los sentimientos de la madre hacia el hijo pueden modificarse en el curso de una prolongada separación durante la cual no lo ve. Los sentimientos anteriormente cálidos tienden a enfriarse y la vida en familia se organiza de acuerdo con esquemas tales que no dan lugar a que el niño pueda adaptarse a ella a su retorno (Bowlby, 1985; 1998).

Hay pruebas de que cuando el hijo ha permanecido lejos de su hogar en un lugar extraño y al cuidado de personas desconocidas, siempre sigue albergando temor de que lo alejen nuevamente del ambiente familiar. En un estudio realizado por Robertson, descubrió que los pequeños que habían estado internados en un hospital tendían a experimentar pánico ante la visión de cualquier persona con chaqueta blanca o delantal de enfermera y dieron claras muestras de temer un posible reingreso al hospital. Los niños que no parecen mostrar perturbación, son aquellos que nunca contaron con una figura específica en la cual centrar su afecto, o que han experimentado separaciones repetidas y prolongadas, por lo cual desarrollaron un desapego más o menos permanente (Bowlby, 1985; 1998).

En un estudio realizado por HERNICKE y WESTHEIMER en 1966, se observó a un grupo de niños bastante bien integrados, al que se estudió durante las primeras semanas de su asistencia a una guardería diurna; en el segundo grupo a otro integrado por pequeños a quienes se observó en el transcurso de su existencia cotidiana en el seno de sus propios hogares. En cuanto a las muestras de desapego, se confirmó que el desapego es característico del modo en que el pequeño separado de sus progenitores se comporta al reunirse nuevamente con la madre, aunque mucho menos evidente en circunstancias de reencontrarse con el padre. El segundo es que la duración de esa conducta de desapego infantil para con la madre se da en correlación elevada significativa con la duración de la separación entre ambos (Bowlby, 1985; 1998).

Estudios de James y Joyce Robertson (1971). Combinaron sus roles de observadores y padres sustitutos, llevaron a la casa a cuatro pequeños necesitados de cuidados, ya que sus madres se encontraban internadas en un hospital; las edades variaban desde dos años cinco meses, dos años cuatro meses, un año nueve meses y un año cinco meses. Procuraban descubrir de que manera pequeños con una experiencia previa satisfactoria responden a una separación, dadas las condiciones atenuantes conocidas y posibles de combinar al presente (los cuidados maternos de una madre sustituta con la cual el pequeño se encuentra familiarizado, la cuál procuró brindar todo su tiempo y cuidado a cada uno de los niños, y, adoptar a la vez, los métodos de la crianza de la madre, por lo que semanas antes, habían periodos de convivencia entre la madre, la investigadora y el niño para que éste se acostumbrara a la presencia de la madre sustituta y para que ésta averiguara como debía de actuar para tal niño). Todos los niños estudiados mostraron menos inquietud que la que es común en los niños pequeños cuando se separan de la madre en condiciones menos favorables; los cuatro, sin embargo, dieron muestras de incomodidad, y de tanto, revelaron tener conciencia de la figura de la madre ausente. La secuencia de protesta, desesperación y desapego, si bien restringida y notablemente reducida en su intensidad. Gracias a las preocupaciones adoptadas pudo reducirse la desesperación del niño y su consecuente desapego. Las diferencias de respuesta entre los niños criados en un hogar de padres sustitutos y los criados en el marco de una institución pueden interpretarse como diferencias de intensidad (Bowlby, 1985; 1998).

La secuencia de protesta intensa, seguida de muestras de desesperación y desapego, se debe a la combinación de una serie de factores, de los cuales el central es la conjunción de personas desconocidas, hechos extraños, y la ausencia de cariño maternal, brindado sea por la madre verdadera, sea por una sustituta eficaz (Bowlby, 1985; 1998).

Como la separación de la figura materna, incluso en ausencia de otros factores, sigue provocando tristeza, cólera y la subsiguiente sensación de ansiedad en los niños más pequeños, dicha separación es en sí una variable clave para determinar el estado emocional y conducta del niño (Bowlby, 1985; 1998).

Boy, García y Torreblanca (1985), realizaron un estudio en la ciudad de México diseñado para analizar los efectos de la privación materna en el sentimiento de seguridad en niños de 3 a 6 años (8 varones y 8 mujeres), residentes en una casa hogar o institución similar. Tomaron como grupo control a individuos que vivían con su madre en forma permanente y continua. Tras realizar observaciones estructuradas durante cuatro días, encontraron que el grupo control presentaba mayor autonomía, participación activa, autoestima y confianza, corroborando de esta forma que la privación materna influye en el sentimiento de seguridad, autoestima y confianza en sí mismo.

Cuando en la serie de episodios diseñados por Ainsworth, se somete a prueba a un niño por segunda vez pocas semanas después de la prueba, aquél suele mostrarse más inquieto y ansioso que en la primera oportunidad. Si la madre se halla presente, se mantiene junto a ella y se le aferra con mayor fuerza. Cuando aquella se halla ausente, aumenta el llanto del pequeño. Estos descubrimientos surgen de un estudio test-retest con veinticuatro bebés examinados por primera vez a las cincuenta semanas de vida y por segunda vez dos semanas después. Esto puede indicar que al año de edad, si hay una separación de escasos minutos de duración, el niño tenderá a ser más sensible de lo que era ante una repetición de la experiencia. (Bowlby, 1985; 1998).

Capítulo 4 Economía familiar.

Actualidad y realidad económica.

Entre 1991 y 2000 el empleo total en México observó un crecimiento promedio anual del orden del 4,25% (Cuadro 2). No obstante, habría que utilizar estos datos con cautela, siendo que la muestra utilizada para la Encuesta Nacional de Empleo cambió en 1998. Una comparación de los datos de 1998 y 2000 aporta una imagen más realista de la dinámica del empleo. En términos absolutos, el empleo creció sólo en poco más de 350 mil puestos de trabajo. La caída en el PIB ocurrida en 2001 significó la pérdida de poco más de 700 mil empleos.

Para responder a la demanda anual de 1,2 millones de empleos nuevos (CONAPO, 2000), el empleo total en México debería observar un crecimiento de alrededor de un 2,5% anual. Debido al hecho de que el PIB creció solamente en un 3,7% en 1999, estos datos indican que el PIB debería crecer en un 7% anual para lograr una tasa sostenida de crecimiento en el empleo de 2,5% y evitar que el desempleo crezca. Sin embargo, México alcanzó una tasa de crecimiento del 7% en sólo uno de los años (2000) de la década pasada.

Las estadísticas de empleo en México contabilizan a alguien como empleado si la persona ha trabajado al menos una hora en la semana antes de la encuesta, de conformidad con las normas de la OIT (Hussmans et al, 1990). Según esta definición, una persona se considera como empleada: no importa si solamente trabaja tiempo parcial sin remuneración en una empresa familiar o si trabaja tiempo completo en una moderna fábrica manufacturera. Sin embargo, la baja tasa de desempleo abierto en México no es una distorsión estadística, sino que refleja el funcionamiento de una estructura distinta del empleo. Dado que una gran parte de la población no tiene ninguna capacidad de ahorro, y que no hay un sistema de seguro de desempleo, el desempleo abierto en México es, un lujo que pocos pueden permitirse.

En términos de nuevos empleos, la concentración del dinamismo industrial en los sectores manufactureros también ha implicado la creación de sectores de servicios estrechamente vinculados a esta producción de exportaciones y ha traído consigo un crecimiento muy importante del sector financiero, que probablemente sea el gran beneficiario en términos globales del acuerdo de libre comercio desde el punto de vista de los grandes empresarios mexicanos y de los grandes capitales extranjeros que han venido a invertir en México. (Salas P 2001)

La tendencia más importante en el empleo urbano en México es el crecimiento del empleo en el sector de servicios, como ocurre en la mayoría de las economías (terciarización del empleo). En el período 1991-2000, el 65% de los empleos creados correspondieron al sector terciario. El crecimiento rápido del empleo y de la actividad en los sectores de comercio y servicios presenta dos problemas para la economía mexicana. A diferencia de los empleos del sector de servicios en los países desarrollados, en México las actividades no industriales no incluyen un sector fuerte y dinámico de actividades de alto valor agregado. Aún en el caso del creciente empleo en actividades financieras, un proceso claramente asociado con la privatización y las nuevas inversiones, una gran parte de esta expansión se puede atribuir a la protección continua y a la ausencia de reglamentación, pero no al desarrollo de servicios altamente competitivos de talla mundial). Por esta razón, los sueldos y la productividad en estas industrias son bajos en comparación con los niveles mundiales.

El ingreso por trabajo es la fuente más importante de los ingresos monetarios de la población mexicana: el 60% del ingreso monetario es ingreso del trabajo; el 38% es ingreso mixto, es decir, por propiedad de empresas o por trabajo por cuenta propia; y solamente el 2% de lo captado como ingreso en la encuesta proviene de propiedades o activos financieros (Salas P 2001).

De los hogares en donde el trabajo es la fuente principal de ingreso monetario, el 72% se deriva del trabajo asalariado. Ahora bien, la escasa creación de empleo asalariado y la ausencia de empleos bien remunerados han conducido a que la distribución del ingreso se mantenga en niveles muy concentrados. (Salas P 2001)

Hay otro importante fenómeno a considerar: una mayor polarización geográfica en la distribución del ingreso. Si pasamos revista a la situación a nivel de entidades federativas, tanto en relación con la distribución de los establecimientos como con la distribución del empleo, quedaría claro que en términos de la distribución del empleo agrícola los principales beneficiarios de su principal aumento han sido las zonas centro-norte y norte del país; en términos de la creación de empleos manufactureros, la mayor parte del dinamismo de producción y de creación de empleos se tiene también en la zona centro-norte y norte del país. Esto ha implicado la pérdida de la importancia relativa de los centros tradicionales de producción, como son el área metropolitana de la Ciudad de México y el área de Guadalajara, al mismo tiempo que ha acrecentado el abismo entre los estados tradicionalmente pobres, muy vinculados a la agricultura y a las actividades de comercio y servicios de muy pequeña escala -en orden de niveles de pobreza- Chiapas, Oaxaca y Guerrero- y sus contrapartes en el norte del país.

El papel de los hogares depende en gran medida a la sociedad en donde se encuentra, la función social abarcada en dos aspectos: como proveedor, donde se resaltan las funciones económicas conteniendo la producción y consumo de bienes y servicios; además sirve como protectora de el medio externo y como formadora donde resaltan las funciones psicosociales, psicobiológicas y culturales.

Sobre las espaldas de las mujeres se ha impuesto por tradición, la responsabilidad principal de la crianza de los hijos e hijas, sin apoyo en una gran cantidad de veces, de los padres. Se agrava porque además las mujeres sufren de discriminación laboral, es decir mayor dificultad para obtener empleo o un salario igual a los hombres. Esta discriminación laboral disminuye las posibilidades de dar alimentos y sostén económico a las y los hijos.

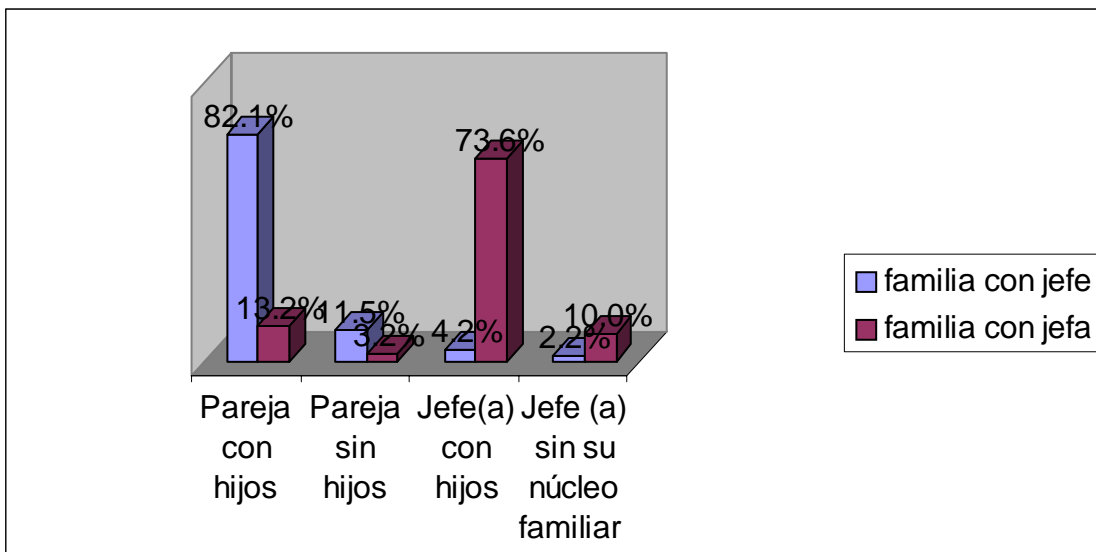
La crianza de los hijos e hijas, es de ambos, padre y madre. Muy común ha sido en éste y otros tiempos la existencia de mujeres que “han tenido que sacar adelante a los hijos e hijas”, a pesar de estar solas, y en ocasiones sin la oportunidad de una educación que les permita tener un mejor ingreso económico.

En la sociedad mexicana existen varias formas de organización familiar con diferente estructura y composición, lo que responde al entorno social, económico y cultural. La composición familiar parte de las relaciones de parentesco que se establecen entre el jefe y los miembros del núcleo familiar, quienes son el jefe, la cónyuge y los hijos, de donde se han derivado varias clases de familia.

La forma más común de organización en las familias es la pareja con sus hijos, 69% de las familias, 17.3% son familias en las que viven la jefa o el jefe con sus hijos, 10% son parejas sin hijos y 3.7% se forman por el jefe o la jefa sin cónyuge ni hijos, pero con otros parientes tales como nietos y sobrinos principalmente, esta última composición se llama “hogares de jefe sin su núcleo familiar”. (INEGI censo 2000).¹

Las composiciones familiares muestran diferencias contundentes por sexo del jefe. De las familias dirigidas por un varón 82 de cada 100 son parejas con hijos y alrededor de 12 parejas sin hijos, en contraste, de las familias con jefa, 74 de cada 100 se conforman por la jefa con sus hijos, 13 son parejas con hijos y 10 son jefas sin su núcleo familiar.

¹ Todas las cifras, porcentajes y gráficas han sido tomadas del INEGI basadas en los censos de los años 1995 y 2000.



Los hogares generalmente obtienen su ingreso de las remuneraciones al trabajo, los beneficios de algún negocio o empresa y por transferencias, estas últimas pueden ser pensiones, jubilaciones, donaciones, regalos, becas o apoyos sociales provenientes del gobierno, de otros hogares o de organismos no gubernamentales.

Las familias obtienen sus recursos monetarios en mayor medida de las fuentes de ingreso mencionadas antes. Cabe destacar que los hogares muestran situaciones diferenciales en sus fuentes de ingreso por sexo del jefe: 3 de cada 4 familias con jefe o jefa tienen ingresos por trabajo asalariado, sin embargo, casi la mitad de las dirigidas por una jefa percibe ingresos por transferencias, sobre todo las que provienen de otros hogares, y poco más de la tercera parte por ganancias de su negocio; por otro lado, en las familias con jefe es mayor la proporción que tiene ingresos por renta empresarial (44.7%) que por transferencias (35%).

En el 2000, en el país, prácticamente 80% de las familias cuentan con una vivienda propia, el 20% restante principalmente rentan o tienen a la vivienda asignada como una prestación, encargada, intestada, etcétera, es decir habita una vivienda que no es propiedad de algún miembro de la familia. Los hogares familiares con jefe muestran un porcentaje ligeramente más alto de vivienda propia que las familias con jefa, respectivamente 79.7% y 78.3 por ciento.

Por la composición de las familias y el sexo del jefe se observan ligeras diferencias sobre la propiedad de la vivienda, de las familias conformadas por la pareja y los hijos principalmente el lugar en que residen es propio, 79.7% con jefe y 78.6% con jefa. De las familias de jefe o jefa con hijos, la mayoría cuenta con la propiedad del inmueble, sin embargo hay una diferencia significativa las dirigidas por un varón (84.1%) de las encabezadas por una mujer (78.7%).

De las familias mexicanas, 79.1% tienen como jefe a un varón y 20.9% a una mujer. En las nucleares las proporciones correspondientes son 83% y 17%, mientras que en las no nucleares son 67.6% y 32.4% respectivamente. En general los jefes hombres son más jóvenes que las jefas, éstos predominan en las edades menores a 50 años, siendo sus proporciones 67% mientras la de jefas es de 56 por ciento.

En las familias nucleares, los jefes varones se concentran principalmente entre los 30 y 49 años (55.3%). En las no nucleares, las mayores proporciones están en las edades de 40 años y más (73.4%). Entre las jefas de familias nucleares, la mayoría tiene de 30 a 49 años (52.9%) y destacan las de 65 y más años (12.5%); las mujeres jefas de hogares no nucleares tienen edades mayores, de los 40 años en adelante (79.6%).

Debido a los papeles socialmente asignados a mujeres y hombres, ha correspondido a las mujeres la realización del trabajo doméstico y a los hombres el trabajo para el mercado. Sin embargo, estas dos labores se comparten cada vez más entre las parejas aún cuando su distribución sea desigual.

En las parejas conyugales donde sólo el hombre labora para el mercado, éste dedica a esa actividad casi 51 horas a la semana en promedio, y destina poco más de 12 horas al trabajo para el hogar, lo que en conjunto suma 63 horas semanales. En cambio, las mujeres de estas parejas destinan 73 horas y 42 minutos semanalmente a las tareas domésticas. Comparativamente las mujeres en este tipo de parejas trabajan arriba de 10 horas más que los hombres.

La participación de las mujeres de estas parejas en los trabajos domésticos es mayor en actividades como la limpieza de la vivienda (99.3%), cocinar o preparar los alimentos (96.8%) y en el aseo de la ropa y calzado de los miembros del hogar (96.7%); además, son las actividades a las que destinan más tiempo semanal, 20 horas y 48 minutos, 15 horas y media y 10 horas, respectivamente.

El cuidado de los niños y familiares lo realiza 65% de las mujeres y de manera exclusiva le dedican 16 horas con 18 minutos. En cambio, los varones de estas parejas participan en menor proporción que las mujeres en casi todas las tareas domésticas y les dedican menos tiempo; destacan el cuidado de niños o familiares, en el que emplean 7 horas con 24 minutos, así como el aseo de la vivienda y el preparar los alimentos, a los que destinan 3 horas y media por semana, para cada una.

En las parejas conyugales donde el hombre y la mujer participan en el mercado laboral, los varones dedican a esta actividad 51 horas con 42 minutos semanalmente y las mujeres 37 horas con 18 minutos; mientras que al trabajo

doméstico las mujeres destinan 54 horas y 24 minutos y los hombres 15 horas y 18 minutos, es decir, ellas trabajan casi 37 horas más que los hombres. En consecuencia, para la realización semanal de los trabajos domésticos y para el mercado las mujeres ocupan casi 92 horas, mientras los hombres destinan 67 horas.

Prácticamente todas las mujeres de este tipo de parejas realizan la limpieza de la vivienda (98%), el aseo de la ropa y calzado (96.4%) y la preparación de alimentos (92.8%), actividades a las que destinan en promedio 15 horas, 8 horas con 24 minutos y 12 horas, respectivamente; asimismo 61.5% cuida a los niños y familiares del hogar durante 12 horas con 24 minutos. Los varones tienen menor participación en casi todas las tareas domésticas y les dedican menos tiempo que las mujeres, ocupando la mayoría del mismo en el cuidado de niños (7 horas y 54 minutos), el aseo de la casa y a cocinar (4 horas y 18 minutos en cada una).

Esto muestra que la mujer al participar en el mercado laboral aumenta la cantidad de trabajo que realiza al día, asume el papel de proveedor del hogar pero continúa con la responsabilidad del trabajo para los integrantes del hogar; en cambio el varón de este tipo de parejas prácticamente no modifica su aportación de trabajo doméstico.

Entre los papeles que cumplen los integrantes de las familias está el sostenimiento económico del grupo. Los perceptores son los miembros del hogar que reciben ingreso en efectivo o en especie como producto del trabajo asalariado, el beneficio de un negocio, el ingreso derivado de la posesión de activos y de las transferencias, entre otras fuentes. En promedio, el número de perceptores por familia es 2.2, y es diferente por tipo de familia: las nucleares tienen 2, mientras que las no nucleares cuentan con casi tres (2.8).

De cada 10 personas que perciben algún ingreso en la familia 6 son hombres y 4 mujeres, la proporción es similar para los hogares nucleares; sin embargo, en los no nucleares los perceptores son prácticamente mitad hombres y mitad mujeres. La participación de los miembros del hogar en la obtención de ingresos muestra contrastes importantes al considerar qué parentesco tienen, indicando el papel que cumplen en la familia. El porcentaje más alto corresponde a los jefes (43.1%), les siguen los hijos (30.7%) y las cónyuges (18.1%).

Sin embargo, de acuerdo con la clase de familia existen diferencias marcadas: en las nucleares es mayor la proporción de jefes (48.5%) e hijos (29.6%) perceptores, aunque destaca la de cónyuges (21.9%). En las no nucleares, las mayores proporciones de perceptores corresponden a hijos (33%) y a jefes (32.1%), a la vez que los otros parientes y no parientes son casi la cuarta parte (24.3%) y las esposas representan apenas 10.6% de los perceptores.

Respecto al sexo de los perceptores, se puede señalar que 56.1% de las familias mexicanas recibe ingresos de hombres y mujeres (ingresos mixtos). En 33.2% de éstas, los ingresos son sólo de varones (ingresos masculinos) y en 10.7% sus ingresos sólo provienen de las mujeres (ingresos femeninos). Las familias que perciben ingreso mixto son mayoritarias en ambos tipos, para las no nucleares representan el 65.1% y para las nucleares el 52.8%. En contraste, los hogares familiares con ingreso masculino son más comunes en hogares nucleares (38%) que en no nucleares (20.1%). Por último, son pocas las familias con ingresos femeninos, 14.8% en las no nucleares y 9.2% en las nucleares.

La mujer como jefe de familia.

Dos de cada cinco jóvenes norteamericanos menores de 18 años viven, y han crecido, sin su padre biológico. Ya sea como consecuencia de un divorcio, o de nacimientos de madre soltera, un cuarenta por ciento de los menores de 18 años en Estados Unidos vive en una familia monoparental. Este cuarenta por ciento representa más de veinte millones de niños y adolescentes. La probabilidad de que un niño norteamericano de raza blanca nacido hoy, crezca junto a su padre y viva con él hasta ser mayor de edad, es de 25%. Para un niño negro, la probabilidad baja al 5%. Las familias en las que los hijos viven con su padre y madre biológicos representaban en 1950 un 43% del total de familias. En 1995 ese porcentaje bajó al 25%, y el porcentaje de familias monoparentales subió al 35% del total de familias con hijos. Esta tendencia aparece en casi todos los países industrializados, con excepción de Japón e Israel. La tasa de nacimientos de madre soltera se duplicó o triplicó en los países del primer mundo entre 1960 y 1990. En Estados Unidos, pasó del 5% al 35%, es decir un aumento del 600%, y es hoy la tasa más alta del mundo, con una proyección a 5 años de 50%. Del total de nacimientos de madre soltera, una tercera parte corresponde a madres solteras adolescentes. (McLanahan y Sandefur 1994.)

Diversos indicadores dan cuenta de las mejoras en la educación de las mujeres. Entre 1970 y 1997, la proporción de mujeres de 6 a 14 años que sabe leer y escribir aumentó 28 por ciento (de 66.8 a 85.4%); el analfabetismo femenino se redujo 56 por ciento (de 29.6 a 12.9%); se incrementó ligeramente el porcentaje de mujeres de 15 años y más que terminaron la primaria (de 18 a 19.2%); ascendió sustancialmente el de aquellas con instrucción post-primaria (de 9.8 a 47.4%); y disminuyó de manera significativa el peso relativo de las mujeres sin escolaridad y con primaria incompleta (de 35 a 12.2% y de 37.3 a 20.8%, en cada caso). Con respecto a la asistencia escolar, tanto en 1990 como en 1997, alrededor de seis de cada diez mujeres de 5 a 24 años asistían a algún centro educativo; en este último año, el porcentaje de mujeres de este grupo de edad que asistía o había asistido en algún momento de su vida a la escuela fue de 97.4 por ciento (CONAPO, 2000; INEGI, 1993).

Las nuevas pautas reproductivas, junto con cambios económicos y procesos más amplios de reorganización de la actividad productiva, han creado condiciones más favorables para la participación de la mujer en el trabajo extra-doméstico (Oliveira y García, 1990). Durante los años ochenta, la recesión económica y la aguda contracción salarial hicieron indispensable que las familias generaran ingresos adicionales mediante el aumento en el número de perceptores, movilizandando una oferta potencial de mano de obra conformada principalmente por mujeres unidas (García y Oliveira, 1994). Asimismo, cambios recientes en los patrones de reproducción de la familia, tales como el aumento en las tasas de separación y divorcio, en la migración masculina y en la proporción de hogares encabezados por mujeres, han repercutido en una mayor incorporación de las mujeres a la oferta de trabajo (Zenteno, 1999).

Las formas sociales que asume la familia en México así como en el mundo entero, rebasan los límites impuestos por el modelo de la familia nuclear, compuesta por una pareja y sus hijos. Esto es un hecho conocido desde hace tiempo y, sin embargo, las ideas en torno a este modelo prevalecen tanto en el "conocimiento común" como en las ideas y valores que guían la política pública y las normas legales que buscan dirigir el comportamiento de los individuos en su ámbito familiar (Giddens, 1993).

La existencia y aumento de tipos y formas familiares divergentes al modelo tradicional de familia parecen formar parte de un proceso de cambio más amplio, que abarca a la institución familiar pero no se circunscribe a ella (Giddens 1993, Castells 1996).

Aunque de hecho, y a pesar de las divergencias, la familia nuclear continúa en el México urbano de hoy como el tipo de familia más numeroso y común, existen otros tipos y arreglos en los que aparecen distintos tipos de relaciones sociales y distintas prácticas cotidianas de vivir en familia.

Los hogares ampliados y extensos, los hogares de jefatura femenina, los de tipo unipersonal, son todos ellos hogares que se apartan del modelo tradicional y que, según una larga lista de títulos académicos, están en proceso de crecimiento. Lejos de ser formas patológicas que derivan del rompimiento de una unidad familiar nuclear, las formas no nucleares deben ser vistas y entendidas como parte de la compleja configuración que las familias asumen en México y en el mundo entero.

Los grupos familiares y domésticos constituyen unidades diversas y dinámicas (Chant 1997) que no pueden ser analizadas a través de herramientas conceptuales rígidas y estáticas.

Hablar de la familia en México dejó de tener utilidad, incluso cuando los análisis se sitúan en una categoría social relativamente homogénea, dada la gran variabilidad de formas y tipos que es posible encontrar, y dada la fuerte carga ideológica que

el término *familia* conlleva. Además de la diversidad de formas familiares y domésticas en México que nos impide hablar de la familia en singular, es necesario seguir enfatizando en la importancia de la dinámica familiar y doméstica para entender los cambios que se generan en estas unidades.

Lo que aparece como una familia nuclear en un análisis sincrónico puede ser el producto de un proceso de reconstitución, después de períodos en los que se ha pasado de una estructura nuclear de jefatura masculina a una situación de hogar encabezado por la mujer y vuelto a constituir con un cónyuge distinto.

Para Safa (1995), los hombres son personajes que han perdido la capacidad de jugar el rol de proveedores económicos y las mujeres son los actores más importantes en las economías domésticas y nacionales de los países caribeños.

Kaztman (1992) delimita su interés en los sectores populares latinoamericanos y se pregunta por los cambios recientes en la situación de los hombres y su impacto en la constitución y organización de las familias. Para Kaztman (1992), los contextos latinoamericanos están caracterizados por una situación de anomia social que afecta particularmente a los hombres, más que a las mujeres, de los sectores populares urbanos. Esta anomia, nos dice, surge del "desajuste entre los objetivos culturalmente definidos para los roles masculinos adultos en la familia, por un lado, y el acceso a los medios legítimos para su desempeño, por otro" (Kaztman 1992).

Los cambios estructurales en América Latina han transformado de manera profunda la organización familiar. Es también importante el aumento de las mujeres en los mercados laborales que aparecen, en el contexto latinoamericano, como el resultado de la necesidad de complementar los insuficientes ingresos del hogar, como producto de la pobreza, y como resultado, también, de procesos demográficos (reducción de tasas de fecundidad) y de los avances educativos. La mayor incorporación de las mujeres en el ámbito del trabajo asalariado y los efectos que la crisis de los 80 tuvo sobre las remuneraciones de hombres y mujeres, pero en este caso lo que importa es la reducción de los ingresos reales masculinos que es uno de los elementos que están detrás de la entrada masiva de las mujeres al trabajo asalariado, el desempleo masculino y la creciente inestabilidad, contribuyeron a minar la capacidad de los hombres y a debilitar su autoridad en el ámbito familiar. Los hombres aparecen, como aprisionados entre las fuerzas materiales apremiantes y las transformaciones en las prácticas cotidianas y los valores tradicionales.

El estar aprisionados, inhabilitados para el desempeño de roles de esposo y padre, es lo que los lleva a abandonar sus obligaciones. La pobreza en la que viven las mayorías urbanas, las transformaciones en los mercados laborales y las estructuras de empleo, y los cambios que los hombres han sufrido en su papel de trabajadores, de maridos y de padres, son elementos importantes en estos

contextos para entender y explicar lo que sucede al interior de las dinámicas familiares y domésticas.

Por medio del análisis de las formas de cuidado, especialmente del cuidado infantil, se pueden evidenciar los fundamentos ideológicos y los sistemas de legitimación de una determinada división social y sexual del trabajo. Este tema de los cuidados infantiles lejos de estar en el margen de la política es en realidad un tema de primer nivel al cual los diferentes países han debido responder a finales del siglo veinte y más específicamente a partir de los años 60, momento en que se evidenció un crecimiento continuo y marcado de la participación femenina en el mercado de trabajo (Jenson et Sineau, 1998).

Encontramos situaciones diferenciales según los países, un buen número de países consagran una atención particular al tema de la conciliación entre actividad laboral y responsabilidades familiares desarrollando diversas políticas de ayudas para el cuidado de los niños pequeños, especialmente en el marco de los países de la Unión Europea, mientras que en los países en vías de desarrollo, la situación es de una ausencia significativa de este tema en la agenda pública de discusión y, por tanto, una ausencia también de políticas concretas que permitan o faciliten la articulación entre la vida productiva y reproductiva de varones y mujeres.

Hablar de "la familia" en México dejó de tener utilidad, incluso cuando los análisis se sitúan en una categoría social relativamente homogénea, dada la gran variabilidad de formas y tipos que es posible encontrar, y dada la fuerte carga ideológica que el término familia conlleva. Además de la diversidad de formas familiares y domésticas en México que nos impide hablar de "la familia" en singular y de manera unívoca es necesario seguir enfatizando en la importancia de la dinámica familiar y doméstica para entender los cambios que se generan en estas unidades (González R. 1994).

Lo que aparece como una familia nuclear en un análisis sincrónico puede ser el producto de un proceso de "reconstitución" después de períodos en los que se ha pasado de una estructura nuclear de jefatura masculina a una situación de hogar encabezado por la mujer y vuelto a constituir con un cónyuge distinto (González R. 1994).

Existe un consenso considerable al señalar que los cambios económicos y sociales más amplios producen un proceso de transformación de las familias y los hogares y que los procesos de reestructuración económica han acarreado una reestructuración de la vida íntima (Giddens 1993, Benería 1992, González de la Rocha 1994b). La transformación de la condición de las mujeres, nos dice Castells (1996) es un rasgo fundamental de las nuevas sociedades, una de las principales manifestaciones del cambio estructural que las sociedades de hoy están

experimentando. Según este autor, las raíces de esta transformación son dos fenómenos interrelacionados:

- 1) la entrada masiva de las mujeres en los mercados laborales, y
- 2) los movimientos sociales basados en la defensa de la identidad de género.

El ingreso masivo de las mujeres al mercado de trabajo se corresponde con modificaciones de orden cultural profundamente arraigadas. Estas modificaciones ponen en cuestión la idea de la eficacia de las políticas familiares que se basaron solamente en las ventajas materiales (asignaciones familiares, primas por hogar constituido, matrimonio y nacimientos). Más allá de las prestaciones financieras, se plantea en efecto el problema de la conciliación de la vida profesional y de la vida familiar, que debe conducir a una innovación en las políticas definiendo nuevas formas de cuidado de las personas dependientes, nuevas formas de organización del trabajo y una mejor consideración del espacio familiar.

Es, sin embargo, el primero de estos elementos al que Castells (1996) le da mayor importancia. Los mercados de trabajo se han transformado e incluyen de manera masiva a las mujeres. Estas, en su participación en empleos pagados, aún bajo condiciones de discriminación laboral, se ven a sí mismas como miembros de la fuerza de trabajo y se encuentran en mejor posición de negociación en el hogar.

De esta forma, la división social del trabajo entre el proveedor y la mujer de casa perdió su base de legitimación cultural. Se ha producido, un cambio dramático en los valores de la sociedad y particularmente en los valores de las mujeres en un corto período de tiempo. Parte de ese cambio en el sistema de valores es la no aceptación de las normas y valores que se hallan en la base de la institución social de la familia patriarcal. Las mujeres no aceptan ya más la autoridad masculina, resulte demasiado tajante para el contexto mexicano, me parece importante ponerla en diálogo con lo que estudiosos de América Latina han propuesto, y con lo que mis estudios de caso de mujeres jefas de hogar dicen al respecto. La combinación de fuerzas y necesidades económicas, la participación de las mujeres en el empleo como producto de cambios en los mercados laborales y en las necesidades de los hogares de estas mujeres y políticas e ideológicas (el interés de atraer los votos femeninos y las presiones del difuso y dividido, pero fuerte, movimiento feminista (Castells1996) lo que ha ido configurando un nuevo campo histórico que tiene impactos profundos en la sociedad y especialmente en la familia. La familia patriarcal ha sido fuertemente cuestionada. (Castells1996)

La constatación de que en la actualidad la tasa de crecimiento de la fuerza de trabajo femenina ha llegado a superar a la de la fuerza de trabajo masculina, y que el aporte de la mujer es cada vez más indispensable para cubrir los costos de manutención de las familias pone en cuestionamiento la vigencia de la asignación tradicional de los roles de género, la división sexual del trabajo a nivel de las estructuras familiares.

Diversos estudios realizados, en México, Argentina y Chile (Giddens 1993, Benería 1992, González de la Rocha 1994b) así como en países europeos,

constatan que la incorporación de la mujer al mundo laboral ha comenzado a cambiar la asignación de algunos roles en el hogar. No obstante se mantiene la tendencia a considerar al hombre como principal proveedor y a la mujer en su rol de reproductora de la familia, aun cuando ésta tenga responsabilidades laborales en condiciones similares a las del hombre.

El ciclo vital y laboral de mujeres y varones presenta algunas diferencias, la mayor parte de los varones venden su tiempo en el mercado de trabajo durante un período determinado que les permite generar derechos suficientes para su auto-mantenimiento y el de sus hogares. Sin embargo, la mayoría de las mujeres asumen un contrato social implícito que las vincula con sus familias durante toda su vida en la cesión de su fuerza de trabajo, sin límites definidos en el número de horas diarias, ni en el número de días y años. Actualmente, y de manera cada vez más creciente, las mujeres tratan de mantener con el sistema económico, político y administrativo una relación individualizada en lugar de derivándola de los varones de su familia, pero su acceso al mercado de trabajo, está muy dificultado por la carga de trabajo no remunerado que se les adscribe socialmente. (Durán, M.A 2000) Aunque existen rasgos comunes a todas las mujeres que tienen responsabilidades familiares, no son un grupo homogéneo, pues sus responsabilidades dependerán de la clase social a la que pertenecen, la edad, estado civil o el lugar de residencia.

Redes de apoyo

La reproducción de la vida en el hogar no se limita a contar con los recursos monetarios; de forma particular los hogares de escasos recursos económicos y que experimentan situaciones de pobreza despliegan diferentes maneras de relacionar a sus miembros con otras personas, otros hogares y otros puntos estratégicos, llegando a constituirse en un recurso social muy importante para la reproducción del hogar. Las redes de apoyo se constituyen en amortiguadores ante la crisis, son prácticas sociales que establecen los sectores más vulnerables como medidas de emergencias, además de ser formas que permiten aligerar el peso de las actividades domésticas (Vega, 1997).

En las culturas latinas, ya sea por idiosincrasia familiar y por limitaciones económicas, y también por carencia de apoyos institucionales, las mujeres mayores como las abuelas o las tías suelen constituir un apoyo en la crianza de las nuevas generaciones.

Muchos de estos recursos son muy saludables en esas mutuas ayudas; por ejemplo, una abuela se conserva vital y con un nuevo sentido en la vida al constituir un apoyo para la hija, tanto en su logro laboral como en la ayuda para sus nietos. Además de que la economía en el gasto de la vivienda (apoyos para las enfermedades y en la alimentación) es compartida al sumarse a la familia extensa.

Sin embargo, estas alternativas de ayuda pueden presentar otros riesgos a considerar, como: Una abuela que se encuentre extenuada y con lazos afectivos débiles hacia sus nietos, y que tiene que asumirlos, pero no puede atenderlos debidamente por su condición de vejez.

La generación más joven y los mismos adultos tienen confusiones de autoridad en sus funciones jerárquicas. La abuela o los abuelos se constituyen en medios papás, muchas veces repitiendo la misma conflictiva histórica que ya se había vivido, quedando los nietos bajo esos conflictos acumulados, difíciles de resolver para la madre, como hija y como mamá de sus niños. La autoridad de la madre, que de hecho tiene ya sus propias dificultades, se ve supeditada a otras figuras que representan confusión, tanto afectiva como en su función de autoridad competente (Vega, 1997).

La madre puede encontrarse en una situación de inseguridad extrema hacia el futuro, de manera que sean los ancianos o la abuela quienes asuman las funciones de responsabilidad con mayores limitaciones.

Trabajo remunerado y trabajo no remunerado

La primera distinción clásica proviene de la diferenciación entre trabajo remunerado y trabajo no remunerado. Es pertinente, por tanto, definir brevemente que se entenderá en este trabajo por trabajo no remunerado para avanzar luego hacia la conceptualización del tema de cuidados y responsabilidades familiares. Se trata de una noción muy amplia que abarca tanto el trabajo en el sector informal como el trabajo doméstico, las actividades de beneficencia como las actividades que contribuyen a la economía de subsistencia. En este trabajo se limitará el concepto y el análisis a la cuestión doméstica, al trabajo no remunerado dentro del ámbito doméstico, al trabajo realizado en la esfera familiar, que contribuye directamente al bienestar de los otros.

El aumento de las tasas de divorcio y de los hogares monoparentales, la mayoría de jefatura femenina, la actual excepcionalidad de la familia tradicional en la muchas de las sociedades capitalistas avanzadas, los cambios en los roles familiares y en los patrones de socialización de los niños y el aumento de la importancia de las demandas personales en las negociaciones al interior de la familia, además de los cambios en la sexualidad.

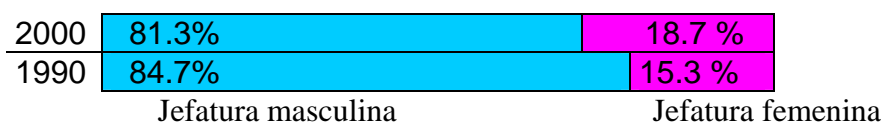
Según datos del Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (INEGI) del censo del año 2000, durante la década de los años 90, las familias crecieron a una tasa de 3.1% anual, pasando de 15.2 a 20.8 millones. En el periodo se incrementaron en mayor medida las familias con jefatura femenina (5.1% anual) que las de jefatura masculina (2.7% anual).

La forma más común de organización en las familias es la pareja con sus hijos 69% y en las que viven la jefa o el jefe con sus hijos 17.3%. De las familias dirigidas por un varón, 82 de cada 100 son parejas con hijos y alrededor de 12 son parejas sin hijos, en contraste, de las familias con jefa, 74 de cada 100 se conforman por la jefa con sus hijos y 13 son parejas con hijos.

En parejas donde el varón es menor de 30 años la proporción donde únicamente el hombre trabaja es de 72.3%, en que ambos trabajan 21.5% y en 5.1% sólo la mujer lo hace.

Asimismo, durante la década de los años 90, las familias crecieron a una tasa de 3.1% anual, pasando de 15.2 a 20.8 millones. Se incrementaron en mayor medida las familias con jefatura femenina (5.1% anual) que las de jefatura masculina (2.7 anual). En el periodo, las familias con jefe pasaron de 12.9 a 16.9 millones y aquellas con jefa de 2.3 a 3.9 millones.

Distribución porcentual de los hogares familiares por sexo del jefe, 1990 y 2000



FUENTE: INEGI. XII Censo General de Población y Vivienda, 2000. Base de datos. México, 2001.

Como se muestra en la gráfica, en el país la proporción de familias en las que se reconoce a una mujer como jefa es de 18.7%, cabe mencionar que en 15 entidades federativas este porcentaje es mayor, destacan el Distrito Federal (23.2%), Guerrero (22.3%) y Morelos (21.2%), en contraparte 16 estados registran proporciones menores al indicador nacional como Nuevo León (14.4%), Chiapas (15.1%) y Coahuila de Zaragoza (15.1%), Durango presenta un valor similar al del país.

Con base en las relaciones de parentesco de sus integrantes las familias se clasifican en dos grandes grupos: las nucleares, que se conforman por la pareja conyugal, la pareja conyugal y los hijos(as) o por el jefe(a) con sus hijos(as); y las extensas, que se forman por un hogar nuclear con otros parientes y/o no parientes del jefe(a), o también por el jefe(a) y otros parientes, donde puede haber no parientes.

De cada 100 hogares familiares, 74 son nucleares y 26 extensos; sin embargo, de 1990 a 2000, los últimos tuvieron mayor incremento, sobre todo aquellos que tienen como jefe a una mujer, el volumen se duplicó en el periodo.

Sexo del jefe Clase de familia Familias	1990 Familias	%	2000 Familias	%
Familias	15236448	100	20751979	100
Nucleares	12075107	79.3	15294905	73.7
Extensas	3161341	20.7	5457074	26.3
Familias con jefe	12903414	100	16869777	100.0
Nucleares	10556949	81.8	13059266	77.4
Extensas	2346465	18.2	3810511	22.6
Familias con jefa	2333034	100	3882202	100
Nucleares	1518158	65.1	2235639	57.6
Extensas	814876	34.9	1646563	42.4

Nota: Los hogares extensos del año 2000 están conformados por hogares ampliados, compuestos y hogares familiares no especificados.

La feminización de la fuerza de trabajo, suele considerarse algo favorable para las mujeres, dado que al confinarlas exclusivamente a la producción de bienes y servicios para sus familias a sido sin duda alguna, la preservación y generación de desigualdad social entre hombres y mujeres. Por lo tanto una creciente incorporación de las mujeres al trabajo extra-doméstico tendrá como consecuencia una mejoría sustancial en su situación relativa, al permitirles reducir su dependencia económica respecto a los varones y aumentar su participación en los diversos espacios de la vida social (Velásquez 1997).

4.3 El hombre como proveedor de la familia.

La idea de asumir una paternidad responsable sugiere grandes transformaciones en las próximas generaciones, entre ellas, una reconstrucción de la masculinidad y relaciones de pareja más democráticas que las que se conocen en la actualidad. Aunque se han hecho esfuerzos por comprender que una mujer vale tanto como un hombre, esto hoy día, en la mayoría de las sociedades occidentales, marcha a paso lento. De igual forma, se ha interiorizado poco el hecho de que un padre vale lo mismo que una madre.

Los movimientos que luchan por la condición paternal y masculina en otros países acusan a los jueces de sexismo, por confiar sistemáticamente el niño a la madre, y obstaculizar los procesos de reconocimiento de la paternidad. Pero lo más probable es que sea el peso del modelo tradicional que santifica la díada madre/hijo, lo que influye en la decisión del juez, el padre y la madre. Al padre no se le ocurre pedir la custodia de sus hijos /as, ni asumir un rol más activo de su paternidad y a la madre no le pasa por la cabeza tener que conceder la custodia, o

bien, concebir mayores espacios de interacción entre el hijo/a y el padre (Banditer 1993).

Otros estudios, afirman que los niños y las niñas que han experimentado la ausencia del padre parecen encontrar más dificultades que los demás en cuanto al control de la agresividad, el desempeño escolar, tienen problemas de identidad de género y problemas económicos, entre otros. También aclara que no todos los niños y las niñas que viven su vida sin un padre tienen necesariamente problemas, ni aquellos que viven bajo el mismo techo que él, tienen asegurado un desarrollo normal. Hasta ahora, nadie conoce con certeza las razones del éxito o el fracaso; la presencia o ausencia paterna no bastan para explicarlo todo (Lamb, 1981; Rochlin, 1980. Citado por Badinter, 1993).

Doyan y Gough (1991) incluyen como necesidades psicosociales de los niños, la necesidad de amor y seguridad desde el nacimiento mediante una relación estable, continua, dependiente y fuertemente afectiva con los padres o figuras sustitutas, la seguridad de un lugar conocido y rutinas familiares. Asimismo, la necesidad de nuevas experiencias para promover el desarrollo cognitivo, emocional y afectivo y el elogio y retroalimentación positivas en el marco de reglas claras que sean percibidas como justas. Otra necesidad es el conjunto de relaciones primarias significativas, entendidas como una red de refuerzos individuales que proveen un entorno educativo y emocionalmente seguro y que en algunas culturas están constituidas por aquellos grupos primarios que sirven como grupo normativo de referencia.

Estas necesidades tienen una base material que puede ser identificable en términos biomédicos tales como una adecuada nutrición, vivienda y apropiados cuidados de salud, entre otros, o bien, aquellos que contribuyen a fortalecer una autonomía emocional: seguridad en la infancia, relaciones primarias significativas, seguridad física y seguridad económica.

Las necesidades básicas de la infancia a partir del concepto de resiliencia, definido como la capacidad de los individuos para sobreponerse y superar condiciones de adversidad, producto de la interacción de factores internos y externos y que se evidencia en el fortalecimiento de las personas y sus logros (Zúñiga y León, 1997).

En la dinámica de la resiliencia operan también un conjunto de mecanismos que ayudan a explicar el porqué en algunos casos un mismo factor puede convertirse en un riesgo pero en otros puede permitir generar condiciones de resiliencia. En otras palabras, ciertas circunstancias pueden facilitar u obstaculizar la resiliencia dependiendo de si ellas se presentan en forma aislada, acumulativa o de manera

simultánea, si existen factores que se compensen o equilibren entre ellos, además de la duración o persistencia que tenga un evento o condición.

La resiliencia opera en forma multifactorial, influyendo aspectos ambientales, personales, familiares, escolares y comunales (León y Zúñiga 2001). En lo que concierne al ámbito familiar diversas investigaciones indican que en la resiliencia cuentan:

- La situación socio-económica de la familia.
- El nivel de apoyo marital.
- Presencia de ambas figuras.
- Calidad y tipo de control que se ejerce sobre el niño.
- Ciertas características de personalidad de los padres.
- Si existe o no un sentido de cohesión familiar.
- Presencia de al menos una figura significativa y responsable en la vida del niño.
- Buena relación con al menos uno de los padres.
- La existencia de reglas consistentes y firmes.
- Disponibilidad de apoyos externos para los padres y niños.
- Ausencia de conflictos graves en las familias.
- Salud mental de los padres.
- Bajos niveles de estrés.
- Poco hacinamiento físico.
- Sentido de utilidad o valor que tiene la persona dentro de la familia.

El papel de la familia como institución responsable de la socialización del niño y como principal fuente de afecto y apoyo no puede ser subestimada (Zúñiga y León, 1997). No obstante, es importante recalcar que las familias no se encuentran aisladas y que, a la vez, dentro de ellas existen subsistemas, dándose reacciones individuales dependiendo de ciertas características personales y de las dinámicas específicas que ocurren dentro de cada familia (León A. T; Zúñiga I., 2001).

El proceso de inscripción de los nacimientos de madres solteras implica una serie de procedimientos formales, circunstancias familiares y actitudes de la madre y del padre, que pueden dar como resultado, una gama de variados escenarios, con diferentes papeles y protagonismo de los actores involucrados. Sobre esto último hay que tomar en cuenta que la decisión de la madre soltera en las gestiones del reconocimiento formal de la paternidad es un factor que adquiere más peso con las nuevas reformas a la ley, anteriormente el trámite de inscripción del niño/a con el apellido del padre no lo podía hacer la madre por la vía testimonial, pues el padre debía hacer el reconocimiento personalmente. Igualmente, asumimos que el acto legal de inscripción del nacimiento con los apellidos paternos es sólo un

aspecto más a considerar a la hora de valorar la satisfacción de las necesidades básicas durante la infancia.

En una investigación realizada por las universidades de Princeton y Wisconsin (1988), donde se basó en un seguimiento de más de 70.000 adolescentes y adultos jóvenes de ambos sexos a lo largo de casi 20 años. Se estudiaron las siguientes variables:

1. riesgo de interrumpir estudios secundarios,
2. riesgo de permanecer sin estudiar ni trabajar por períodos prolongados (idleness) y
3. riesgo de embarazo en la adolescencia, comparando a jóvenes que crecieron con un padre, con aquellos que crecieron sin un padre.

Se neutralizó estadísticamente el efecto de otras variables como raza, sexo, nivel de educación de la madre, número de hermanos, lugar de residencia y nivel socioeconómico. Resultado: El riesgo de permanecer sin estudiar ni trabajar por períodos prolongados es un 50% más alto para jóvenes que crecieron sin su padre. El riesgo de interrumpir estudios secundarios es un 100% más alto. El riesgo de embarazo en la adolescencia es también un 100% más alto (las consecuencias de este fenómeno trascienden lo individual y familiar: el costo de asistencia federal a madres solteras adolescentes en Estados Unidos es de cuarenta mil millones de dólares por año) Es importante destacar que el aumento de riesgo para estas tres variables no aparece en el caso de muerte del padre.

La ausencia del padre es entonces un factor de riesgo en lo que hace al proceso de transición que comienza en la adolescencia y termina en una inserción exitosa en la comunidad, lo que podríamos llamar proceso de emancipación. En un trabajo de investigación similar al de McLanahan y Sandefur, otro sociólogo, Duncan Timms (1991) realizó un seguimiento de todos los niños nacidos en Suecia en 1953, durante 18 años. Se le hizo un psico-diagnóstico a cada uno de estos 15.000 niños, a intervalos regulares. Los que presentaron un grado mayor de disfunción psicológica fueron varones nacidos de madre soltera y que crecieron sin padre.

Son convergentes con estas conclusiones los resultados de un seguimiento de más de 17.000 menores de 17 años que realizó en Estados Unidos el National Center for Health Statistics (1988 National Health Interview Survey of Child Health): el riesgo de disfunción psicológica (problemas emocionales y/o de conducta) es significativamente más alto para niños que han crecido sin padre (entre 2 y 3 veces más alto) (Dawson, 1991). Ronald Y Jacqueline Angel, investigadores de la Universidad de Texas, publicaron un trabajo en 1993 en el que evalúan los resultados de todos los estudios cuantitativos que analizaron los efectos de la ausencia paterna. Dicen: "El niño que crece sin padre presenta un riesgo mayor de enfermedad mental, de tener dificultades para controlar sus impulsos, de ser más vulnerable a la presión de sus pares y de tener problemas

con la ley. La falta de padre constituye un factor de riesgo para la salud mental del niño" (Angel & Angel, 1993).

En Estados Unidos, 70% de los delincuentes juveniles, 70% de los homicidas menores de 20 años y 70% de los individuos arrestados por violación y otras ofensas sexuales graves crecieron sin un padre. En la comunidad negra, en la que la figura paterna ha virtualmente desaparecido, uno de tres menores de 25 años está preso o en libertad condicional. Un padre ausente es el mejor predictor de criminalidad en el hijo varón (Gottfredson & Hischi, 1990; Smith & Jarjoura, 1988; Kamarck & Galston, 1990).

En los últimos 20 años, el número de arrestos anuales por crímenes violentos cometidos por menores de 20 años pasó de 16.000 a 100.000, en un período en que el número de jóvenes en la población se mantuvo relativamente estable. Episodios de violencia juvenil en los que intervienen armas de fuego aparecen con frecuencia creciente en las escuelas públicas norteamericanas. El National Center for Educational Statistics (Washington D.C., U.S. Department of Education) indica que en el año escolar 1996-1997 se registraron en escuelas 11.000 episodios de violencia en los que fueron usadas armas de fuego. En el 10% de las escuelas públicas norteamericanas hubo hechos de violencia con armas de fuego (robos, homicidios y/o suicidios).

Mas allá del efecto que pueda tener sobre el niño la falta de una figura paterna, la presencia o ausencia relativa de figuras paternas en una comunidad, lo que podríamos llamar red paterna, parece estar fuertemente correlacionada con la tasa de criminalidad. La tasa de homicidios y crímenes violentos cometidos por menores de 20 años es más alta en comunidades con una proporción mayor de familias sin padre, controlando estadísticamente el peso de otras variables como nivel socioeconómico, raza o densidad y tamaño de la ciudad (Sampson, 1992)

Si se toma por ejemplo la tasa de nacimientos de madre soltera en cada uno de los 50 estados norteamericanos, y la tasa de crimen violento en ese estado (de acuerdo a datos del F.B.I.), la asociación estadística entre estas dos variables, es decir su correlación, es 0.825 ($p < 0.01$). A mayor tasa de nacimientos de madre soltera, mayor tasa de criminalidad, con un coeficiente de correlación sorprendentemente alto (como referencia, la correlación entre tasa de criminalidad y tasa de desempleo es 0.187). Si se toma la tasa de nacimientos de madre soltera y la tasa de homicidios por estado, la correlación es nuevamente alta: 0.8565 ($p < 0.01$). Mas aún, si se toma la tasa de nacimientos de madre soltera y la tasa de homicidios por país, utilizando datos de las Naciones Unidas para 45 países, la correlación es 0.889 ($p < 0.01$) (Mackey, 1996).

En 1989 la Asamblea General de las Naciones Unidas presentó a sus países miembros una Declaración de los Derechos del Niño. La declaración pone especial énfasis en el derecho del niño a tener una familia, y alienta a promover y proteger a la familia. Expresa específicamente que el niño "tiene el derecho de ser cuidado por sus padres" (artículo 7) y "tiene el derecho de tener una relación personal y contacto directo con ambos padres" (artículos 9, 10 y 18). En México dicha ley se aprobó en el año 2000.

Esta es una mención del derecho de tener un vínculo con su padre. Los numerosos trabajos de investigación realizados hasta el momento, que han intentado evaluar el daño que produce la falta de padre, avalan y confirman la importancia de este documento de las Naciones Unidas, y la necesidad de proteger uno de los derechos humanos básicos del niño: el de tener un padre. Los profesionales que intervienen en temas de familia tienen la responsabilidad de tener en cuenta esta declaración de los derechos del niño, y los trabajos de investigación que la respaldan.

Capítulo 5

Los hijos, sus demandas y necesidades.

5.1 Educación en la casa.

Los padres son los primeros maestros que tienen los niños y durante los primeros cuatro o cinco años, generalmente son los únicos de importancia. Cuando se considera que durante los primeros cinco años de su vida un niño aprenderá alrededor del 90 por ciento de lo que aprenderá durante toda su vida, la importancia de la calidad de la enseñanza paterna es evidentemente clara. Los padres no son simplemente los primeros maestros, son con mucho los más importantes. El papel de los padres como maestro con frecuencia dura hasta que el hijo llega a la edad adulta y en ocasiones hasta después.

La educación de un niño empieza en el momento de nacer (o antes, según los expertos) y solo termina cuando llega la muerte. Los padres constantemente enseñan a sus hijos todo lo que pueden acerca del mundo en el que crecen.

Muchos padres son maestros sumamente eficaces cuando sus hijos son muy pequeños. Su "área de aceptación" es muy amplia, y rara vez esperan grandes cosas o cosas irreales; la conducta del niño casi siempre es aceptable para los padres. Si el niño ni puede aún tomar una sonaja, no lo castigan ni lo condenan, ni lo tachan de "psicomotor retrasado". Los padres simplemente lo intentarán de nuevo al día siguiente. Su actitud expresa: "todavía no es capaz de tomar su sonaja, pero lo hará uno de estos días".

La personalidad se desarrolla a raíz del proceso de socialización, en la que el niño asimila las actitudes, valores y costumbres de la sociedad. Y serán los padres los encargados principalmente de contribuir en esta labor, a través de su amor y cuidados, de la figura de identificación que son para los niños (son agentes activos de socialización). Es decir, la vida familiar será la primera escuela de aprendizaje emocional (Rodríguez 2004).

La transmisión de valores se produce en el contexto del proceso socializador al que nos hemos referido anteriormente y discurre a través de multitud de vías, unas veces con plena conciencia de los padres de lo que quieren transmitir, otras, las más, sin que padres e hijos sean conscientes de ello. Así, los valores se transmiten a través de las respuestas o comentarios que los padres hacen a multitud de preguntas, comportamientos, opiniones o actitudes de sus hijos, de los amigos de sus hijos, de los vecinos, familiares, etc. Los valores se transmiten también a través de los propios comportamientos, gestos y actitudes de los padres, que son observados, imitados y/o interpretados, normalmente de forma inconsciente, por los propios hijos. También se transmiten a través de los comportamientos que explícitamente se promueven en los hijos, de los premios y castigos que se utilizan y de las visiones del mundo que los padres presentan a sus hijos, así como de los (según los hijos) sermones que les cuentan (Pérez-Díaz, 2001).

Conocer cuáles son los valores que los padres transmiten a sus hijos es, por tanto, una tarea metodológicamente muy difícil de lograr y tanto más si, como sucede en los análisis sociológicos, de lo que se trata es de proporcionar una visión general. Comentaremos brevemente algunos de los problemas para poder comprender los resultados que se obtienen. Uno de los problemas que se plantea al tratar de conocer a qué valores conceden los padres más importancia, es la censura entre lo que se verbaliza y lo que realmente se transmite. Con los métodos sociológicos típicos, y singularmente con las encuestas, sólo podemos saber lo que los padres dicen que quieren transmitir, y sus respuestas a los encuestadores pueden estar influidas por lo que se considera “políticamente correcto”, no reflejando, por tanto, los valores que realmente están transmitiendo. A pesar de estas limitaciones, si se comparan datos en el tiempo y en el espacio, y también se utilizan distintas técnicas, puede obtenerse una aproximación de lo que los padres de hoy consideran que es más y menos importante transmitir a la siguiente generación.

Es una imagen impresionista de la realidad, pero ayuda a comprender al menos lo que se considera deseable alcanzar, aunque de ello no quepa deducir comportamientos efectivos coherentes con estos deseos educativos, ni por parte de los padres, ni por parte de los hijos, que no necesariamente tienen que identificarse con lo que los padres quieren transmitirles. Otro de los problemas de los que hay que ser consciente al abordar la cuestión que nos ocupa, es el de lo que se considera “valor”.

Por “valor” suele entenderse en sociología la creencia o convicción acerca de que algo es bueno o malo, mejor o peor que otra cosa (Diccionario de Sociología, 1998: 811). En este sentido, la lista de valores, posibles a transmitir es muy larga, como son muchos los que suelen concitar aprobación e identificación con los mismos por parte de los padres. Para resolver el problema metodológico de evitar la identificación con todos los valores, se suele pedir a los encuestados que señalen un número limitado de los mismos, con el inconveniente de que las pautas de respuesta suelen estar condicionadas por el número de las opciones propuestas y, cuanto más larga es la lista, con más frecuencia aparece el problema del orden de las respuestas propuestas, es decir, que las opciones que aparecen primero tienden a tener más probabilidad de ser señaladas que las demás (Pérez-Díaz, 2001).

Por otro lado, también van a influir en el mayor número de experiencias del niño, repercutiendo éstas en el desarrollo de su personalidad. De esta forma, al controlar la mayor parte de las experiencias de los niños, los padres contribuyen al desarrollo de la cognición social.

La vida en familia proporciona el medio para la crianza de los hijos, es la influencia más temprana y duradera para el proceso de socialización y en buena medida determina las respuestas de sus integrantes entre sí y hacia la sociedad.

La estructura de una familia está constituida por las pautas de interacción que se establecen entre sus miembros, quienes organizan sus relaciones dentro del sistema en una forma altamente recíproca, reiterativa y dinámica. Estas interacciones se resumen en los siguientes parámetros:

a) Jerarquía: Son los niveles de autoridad que se establecen dentro del sistema, que varían de acuerdo con la etapa del ciclo vital familiar, las características de personalidad de sus miembros, la dinámica de las relaciones conyugales, el orden de nacimiento, etcétera. Cada individuo pertenece a varios subsistemas y en ellos adopta diversos niveles de autoridad (por ejemplo, el subsistema madre hijo, la madre es la mayor jerarquía, esto cambia cuando está el padre). La adecuada distribución de la autoridad requiere de su correcta definición para cada contexto de la vida familiar, esto es reglas y autoridades claras y predecibles. En el caso de los hijos adolescentes es normal que traten de intervenir en las decisiones que les atañen (permisos, dinero, uso del coche, etcétera) ya que se encuentran en proceso de adquirir mayor autonomía; y si los padres son autoritarios, no estarán en disposición para negociar con sus hijos, desencadenando conflictos que afectarán todo el sistema. En el desempeño de las funciones parentales se requiere el uso de cierta autoridad racional, a pesar de lo deseable de la democracia no existe autoridad sin líderes (Mendizábal y Anzures 1999).

b) Alianzas: Se denominan así las asociaciones abiertas o encubiertas entre dos o más integrantes de la familia; las más apropiadas son las que incluyen miembros de la misma generación o del mismo género. Cuando las alianzas son inadecuadas se llaman coaliciones. Los conflictos conyugales pueden invadir a los hijos y generarlas. Los tipos de alianzas son: 1) triangulación, cada progenitor busca la alianza del hijo y lucha por ella, lo cual genera conflictos de lealtad en el adolescente y luchas intensas de poder; 2) coalición estable, el hijo está aliado con uno de los padres; hay dos variantes, en la primera el padre excluido continúa luchando por el apoyo del hijo, en la segunda se resigna; 3) desviación de ataque, el conflicto conyugal no resuelto se desvía en forma de agresiones al hijo, quien es definido como el adolescente problemático (chivo expiatorio); y 4) desviación de apoyo, los padres intentan disminuir el estrés de su pobre relación de pareja y se “vuelcan” sobre el hijo que se convierte en motivo de unión (continuamos por él) (S. Minuchin 1998).

c) Límites: Hacen alusión a los aspectos de cercanía/distancia entre las personas o los subsistemas. Son fronteras, membranas imaginarias que regulan el contacto que se establece con los demás en términos de permisividad, dependencia emocional, derechos, autonomía, etcétera. Su función consiste en marcar una diferenciación y su clara definición es fundamental. En ocasiones, los límites individuales son difusos, la distancia psicológica entre los miembros es escasa, frecuentemente unos responden por otros y se diría que forman una masa amorfa; este tipo de relación amalgamada genera problemas y el adolescente se siente ahogado, culpable, y no sale de su entorno familiar; en otras, los límites son tan marcados o rígidos que anulan la comunicación y forman relaciones

desvinculadas, que mantienen al adolescente aislado. Ambos tipos de relación pueden existir en la misma familia.

d) Roles: Son conductas repetitivas que implican la existencia de actividades recíprocas en otros miembros de la familia, equivalen a lo que se espera que haga un individuo en determinado contexto. Para que el sistema familiar funcione se requiere que sean lo suficientemente complementarios, deben ser aceptados y actuados en común acuerdo, lo cual se da si cada miembro se ve a sí mismo como lo ven los demás y existe concordancia sobre lo que se espera de él. Dentro de la etapa de la adolescencia existe una constante redefinición de roles, que si no se elabora de manera conjunta puede generar muchos problemas. (por ejemplo, del niño al adulto, del obediente al rebelde, etcétera)

e) Redes de apoyo: La función básica de las redes de apoyo extra-familiares consiste en las acciones de solidaridad que faciliten el cuidado y crianza de los hijos y compensen las deficiencias del sistema familiar. Están constituidas por miembros de la familia extensa, amigos y vecinos que puedan proporcionar ayuda. Dentro de nuestra sociedad trasciende su importancia en las familias pobres, donde las carencias se compensan mediante el intercambio recíproco de bienes, servicios y apoyo moral.

f) Comunicación: Para el correcto desempeño de los roles y la realización de las tareas propias de la vida de la familia, se requiere de la comprensión mutua; esto quiere decir que los mensajes intercambiados sean claros, directos y suficientes y que los receptores estén en disposición y apertura para evitar distorsiones. La comunicación es elemento indispensable para identificar y resolver los problemas, desafortunadamente durante la adolescencia se ve sumamente afectada.

g) Flexibilidad: Se encuentra íntimamente relacionada con la anterior y permea todas las facetas de la estructura familiar. Se requiere flexibilidad para respetar las diferencias individuales y facilitar la adaptación del sistema ante las demandas de cambio, tanto las internas (las propias del desarrollo y otras como enfermedades, muerte de algún miembro, etcétera) como las externas que se originan en modificaciones ambientales. Cuando el grado de flexibilidad es adecuado, la familia cuenta con un repertorio conductual suficiente para emplearlo en la solución de sus problemas.

En caso opuesto, las demandas en cambio generan estrés, descompensación y formación de síntomas (problemas). Los factores familiares considerados de riesgo para la salud mental del adolescente incluyen:

- Familias extremadamente rígidas con límites impermeables.
- Enfermedad crónica en algún miembro del sistema.
- Divorcio o discordia conyugal entre los padres.
- Padres con psicopatología.
- Hermanos con actividades antisociales (sociopáticas).

En un estudio realizado en la ciudad de México, con estudiantes de secundaria, se trató de identificar con quién acudían los jóvenes en busca de ayuda ante diversas fuentes de conflicto. Las adolescentes mostraban una marcada preferencia por acudir con sus familias y en segundo término sus coetáneas (amigas). En los muchachos la búsqueda de apoyo estuvo determinada por el tipo de conflicto. Sin embargo, en ambos sexos el apoyo familiar resultó ser el más efectivo, pues cuando los jóvenes reconocían que habían buscado el apoyo de sus familias, sus niveles de malestar emocional eran los más bajos (Mendizábal y Anzures 1999).

La visión que los adolescentes guardan de sí mismos está ligada a la que tienen de sus familias. Si la familia es percibida como una entidad positiva, se benefician de sentirse miembros de ella; en caso opuesto tienden a verse de manera negativa y con menor control sobre ellos mismos. Las diferencias propias de cada clase social y el contexto cultural son fundamentales dentro de la vida del adolescente. En gran medida, la capacidad para enfrentar las demandas y adaptarse a la vida se basa en los fundamentos psicológicos de las experiencias familiares tempranas (Mendizábal y Anzures 1999).

En el contexto del adolescente, el grupo familiar entra en competencia con el grupo coetáneo, de donde obtiene pautas sobre valores, sexualidad, vestimenta, estilo de vida, política, diversiones y perspectivas de futuro. El joven demanda cada vez más de sus padres y los temas de autonomía y control deben renegociarse en todos los niveles. Además, el contexto del núcleo familiar puede verse presionado por otra fuente de conflicto, los abuelos; éstos pueden imbuirse en la dinámica de los padres del adolescente por enfermedad o muerte y ser un elemento de estrés para los padres y el sistema que debe reorganizarse.

El rol del padre y de la madre, al igual que los diversos papeles en la sociedad presenta ciertas propiedades. Los papeles son al menos parcialmente, definidos por la cultura específica. Así por ejemplo, el padre puede desempeñar un papel diferente entre culturas distintas o en la misma cultura en épocas distintas. Los papeles casi siempre ocurren en pares complementarios. Así, pues, los papeles suponen con frecuencia relaciones con los demás. Los papeles familiares generalmente se dan en pares. Existiendo el papel de esposa se da el papel de marido, el de padre y el de hija o un hijo y todas las combinaciones de los miembros que componen la familia (Bee-et M, 1987).

El conflicto de papeles, ocurre siempre que una persona ocupe muchas funciones diferentes, ya que las exigencias de los distintos roles pueden no siempre concordar perfectamente; por ejemplo ser padre requiere de cuidar y educar a los hijos y ser esposo requiere a su vez de una atención y dedicación a la pareja (Bee- et M, 1987).

El rol del padre ha ido cambiando a lo largo de los años y ha estado ligado a los cambios y transformaciones por los cuales ha atravesado la familia. Antiguamente existía la familia patriarcal en la cual la autoridad recaía sobre el padre quién tenía derechos casi absolutos no solo sobre la mujer sino también sobre los hijos, la herencia y la descendencia (Páez, 1984, p. 45).

En la actualidad aunque sigue subsistiendo de este modelo patriarcal en la familia, se observa un cambio en el rol del padre ocasionado principalmente por el ingreso, cada vez mayor de la mujer al mundo laboral, situación que cambia la dinámica al interior del hogar.

La vida laboral tiene un impacto en los roles familiares, se dan ciertos cambios en los cuales las tareas familiares deben redistribuirse, el esposo y los hijos participan en oficios que tradicionalmente no ejercían, así como también muchas tareas se dejan de realizar (Bee, 2000). Por tal razón, la mujer, los hijos, la sociedad y el mismo hombre requieren una imagen nueva del varón, un padre renovado, paralelo a los cambios a favor de una nueva mujer-madre que también socialice su reducido poder en lo doméstico. Así, espera que este se involucre con su familia en las tareas domésticas, que realice diversas conductas o acciones con sus hijos, tales como cuidarlos y educarlos. Así mismo se espera que tales actividades tengan implícitas cualidades o maneras de llevarlas a cabo, actividades relacionadas con el afecto, la comunicación con los hijos, la disposición de tiempo, el compromiso y la autoridad asumida con los mismos.

Cabe destacar que el rol del padre resulta ser significativo en las edades preescolares, pues es en esta etapa donde se forman elementos estructurales de la personalidad del niño, se fortalecen vínculos afectivos y se desarrolla la confianza de éste con sus progenitores, lo cual le permite relacionarse y desenvolverse con el mundo que lo rodea (Hiram, 1981).

Así, la experiencia de la paternidad resulta ser una vivencia de suma importancia en la vida del adulto y de los miembros de la familia que comparten con él, dejando de lado la vieja creencia que plantea “Madre es madre, y padre puede ser cualquiera”, pues como ya hemos visto la presencia y la función del padre constituye una pieza clave para la crianza y el desarrollo psicológico de los hijos.

En un estudio realizado en la Universidad de Barranquilla Colombia (2004) con la finalidad de estudiar el desarrollo emocional de los niños, en relación al con los roles de género, y el tiempo que los padres pasan con sus hijos, encontraron lo siguiente:

Los padres y las madres sostienen que el padre está participando activamente en la enseñanza de valores, en el establecimiento del diálogo con su hijo, en la estimulación tanto física como intelectual de su niño a través del juego y participando en actividades académicas como recoger las calificaciones, asistir a las reuniones de padres de familias y hablar con los profesores acerca del rendimiento y comportamiento de este en la escuela.

La educación del padre al hijo incluye también la educación en género, impartiendo al hijo comportamientos que son tradicionales de su sexo, sin embargo está empezando a ser más flexible, marcando al parecer menos estereotipos de roles de género, a través de la enseñanza de comportamientos no tradicionales de cada sexo.

Por otro lado, este padre participa activamente en las actividades sociales de su hijo; por esto se convierte en compañero del niño para compartir con él sus intereses.

En general se percibe un padre que se compromete con la educación, formación de sus hijos mucho más que en el cuidado de los hijos, ya que esta última actividad aún continúa considerándose prioridad para la madre.

Labores domésticas: El padre de hoy parece estar muy pasivo con respecto a lo doméstico, por esto realiza actividades ocasionales en el hogar como reparar daños al interior del mismo, ir a pagar cuentas de servicio y tarjetas y hacer el mercado. Tales actividades hacen referencia a su masculinidad, mientras que la mujer continua con su rol tradicional con relación a lo doméstico; espacio en el cual ella aún ejerce el poderío.

Así mismo la mujer espera de su pareja que participe poco en lo doméstico. Esta actitud se debe a que para ella el hombre no tiene la capacidad para involucrarse en lo doméstico. Esta ideología de la mujer resulta ser una clara concepción del machismo que hoy día muchas mujeres aún han seguido manteniendo y reproduciendo.

Cantidad y calidad de tiempo: En los resultados obtenidos en el estudio de la Universidad de Barranquilla Colombia (2004), se puede apreciar que los padres pasan con sus hijos un promedio de 1 a 3 horas diariamente a la semana y de 8 y 12 horas durante los días correspondientes al fin de semana y festivos.

Con respecto a esto, los padres de la investigación así como su pareja, sostienen que el padre le está dedicando muy poco tiempo a su hijo. Ambos afirman que el trabajo se constituye en el principal obstáculo para que el padre dedique los momentos necesarios al niño en edad preescolar.

Teniendo en cuenta lo anterior, los padres de hoy día consideran que la calidad del tiempo compartido con sus hijos, es proporcional al número de horas que éstos les dediquen. Es decir, establecen una estrecha relación entre la cantidad y la calidad del tiempo.

Esta misma investigación concluye que: un mínimo porcentaje de padres consideran que están atentos a las necesidades de la familia, ya que son proveedores económicos y es su deber y obligación como cabeza de éstas, velar por el bienestar de la misma. Sin embargo, este compromiso nace del deber y la obligación y no es producto del deseo y la motivación interna (Márquez, 1997).

Aunque se puede considerar que en su mayoría, el padre de hoy se halla más comprometido con las necesidades de su pareja y de sus hijos, también es cierto, que le falta una mayor dedicación y un mayor número de acciones que denoten este compromiso.

El padre de hoy resulta ser más afectuoso y expresa a través del contacto físico sus sentimientos para con su hijo. Al parecer, el hijo percibe un padre afectuoso; situación que demuestra que los papeles de padre e hijo, se complementan el uno al otro y permiten el establecimiento de un fuerte vínculo afectivo que los beneficia mutuamente.

La entrada de las mujeres al ámbito laboral fue masiva en los países socialistas y menor en los otros, esto modificó profundamente la condición de la mujer y, a su vez, la de la familia y la sociedad. Las mujeres han trabajado siempre, pero lo hacían gratuitamente, al interior de la casa y cubriendo los servicios que necesita la familia. En la actualidad sus responsabilidades han aumentado; su trabajo tiene como finalidad ganar un salario, que estará en función directa de su competencia (Juárez, 2002).

Un aspecto complementario en la implicación de los padres en la educación formal de los hijos es la ayuda con los deberes. En el pasado reciente, los deberes han sido denostados y han sido considerados no sólo antipedagógicos, sino incluso una vía de reproducción y fomento de la desigualdad social, al hacer depender el éxito escolar de la ayuda de los padres, cuya capacidad de ayuda está condicionada por su nivel educativo. En la actualidad, sin embargo, se ha vuelto a valorar la contribución de hacer deberes en casa para el aprendizaje e incluso para fomentar valores como la responsabilidad y el esfuerzo en el trabajo. En este sentido, se ha generalizado su uso, y los padres, en su gran mayoría, están de acuerdo con esta práctica (Pérez-Díaz, Rodríguez y Sánchez, 2001: 169).

Los deberes son una tarea que, en principio, deberían realizar los niños/as solos y sin ayuda, puesto que se trata de practicar y dominar lo que ya se les ha explicado en clase, pero la realidad es que normalmente surgen dudas y, en un momento u otro, con mayor o menor frecuencia, necesitan la ayuda de alguien, normalmente del entorno familiar. La ayuda con los deberes se convierte, así, en un indicador adicional de la implicación de los padres en la educación de sus hijos. Aunque algo más ambiguo que el control e incentivación al estudio, su análisis permite

profundizar en el papel actual de los padres en la educación formal de sus hijos, en la importancia que le dan y en el grado de implicación que tienen.

5.2 Educación en la escuela

A los ojos de los padres, los maestros se convierten en los "otros padres" de sus hijos. Así es que los padres tienen (o deberían tener) un interés legítimo respecto a lo que los maestros hacen a sus hijos. ¿Serán los maestros una buena o mala influencia? ¿Ayudarán a los niños a aprender? ¿Querrán los niños a sus maestros? ¿Lograrán los maestros que los muchachos se comporten? ¿Les enseñarán lo que debe saber? (Gordon, 2000).

A los ojos de los maestros, los padres son los "otros maestros" de los alumnos. Así es que los maestros tienen un interés, también legítimo, por lo que los padres hacen a los alumnos cuando regresan a su casa de la escuela. ¿Qué clase de ambiente hogareño tiene el alumno? ¿Se preocuparán los padres por que los muchachos hagan su tarea? ¿Criticarán los padres los métodos de enseñanza de los maestros o sus métodos de disciplina? ¿Esperarán demasiado de los maestros, especialmente cuando se trata de corregir los problemas que los chicos tienen en su hogar? (Gordon, 2000).

Los padres sufren si la relación maestro-alumno es mala; los maestros sufren si la relación padre-hijo es mala. Ambos tienen parte en la relación que el muchacho tiene con el otro adulto. A pesar de este interés mutuo en el comportamiento del otro, un padre y un maestro rara vez tienen una relación significativa entre sí. No se ven con frecuencia, y cuando se ven, el tiempo que están juntos es muy limitado (Gordon, 2000).

No es de sorprender que los padres hayan sido tradicionalmente muy ineficaces para influir sobre los maestros con el fin de que cambien, y que los maestros hayan sido impotentes cuando tratan de modificar la conducta de los padres. Padres y maestros son en realidad agentes independientes y separados; cada uno tiene una relación importante con un muchacho pero no disfrutan de una relación estrecha e importante entre sí, aun cuando cada uno se ve afectado por el comportamiento del otro (Gordon, 2000).

La educación de los hijos es una de las funciones sociales básicas que cumplen las familias en todas las sociedades y en todos los tiempos, aunque lógicamente con contenidos y formas distintas según sea el tiempo y el lugar.

El término educación, sin embargo, tiene un significado muy ambiguo en el uso coloquial, pues engloba tanto acciones intencionales dedicadas a transmitir determinados conocimientos y capacidades, como objetivos más generales, como transmitir determinados valores y actitudes hacia la vida y las relaciones con los demás, como también resultados de todo tipo (conocimientos, actitudes, valores,

comportamientos o personalidad) derivados no de acciones intencionales, sino simplemente de las características de la convivencia familiar y de sus efectos sobre la personalidad de cada individuo. Es lo que en ciencias sociales se denomina la socialización, haciendo referencia al hecho de cómo las nuevas generaciones interiorizan la cultura y la sociedad en la que nacen y a la que van incorporándose a medida que crecen. Será a esta última dimensión a la que nos referiremos en este capítulo. Se trata, por tanto, de un ámbito muy complejo y que potencialmente puede incluir todas las dimensiones del proceso socializador, es decir, la vida misma en toda su variedad y su riqueza. Por ello, sólo podemos tratar un número limitado de dimensiones.

Si nos detenemos en el tipo de educación implantada hace unos años, podremos observar cómo los profesores preferían a los niños conformistas, que conseguían buenas notas y exigían poco; de esta forma se estaba valorando más a los aprendices receptivos y los discípulos más que a los aprendices activos. De este modo, no era raro encontrarse con la profecía auto-cumplida en casos en los que el profesor espera que el alumno saque buenas notas y éste las consigue, quizá no tanto por el mérito del alumno en sí sino como por el trato que el profesor le da (Rodríguez 2004).

También se encontraban casos de desesperanza aprendida, producida por el modo en que los profesores respondían a los fracasos de sus alumnos. Pero hemos evolucionado, y para seguir haciéndolo tendremos que asumir que la escuela es uno de los medios más importantes a través del cual el niño “aprenderá” y se verá influenciando en todos los factores que conforman su personalidad (Rodríguez 2004).

Por tanto, en la escuela se debe plantear enseñar a los alumnos a ser emocionalmente más inteligentes, dotándoles de estrategias y habilidades emocionales básicas que les protejan de los factores de riesgo o, al menos, que palien sus efectos negativos.

Uno de los ámbitos que afecta a su atención será precisamente conseguir que se tenga una educación integral de la persona, lo que se traduce en adquirir e integrar unos valores, sobre los que apoyar su vida de adulto. La escuela debe atender este ámbito otorgándole especial importancia, pues en cierto modo la vida de los alumnos va estar determinada precisamente por el horizonte de valores que se otorgue a su existencia: será bueno o malo, se comprometerá o evadirá responsabilidades, su personalidad y el desarrollo social, todas sus relaciones, consigo mismo y con el entorno, con los demás, con la vida, vendrá condicionada por los valores que haya integrado en su etapa escolar.

Al señalar que es necesario promover el vínculo entre los diferentes valores, promover la discusión, el diálogo y el intercambio. Son el límite a toda tentativa de imposición de un solo modelo de personalidad. En este sentido, frente a la gran diversidad de opciones que un sujeto encontrará en el desarrollo de sus vínculos

sociales, la función de la escuela en relación a la formación de la personalidad consiste en fijar los marcos de referencia que permitirán a cada uno elegir y construir su o sus múltiples identidades (Tudesco 1995).

En la Educación Infantil tiene una gran importancia la transmisión de valores porque se ofrece desde la escuela los conocimientos, procedimientos y actitudes que hacen posible la construcción de criterios morales propios, derivados de la razón y del diálogo, se inculcan nuevas pautas de comportamiento respecto a la mejora y cuidado del medio ambiente, se estimula la formación de una imagen positiva de sí mismos, para que valoren la identidad sexual y adquieran hábitos básicos de salud y bienestar, se establecen vínculos fluidos de relación con los adultos y con sus iguales, respondiendo a los sentimientos de afecto, respetando la diversidad y desarrollando actitudes de colaboración y ayuda (Siegfried1995).

En la actualidad, asistimos a otra concepción de la familia muy distinta, si cabe, de aquella y la transmisión de valores y la educación toma como referente al maestro y a la escuela. Pero la educación en valores es un trabajo de todos, no sólo depende de las escuelas, sino es una labor de todos los que de una forma o de otra actúan sobre los educandos. Es una responsabilidad de todos, y todos debemos trabajar codo con codo y en coordinación. Los padres o los responsables de los discentes, colaborando en la transmisión y en el cumplimiento de normas de buena conducta. La administración lanzando campañas sobre valores positivos en los distintos ámbitos, destacando entre ellas la de dar prestigio a la labor docente. Únicamente de esta manera se podrán implantar valores sociales e individuales que nos permitan a todos vivir y descubrir horizontes positivos.

En la Educación Infantil la observación directa y sistemática constituye la técnica principal de obtención de información en el proceso de aprendizaje de los niños y niñas, expresándose en términos cualitativos.

La valoración de la experiencia docente incluye, al menos, los siguientes aspectos:

- a) El grado de optimización de las condiciones organizativas, así como de los espacios y recursos empleados.
- b) El ambiente entre los niños, así como su relación con los maestros.
- c) La coordinación entre los maestros que forman parte del equipo.
- d) La regularidad en las reuniones de trabajo.
- e) La adecuación de los objetivos propuestos.
- f) La distribución y organización equilibrada de los contenidos a evaluar.
- g) La idoneidad de la metodología.
- h) La validez de los criterios y estrategias de evaluación programados y la pertinencia de las medidas de refuerzo y adaptación curricular tomadas.

Los valores han sido transmitidos de una generación a otra, sobre todo a través de las personas mayores o de los abuelos, que permanecían como elemento indispensable en la unidad familiar.

Los distintos tipos de escuela y la personalidad de sus hijos según Gadea (2001) son tres:

1. La escuela autocrítica y autoritaria: en este tipo de escuela al niño se le enseña a obedecer sin preguntar por qué y a seguir instrucciones sin saber para qué. El ideal de estas escuelas es la disciplina y que los niños se comporten como adultos pasivos. Se dirige todo el tiempo al alumno a través de programas que ellos deben seguir al pie de la letra y se pone todo el énfasis en la transmisión de información que ha sido previamente censurada por las autoridades. Los niños no aprenden a obedecer a la autoridad sino a ocultarse (por el temor a los reportes y a las expulsiones); aprenden únicamente a seguir instrucciones y a responder a las iniciativas de otros, habilidad poco importante que también puede ser realizada por autómatas. No se respeta la individualidad ni la originalidad de los alumnos y como consecuencia pierde su personalidad. Para salir bien librado de ésta clase de escuela sólo se necesita puntualidad, obediencia y buena memoria.
2. La escuela haz lo que quieras: estas escuelas dejan a sus alumnos hacer lo que se les dé la gana, con el pretexto de respetar los intereses espontáneos y la individualidad de los alumnos (por supuesto deben respetarse la espontaneidad y la individualidad, pero en una forma real y no como un pretexto para no hacer nada). En estas escuelas no se respeta ninguna forma de autoridad, ni siquiera la autoridad sana, basada en el respeto y en la reciprocidad. Este tipo de errores son lo que desacreditaron a algunas “escuelas activas”. Sin embargo, una cosa es una mala escuela, y otra, muy distinta, una buena enseñanza activa, dado que la actividad, en respuesta a intereses propios y a necesidades intelectuales -que obviamente pueden ser creados y enriquecidos por el maestro- es el requisito indispensable para que los niños aprendan y se desarrollen verdaderamente.
3. La escuela democrática: se respetan los intereses espontáneos y el ritmo individual. Existe un diálogo abierto entre maestros, alumnos y padres de familia, que permite conocer las fallas de unos y otros y remediarlas. Se respeta la personalidad de cada quien. Se busca el equilibrio entre el exceso de control, disciplina y dirección, y la permisividad negligente e irresponsable. Se busca desarrollar el pensamiento autónomo y el juicio crítico. A través del amor y del respeto se enseña a amar y a respetar. Hay libertad de pensamiento y enseñanza. El resultado son individuos inteligentes, equilibrados y con sentido de la responsabilidad.

En un estudio realizado en España por la Universidad de Madrid, se formuló la pregunta ¿Suelen vigilar, usted o su cónyuge, o están detrás de su hijo/a para que estudie? De las respuestas dadas, se deduce que quienes más ayudan son los

padres, normalmente sólo uno de ellos, pero también en una minoría de casos ambos y el recurso a profesores particulares (o academias) es más frecuente que la ayuda de los hermanos (Meil 2005).

En conjunto, hay un 31% de casos que no reciben ayuda, en su gran mayoría porque los padres señalan que “no hace falta”. Como sucedía con el control del estudio, esto no significa que realmente se trate de estudiantes con buenos resultados académicos, pues la proporción de hijos con suspensiones entre los que no han recibido ayuda es del 50% (Meil 2005).

Desde principios de los años sesenta, en los países occidentales, ha habido un acuerdo casi unánime entre los políticos acerca de la deseabilidad de la expansión del sistema educativo. Los partidos socialdemócratas y los conservadores veían en esa expansión un instrumento para el crecimiento económico y la cohesión de la sociedad. Esta confluencia explica que ya hacia 1970 el gasto público en educación alcanzara en la mayoría de los países de la OCDE valores superiores al 4% del PIB, y que en ellos se contara con leyes que hacían obligatoria la educación de todos los niños y jóvenes durante diez años o más (generalmente entre los seis y los dieciséis años).

Aunque desde finales de los setenta el gasto educativo ha tendido a estancarse en los países más desarrollados, la idea de extender la educación escolar a un mayor número de jóvenes ha permanecido como un principio básico en la agenda de casi todos los partidos políticos y los actores educativos.

Al mismo tiempo, en los años sesenta, se iniciaron reformas tendentes a fomentar la integración social en las escuelas. Que los estudiantes de clase obrera escogieran enseñanzas profesionales en mucha mayor medida que los de clase media y alta era posible porque en casi todos los países la educación secundaria estaba dividida en (al menos) dos ramas, una académica, que ofrecía la forma habitual de prepararse para la universidad, y otra profesional, orientada al ejercicio de oficios que no requerían formación universitaria.

En muchos países, la división se producía a edades muy tempranas, los diez u once años, momento en el que se realizaba una selección que determinaba en gran medida el futuro educativo de los niños. Para algunos autores, esa selección tan temprana conducía a la discriminación social, debido a que la influencia del entorno familiar y social es mayor cuanto más joven es la persona (Fernández Enguita y Levin, 1989). De este modo, si en las familias de clase obrera el entorno familiar era menos favorable al aprendizaje de los niños en la escuela, resultaba casi inevitable que muchos niños de dicha clase obtuvieran peores resultados en las pruebas de selección y se vieran obligados a continuar sus estudios en la rama profesional de la educación secundaria.

Las reformas que se propusieron en los años sesenta consistieron básicamente en retrasar la edad en la que se realizaba la primera selección educativa, así como en unificar las enseñanzas que debían seguir todos los niños y jóvenes hasta esa

primera selección. De esta manera, los alumnos de clase obrera habrían tenido más años de aprendizaje y de socialización en un entorno escolar similar al del resto de los alumnos, para poder así compensar las posibles deficiencias en su socialización familiar y permitirles competir en pie de igualdad con los de clase media y alta.

Con frecuencia, las reformas también asumían la idea de que era conveniente que los niños de distintas clases sociales estuvieran mezclados en los mismos colegios y aulas, porque, de esa manera, se favorecía una mejor escolarización de los alumnos de las clases bajas, al educarse junto a otros niños que en promedio habían disfrutado de una mejor formación en sus familias. Incluso se sostenía que no debía separarse a los niños en distintas clases en función de su rendimiento académico (práctica hasta entonces muy extendida en todos los sistemas), porque, de esa manera, tendían a crearse entornos educativos muy diferenciados: por un lado, las aulas con alumnos preparados y motivados, que podían avanzar muy deprisa y, por otro, las aulas de los alumnos con más problemas y menos motivación, que solían sumirse en una espiral de abandono y desinterés.

De nuevo, debido a la mayor presencia de alumnos de clases bajas entre aquellos con menor rendimiento académico, acabar con la segregación de las aulas se vio como un elemento reductor de la desigualdad social.

En general, ¿han sido efectivas las reformas a la hora de conseguir los objetivos de reducción de desigualdad y de consecución de integración social que se proponían? Esta es una pregunta difícil de responder. Por una parte, parece evidente que la enorme expansión de los sistemas educativos ha llevado a que porcentajes mucho mayores de jóvenes completen la educación secundaria, de manera que hoy hay más jóvenes de clase trabajadora que consiguen terminar sus estudios que hace treinta o cuarenta años. No obstante, numerosos trabajos muestran que las desigualdades sociales en el grado de éxito educativo han persistido en gran medida (Blossfeld y Shavit, 1991; OCDE, 1997a).

Tampoco puede decirse que los países que han emprendido reformas comprensivas presenten mejores indicadores de igualdad educativa que otros de parecido nivel de desarrollo que hayan mantenido los sistemas segregados, como se desprende de la comparación de Alemania con Francia o Gran Bretaña (Müller y Karle, 1993). Más complicado aún es evaluar hasta qué punto las reformas educativas han afectado a la movilidad social de los países en los que se ha emprendido, en el sentido de facilitar el ascenso social de los hijos de familias de clase trabajadora, puesto que es difícil identificar las causas de los posibles cambios en las pautas de movilidad social.

El debate sobre la relación entre inteligencia, grupo étnico y resultados educativos se ha circunscrito fundamentalmente a Estados Unidos y apenas se ha desarrollado en Europa, entre otras razones, quizá, porque en este continente los test de inteligencia son poco frecuentes, al contrario de lo que ocurre en Estados Unidos, y también porque el conflicto racial no ha tenido hasta el momento un carácter tan agudo.

En Estados Unidos la cuestión se ha revitalizado en los últimos años con la publicación de un polémico libro llamado *The Bell Curve* ("la curva de campana"), escrito por dos psicólogos, Richard J. Herrnstein y Murray C. (Herrnstein y Murray, 1994). Éstos reexaminan el argumento de Jensen con gran aparato estadístico y unas conclusiones más audaces. Afirman que el carácter abierto y meritocrático de la sociedad americana está dando lugar a una sociedad estructurada en función de la inteligencia de los individuos: los más inteligentes obtendrían el mayor éxito educativo, y a través de él, mayor éxito económico y social; los menos inteligentes tenderían a ocupar los empleos peor remunerados y el nivel inferior de la escala social. De esta manera, la sociedad se estaría ordenando de acuerdo con el mérito y la capacidad de los individuos, y en esa reorganización una buena parte de la población perteneciente a ciertas minorías raciales (sobre todos los negros, pero los hispanos también) estaría abocada a permanecer como una clase inferior no cualificada, ya que su promedio de IQ estaría muy por debajo de la media nacional. Como era previsible, el debate público sobre los argumentos de este libro ha sido intenso y apasionado. Defensores y detractores han estado alineados a menudo en posiciones políticas, lo que ha favorecido la vehemencia del debate pero no necesariamente su claridad (Fraser, 1995).

5.3 padres o amigos.

El tema de ser padres y amigos de los hijos tiene muchas aristas, algunas son sociológicas, como las que de alguna manera explicaba antes, pero también tiene que ver con lo sensibles que somos los adultos de hoy al rechazo de nuestros hijos. No queremos verles la cara larga, que nos digan que somos anticuados, distintos a los padres de sus compañeros, que somos "mala onda".

En realidad, queremos ser papás buena onda, aparecer como evolucionados y esto nos hace ser tremendamente ambiguos en nuestra forma de educar; nos cuesta decir que no. Nos vamos en cuarenta explicaciones, somos los reyes de los "depende", con lo que metemos a los niños en una red de inseguridades que les impide conocer qué es correcto y qué no y todo parece permitido. Las consecuencias de ser papás-amigos son muchas: los niños no tienen un referente distinto de sus amigos para educarse, desarrollan una pésima tolerancia a la frustración porque los padres no les dicen que no, y si lo hacen, cambian fácilmente con ciertas manipulaciones. Los hijos se transforman en manipuladores porque ya saben que pueden hacer lo que quieran, todo está en cómo lo pidan. Al final, los adolescentes se sienten solos y poco seguros porque en un principio es entretenido tener papás así, pero con el tiempo ellos empiezan a sentir que necesitan de alguien que los guíe porque si no, se mueren de angustia.

Los niños, en su desarrollo sano, necesitan límites, disciplina y conductas fijadas por los padres, mezclado con el afecto: es la fórmula para una buena educación. Ternura y disciplina parece ser la clave. Más aún, es importante que se tenga claro que mientras más claro es un padre o una madre en su forma de educar,

más expresiva y libre para amarlo está, porque si no es así, la rabia como sentimiento encubridor deteriora la calidad del vínculo.

Los niños, en su desarrollo sano, necesitan límites, disciplina y conductas fijadas por los padres, mezclado con el afecto: es la fórmula para una buena educación. Ternura y disciplina parece ser la clave. Más aún, es importante que se tenga claro que mientras más claro es un padre o una madre en su forma de educar, más expresiva y libre para amarlo está, porque si no es así, la rabia como sentimiento encubridor deteriora la calidad del vínculo.

En general, de acuerdo con mi experiencia, frecuentemente veo a este tipo de papás amigos que no saben cómo salir del embrollo en que se metieron un poco producto de su visión a corto plazo de "total ya van a crecer", "son niños", etc., y cuando quieren poner límites cuando son más grandes, es demasiado tarde.

Los papás de los más grandes, desde secundaria, están muy angustiados. Muchos perdieron el control, sintiendo que ya no saben qué hacer con sus hijos. Esos niños que están literalmente "a la deriva", sin ninguna norma. Y estos padres tienen la osadía de decir que confían en sus hijos y por eso no les ponen límites.

También existen, los que están tratando de ser amigos con sus hijos y les dicen a todo que bueno. ¿Cómo no les van a comprar celular si todos tienen? Capaz que el hijo se traume, sin entender que le están diciendo que vale desde que lo tiene y no antes. Papás que les dan permiso para todo, que fuman con los hijos, que toman con ellos para que "aprendan", que les financian los piercing y la ropa más rara que les piden. Papás que les permiten a sus hijos, por miedo al rechazo, que reciban amigos en sus piezas, entendiéndolo que ellos necesitan "privacidad" y no son capaces de decir que para eso está el living y no las camas. Estos papás-amigos no colocan límites, pero tampoco dan mucho cariño, no abrazan porque van a ser rechazados, no dicen "te quiero" por temor a hacer el ridículo y, por lo tanto, tampoco son consistentes en la forma de educar.

Por supuesto que existen los que lo están haciendo bien, que ponen límites, que retan cuando hay que retar, que cumplen los castigos y también lo bueno, que entregan afectos, que tocan, que besan, aunque los adolescentes los rechacen, ya que entienden que eso es una pose y que no quiere decir que no lo necesiten. Son papás que entran a las piezas de sus hijos aun cuando la puerta esté cerrada, que dicen "te quiero", pero con la misma claridad son capaces de decir que no, aunque eso implique tener al "niño" o la "niña" con cara larga varios días.

Por lo tanto, como le he venido explicando, el vínculo creado entre padres e hijos es muy importante de fortalecer, ya que es la base para una crianza óptima de los hijos independientemente del tiempo que físicamente se esté con ellos.

Capítulo 6 Conclusiones

La relación entre la crianza de los hijos, maternidad y trabajo remunerado es, sin duda, una relación compleja y poco abordada, aún en nuestro país, a pesar del incremento significativo de las madres trabajadoras. La interacción entre las obligaciones laborales y las responsabilidades familiares y de cuidado infantil plantea tensiones de diverso tipo.

Las opiniones recogidas en torno al tema laboral son elocuentes en cuanto a señalar las nuevas percepciones en torno al rol de las mujeres, el trabajo aparece como un valor, un derecho y una aspiración legítima para la mayor parte de las mujeres. Según los estudios revisados, es mayoritaria la opinión de que es bueno que la mujer trabaje fuera de casa, el trabajo es percibido como fuente de realización personal y de sociabilidad, la mujer que trabaja “se realiza mejor como mujer”. Pese a ello existe conciencia de que las mujeres tienen menor acceso al trabajo remunerado que los hombres. Las mujeres se reconocen mayoritariamente en situación de desventaja respecto a los varones a la hora de buscar empleo. No acceden al mundo laboral en condiciones de igualdad.

Entre otras limitaciones, se reconoce la existencia de menor cantidad de empleos, la existencia de mayores exigencias y el menor pago por el trabajo. También manifiestan que las tareas domésticas y de cuidado restringen su tiempo. La mayoría de los trabajos a los que tienen acceso, son mal pagados. En algunos estudios, las mujeres opinan, que, la solución no está sólo en el mercado laboral, sino algunas medidas públicas como: programas de cuidado infantil, acceso a la capacitación y los recursos productivos, que permita superar estas dificultades.

Desde el punto de vista de los ingresos, el aporte de las mujeres al hogar es significativo. El modelo de dos proveedores económicos en el hogar es un modelo que se ha generalizado en la población, respondiendo a razones de orden económico pero también a razones de orden cultural y social que ponen en cuestión la tradicional división sexual del trabajo. Los aportes de las mujeres a los hogares en este estrato ocupacional están lejos de ser un aporte complementario, secundario o menor. En este sentido, el mito del hombre proveedor del sustento económico de los hogares parecería develarse.

En el ámbito de la vida privada, se hace visible una cierta autonomía de las mujeres. Se manifiesta la aspiración a una relación entre iguales en la vida de pareja y en la división de tareas, si bien, la división sexual del trabajo de cuidado al interior de los hogares sigue líneas de género muy definidas en el tipo de tareas que realizan madres y padres, así como también en la intensidad y cantidad de tiempo dedicado a las mismas. Las tareas que realizan las madres están más vinculadas a la atención directa de los niños y a la respuesta en caso de situaciones críticas o de urgencia como la enfermedad. Las tareas que realizan los

padres son tareas de tipo orientadoras, que no requieren una rutina cotidiana en la mayoría de los casos.

Una de las tensiones más importantes a resolver es la atención de los niños mientras los padres, especialmente las madres, trabajan. De aquí surge la importancia de recurrir a redes familiares y sociales para resolver las situaciones de cuidado infantil. Estas redes siguen cortes claros de género y están integradas en su mayoría por mujeres. Es de destacar, el papel de las madres, de madres de nueva generación, (las abuelas) como estrategia importante del cuidado infantil. Esto nos genera la pregunta acerca del futuro: ¿qué ocurrirá cuando las abuelas no estén disponibles para prestar cuidados infantiles? Recordemos que nuestras abuelas son de una generación donde sus actividades se limitaban al trabajo doméstico y al cuidado de sus hijos, sin embargo en la actualidad, las tasas de actividad de las mujeres más jóvenes sugieren que en pocos años no existirá esa generación de abuelas que no trabajan y pueden cuidar a sus nietos.

La incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, muchas veces indispensable para cubrir los costos de manutención familiar, se ve obstaculizada por la vigencia de prácticas de género más tradicionales al interior de los hogares en la división de las tareas de cuidado y responsabilidad familiar. La compatibilización entre trabajo remunerado y responsabilidades familiares y de cuidado es un tema complejo que afecta diferencialmente a hombres y mujeres, siendo éstas últimas las más comprometidas.

El tema del cuidado y las responsabilidades familiares, principalmente el cuidado de los niños y las personas dependientes, plantea hoy más que nunca la interrogante acerca de la posición de las mujeres y su igualdad en distintos ámbitos de la sociedad, pero principalmente en la esfera de la familia y el trabajo.

Las soluciones de fondo radican en una participación en la crianza de los hijos más activa de los padres, es decir; en nuestro país existe por ley los cuidados maternos para las madres, sin embargo no existe nada para que los padres puedan o se les facilite pasar más tiempo con sus hijos. Hasta el 12 de Febrero de 2008, mencionan en las noticias que un trabajador de la Comisión de Derechos Humanos, se le extiende un permiso por dos semanas para cuidados paternos ya que su esposa había dado a luz. Este precedente reciente podría ser un paso importante en la legislación de este tema.

La economía de un país empieza por la economía familiar, está se sustenta en la educación que tienen los niños y niñas; la educación se vincula directamente con la capacidad de relacionarse con los otros tanto dentro de la familia como en un plano externo, es ahí donde se ponen en practica los valores aprendidos dentro del núcleo familiar.

A pesar de que en la actualidad se habla de que las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres y que muchos coinciden en que el trabajo del hogar

debe ser equitativo tanto para el hombre como para la mujer y que ambos padres son igualmente responsables por la crianza de los hijos, seguimos hablando de cuando la madre tiene que salir a trabajar para obtener un salario y contribuir a la economía no solo de su hogar sino también a la economía del mundo; por lo tanto debemos tomar en cuenta los roles que la sociedad nos impone cuando somos padres, cuando somos hijos y cuando somos abuelos, y no evadirlos como sucede con muchos hombres que se deslindan cuando embarazan a una mujer, dejando en ellas toda la responsabilidad, aún cuando no cuentan con la ayuda de sus padres muchas mujeres libran al hombre de su responsabilidad.

Este problema, le da un significado negativo al hecho de ser madre, ya que la mujer que no cuenta con un respaldo de una pareja se ve en la necesidad de abandonar o en el mejor de los casos posponer sus metas de auto realización, y ven en el hijo un obstáculo. Por parte de los hombres que si asumen su responsabilidad, podemos ver metas truncadas con la diferencia de que para la sociedad es más aceptable que un hombre se aparte de sus metas para hacerse cargo de su familia, a que una mujer sea madre soltera, aún cuando ella cumpla sus funciones de madre de forma correcta.

En el siglo XVII empezó a verse la niñez como un periodo de inocencia, como sucede en buena medida actualmente y los padres de familia empezaron a tratar de proteger a sus hijos contra los excesos del mundo de los adultos. Mientras los niños se desarrollan, necesitan diferentes tipos de estimulación e interacción para ejercitar sus habilidades y para desarrollar otras nuevas. A cada edad, es esencial responder a las necesidades básicas de salud y de nutrición.

Para un armonioso desarrollo psicosocial del niño se tiene que incidir en los programas educativos que incluyen información sobre las etapas normales del desarrollo infantil. Dicha educación e información deberán recibirla oportunamente las personas que tienen a cargo la crianza y educación de los niños y los responsables de su bienestar; esto incluye a padres de familia, maestros, madres sustitutas, personal de guardería, etc. Para el desarrollo social del niño es necesario brindarles oportunidades suficientes de juego, aprendizaje e interacciones personales. Hay que tener presente que la comunicación es la base de la salud espiritual y la armonía social.

Desde el punto de vista del enfoque sociocultural los procesos psicológicos son concebidos como el resultado de la interacción mutua entre el individuo y la cultura. En este proceso de desarrollo la clave del funcionamiento psicológico está en la construcción de significados, concretamente, en los significados que le atribuimos a los objetos, a las palabras y a las acciones de los demás. También se considera que la elaboración individual de los significados es parte de una construcción activa y social del conocimiento que compartimos con los demás miembros de nuestro contexto social y cultural en el que nos desenvolvemos.

El ser padre o madre no significa igual para todos, igualmente sucede con el trabajo; esto quiere decir que depende el momento y las circunstancias en que se es padre o madre, por un lado tenemos a los padres y madres que decidieron formar un proyecto de vida juntos e incluso algunas de estas parejas pudieron planear cuando y cuantos hijos tener. Sin embargo, en su mayoría las parejas jóvenes se unen por que van a tener un hijo. Por otro lado tenemos a las madres solteras, que deciden tener a sus hijos y no esperar nada del padre de este.

En el trabajo pasa algo muy similar, ya que no es lo mismo que un adolescente o un joven que vive con sus padres, que tiene relativamente lo indispensable y trabaje para comprar algo que sus padres no quieren o no pueden costearle, a que un joven tenga que trabajar porque tiene una responsabilidad como lo es criar a un hijo.

Por lo tanto, las funciones de afecto que un padre y una madre les dan a sus hijos está relacionada directamente con lo que para ellos signifique ser padre o madre, en la cultura latina, también hay que tomar en cuenta la familia extensa; es decir, que significa ser abuela y abuelo, tío o tía, porque estos son en la mayoría de las familias las redes de apoyo con la que los padres cuentan.

En donde existe una familia nuclear, generalmente el padre es quien trabaja y la madre se encarga de la crianza de los hijos. Sin embargo en la actualidad, el salario que gana el jefe de familia no es suficiente para satisfacer todas las necesidades de la familia, aunado a esto, como ya mencioné, la mujer afortunadamente ya no solo tiene la idea de casarse, tener hijos y hacer todas las labores domesticas sin goce de sueldo, ella busca auto realizarse y con un mayor acceso a la educación ha logrado competir por puestos de trabajo que antes solo eran considerados para los hombres.

Una de las finalidades por lo cual ambos padres que trabajan es para solventar las necesidades básicas de salud y de nutrición de sus hijos, cumpliendo así la función económica. Sin embargo, descuidan en parte la función afectiva de sus hijos, esto no significa que todos los padres que trabajan descuidan emocionalmente a sus hijos, ni tampoco que los padres o madres de 24 horas brindan el mejor de los afectos a sus hijos, esto está relacionado con la forma de comunicación y la calidad del tiempo que pasan juntos los padres y madres con sus hijos.

El diálogo entre padres e hijos es la mejor forma de comunicación en la familia, sin embargo este muchas de las veces no es el indicado, una sana comunicación entre los miembros de la familia sería si hay interés en los las actividades de los hijos, sus preocupaciones e inquietudes. La comunicación es un vínculo entre padres e hijos donde está la base de toda familia, pues de este depende ampliamente su funcionamiento como núcleo de toda sociedad.

En la familia pueden convivir distintas generaciones desde bebés hasta ancianos, cuyas realidades son muy diferentes. Eso que en otras épocas se vivía como enriquecedor, ahora puede ser motivo de desencuentro. También la falta de tiempo; el no tener programadas actividades conjuntas; la enorme cantidad de estímulos a los que estamos expuestos (teléfonos, televisión, Internet, videojuegos, etc.); el trabajo fuera y dentro de casa; el tiempo de ocio, etc. con días que siguen teniendo 24 horas, hace que cada vez haya menos tiempo común.

Pero es en la familia donde nace y crece el mundo de la afectividad y para ello son necesarios tiempo y comunicación. También comunicarnos es necesario a la hora de transmitir mensajes que consideramos relevantes y valores que nos parece que los niños deberían desarrollar.

El clima de teórica armonía y de correcto funcionamiento familiar, se ve matizado de manera importante cuando los discursos de padres y madres afrontan la manera en que se entabla la comunicación entre los miembros de la familia, especialmente en lo que se refiere a la relación entre padres e hijos.

Principalmente, porque la diferencia generacional propicia muy diferentes claves de entendimiento, no sólo en lo que se refiere al lenguaje en sí mismo (la manera en que los jóvenes hablan entre ellos y sobre todo, con sus padres, se observa, desde éstos y en muchas ocasiones, desde la perplejidad y literal incompreensión), sino en lo referido a temáticas, intereses y preocupaciones. Por todo ello, la comunicación entre padres e hijos, sobre todo en los periodos en los que éstos se encuentran inmersos en la adolescencia, no resulta nada fácil, dificultando esto el acercamiento y, consecuentemente, la labor educativa de los padres.

Por lo tanto, la comunicación entre padres, madres e hijos se debe establecer desde que estos nacen, creando vínculos afectivos firmes, respetuosos y jerárquicos, dando a los hijos la capacidad de decidir, conocer sus límites, respetar las reglas y normas. Todo esto con el fin de hacer más armónica la convivencia cuando los hijos lleguen a la adolescencia.

Los estilos de crianza y el tipo de familia determinan la personalidad de los individuos, resaltando las figuras afectivas, las figuras de autoridad y la forma de relacionarse con sus pares.

Dentro de toda familia los miembros que la componen juegan diversos roles, por lo tanto dependiendo el tipo de familia y el estilo de crianza se forman diferentes vínculos afectivos ente ellos.

Las familias monoparentales en nuestro país generalmente están formadas por madres solteras, las cuales tienen la necesidad de recurrir a sus propias redes de

apoyo, estas redes están principalmente constituidas por las abuelas o tías, las cuales en gran medida pasan a ser las madres sustitutas, por lo tanto, los hijos de estas madres solteras crean un vínculo afectivo muy fuerte con ellas dejando a la madre biológica en un segundo plano.

El vínculo afectivo entre los hijos y las madres sustitutas es inevitable, por el contrario es indispensable para un sano desarrollo emocional de los niños; pero, la madre biológica, aún con su carga de trabajo fuera del hogar y dentro de este, puede brindar tiempo de calidad a sus hijos a través del juego, el dialogo y el compartir momentos como las comidas (desayuno o cena según las posibilidades), para crear o mantener un buen vínculo con sus hijos, también, dependiendo de la edad de los hijos dándoles ciertas responsabilidades dentro de las tareas del hogar (como podrían ser recoger sus juguetes, tender su cama, entre otras cosas), tratando de ser una figura de autoridad y de afecto para sus hijos, y no perder la autoridad ante ellos, ya que muchas veces, los niños ven a sus abuelos como figura de autoridad y a sus padres los ven como iguales porque estos se someten por igual a los abuelos y no marcan este límite entre ellos y sus padres.

Cuando ambos padres trabajan y también hacen uso de las redes de apoyo, aplican las mismas normas, con la variante de que el padre tiene que asumir un papel más activo en la crianza de los hijos, así como en las tareas del hogar, tratando de crear un clima de sana convivencia al interior de la familia.

Hay que destacar que las perspectivas respecto de las prácticas de crianza tienen en cuenta, cada vez más, el cruce de culturas. Por ello, las direcciones de las investigaciones para el siglo XXI, implican ausencia de estándares universales para el trato óptimo hacia el niño. No obstante, por una parte, se estudia la prevalencia aún de prácticas abusivas y maltrato infantil (Korbin 1991) y, por otra, se estudian las actitudes de los padres hacia el uso de la disciplina y reglas en la educación. La tendencia general es dar a los jóvenes adolescentes una amplia gama de libertad de elección y rechazar el uso del castigo físico en niños preescolares (Varming 1992).

Resaltar también que las diferencias entre unos padres y otros en prácticas de crianza se encuentran en el marco de un planteamiento ecológico y sistémico del proceso evolutivo, en donde los determinantes culturales, sociales y familiares moldean los contextos concretos en que los niños se desarrollan y se socializan.

Entre las circunstancias que ejercen un efecto moldeador sobre las ideas de los padres y, por tanto, influyen en la configuración del estilo educativo familiar están las experiencias concretas de estimulación y socialización, las limitaciones o posibilidades relacionadas con los hijos, las ideas específicas respecto de sus capacidades, la experiencia previa como padres, la profesión, el nivel educativo, la forma en que los padres recuerdan su propia educación cuando eran niños (Ainsworth & Eichberg 1991).

El bienestar económico y la personalidad de los padres son cambios que afectan evidentemente a las prácticas de crianza que también pueden estar influenciadas por muchos otros factores que desempeñan un papel en cada estilo educativo (Dix 1991) (Carter & Middlemiss 1992).

Cada uno deriva de los objetivos concretos que tengan los padres respecto de la crianza de sus hijos, así como de sus ideas sobre la naturaleza de los niños, el papel adecuado de los padres y la mejor forma de educar a los hijos (Goodnow & Collins 1990). Es decir, la combinación de influencias, configurada por factores relacionados con la cultura, la religión, la etnia y el género, pueden hacer que los padres utilicen prácticas de crianza distintas.

La familia debe ser concebida como un sistema en constante cambio o como un sistema que se adapta a las diferentes exigencias de los diversos estadios de desarrollo de cada uno de sus miembros con el fin de asegurar continuidad y crecimiento psicosocial a quienes la componen (Minuchin, 1977).

Este proceso de continuidad y crecimiento, remite a la tendencia homeostática y a la capacidad de transformación implícitas en todo el sistema. Es necesario hacer énfasis en que existen circuitos retroactivos que actúan a través de un complejo mecanismo de retroalimentación orientado al mantenimiento de la homeostasis (Andolfi, 1990 citado por Chavarria 2006).

En base a lo revisado en esta tesis, la sociedad está en constante cambio, las exigencias tanto para los hombres como para las mujeres están dirigidas a la superación personal y el éxito se mide principalmente por la solvencia económica, descuidando el vínculo afectivo entre los padres e hijos. El reto consiste en lograr un equilibrio entre el tiempo de trabajo y el tiempo de calidad para convivir con los hijos.

Por el lado económico, La opción sería aprender a ahorrar y enseñar a los hijos el ahorrar; el ahorro no solo es la acumulación de dinero, es el uso que se le da para mayor beneficio, es decir, aprender a gastar con el fin de tener un mayor rendimiento del dinero.

Por el lado afectivo, la convivencia y la comunicación deben darse desde que los hijos nacen, si bien se usa el servicio de guardería o con una de las redes de apoyo es de vital importancia no dejarlos y recogerlos a los hijos como si fueran bultos, ya que los niños, por muy pequeños se dan cuenta del trato que les brindan las diferentes personas y a determinada edad entienden, por lo tanto es esencial explicarles porque se tienen que quedar con determinadas personas para que los padres puedan trabajar, a su vez cuando se recogen mostrar interés en las actividades, sentimientos y preocupaciones de los hijos.

Bibliografía

Adler L. (1971) *Reciprocity of favors in the Middle Class of Chile*, *Studies in Economic Anthropology*, G. Dalton (ed.), American Anthropological Association.

Aizpuru, A. (1994). *La teoría del apego y su relación con el niño maltratado*. *Psicología Iberoamericana*, 2, 1, 37-44

Ariza, M., González de la Rocha M. y De Oliveira O, (1997), *Características, estrategias y dinámicas familiares en México, América Central y el Caribe*, documento preparado para la UNESCO.

Barkin, D, Ortíz I y Rosen F (1997) *Globalization and resistance: the remaking of Mexico*, en *NACLA Report on the Americas* (Nueva York) Vol. 30, N° 4, Enero.

Batthyány K (2002) *Maternidad y trabajo asalariado*, tesis de Maestría Universidad de la República (UdelaR), Montevideo, Uruguay,

Baumrind, D. (1973). *The development of instrumental competence through socialization*. En A.D. Pick (ed.), *Minnesota Symposia on Child Psychology*, (vol. 7, pp.3-46). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Bowlby, J.(1998). *El apego y la pérdida 1: El apego*. Barcelona: Paidós

Bowlby, J. (1998). *El apego y la pérdida 2: La separación*. Barcelona: Paidós

Bowlby, J. (1997). *La pérdida afectiva: tristeza y depresión*. Barcelona: Paidós

Boy, E; García, L & Torreblanca, A. (1985). *Importancia del vínculo materno-filial en el sentimiento de seguridad*. *Revista Mexicana de Psicología*, 2, 1 29-31

Cano, A; Pellejero, M; Ferrer, Irruarrizaga, I & zuazo, A. (2001). *Aspectos cognitivos, emocionales, genéticos y diferenciales de la timidez*. *Revista Española de motivación y emoción*, 2 67-76

Cabezas, M. (1991). *Características del padre del bebé en caso de madres adolescentes*. Tesis de licenciatura Escuela de Psicología. Universidad de Costa Rica.

Carrión, A; Córdoba, A & Collado, A. (2000) *Diferencia en la percepción de influencia de los acontecimientos vitales en hombres y mujeres*. Revista Latinoamericana de Psicología, Vol. 35, (1), 19-26

Castells, Manuel, (1996), *The Net and the Self. Working notes for a critical theory of the informatioal society*, *Critique of Anthropology*, Vol. 16 (1): 9-38, Sage, London.

Chavarria, P. (2006). *Relaciones intrafamiliares y manifestaciones de esquizofrenia en mujeres adolescentes*. Tesis de Licenciatura Facultad de Psicología UNAM. Distrito Federal, México.

Consejo Nacional de Población (CONAPO) (2000) *La situación demográfica de México 2000* (México).

De Oliveira, O.; Eterned, M. & López, M., (1999). *Familia y género en el análisis sociodemográfico*. In: *Mujer, Género y Población en México*, ed., México, DF: Colegio de México.

Fernández, M; Martínez, M & Pérez, J. (2002). *Vinculación afectiva e interacción social en la infancia*. Revista española de motivación y emoción, 3 1-15

Gracia, E; Musitu, G; Arango, G & Agudelo, A. (1995). *El maltrato infantil: un análisis desde el apoyo social*. Revista Latinoamericana de Psicología, 27,1, 59-71

Guzmán, L; Soto, M & Soria, R. (1990). *Separaciones breves entre madre e hijo: ansiedad, afrontamiento y factores relacionados*. Revista Mexicana de Psicología, 7, 1, 2, 45-48

Gottman, J., DeClaire J. (1997). *Raising an emotionally intelligent child: The heart of parenting*. New Cork.

Hernández G. L. y Osorio B. S. (1996) *Estilos de crianza en México* Tesis UNAM 1996

Hernández, L; Barranco, R & González, S. (1989). *Alto riesgo en instituciones de cuidado infantil*. Revista Mexicana de Psicología, 6, 1 15-18

Hidalgo C G., Carrasco B E.; (1999) *Salud Familiar: Un Modelo Integral en la Atención Primaria*; Textos Universitarios Facultad de Cs. Sociales; Ediciones Universidad Católica de Chile; Santiago Chile.

Jelín, E. (1994) *Las relaciones intrafamiliares en América Latina*. Un programa regional en América Latina y El Caribe, Santiago de Chile, CEPAL, , pp. 37-58.

Lara, M; Acevedo, M; López, E & Fernández, M. (1994). *La conducta de apego en niños de 5 y 6 años: influencia de la ocupación materna fuera del hogar*. Revista Latinoamericana de psicología, 26, 2 283-313

Lartigue, M & Vives, J. (1992). *La formación del vínculo materno infantil: un estudio comparativo longitudinal*. Revista Mexicana de Psicología, 9, 2 127-139

León S., A.T.; Zúñiga L., I. (2001) *Los retos que enfrenta la familia de cara al nuevo siglo, desde la perspectiva de las niñas*. En Isabel Vega y Allen Cordero (Ed.). Realidad familiar en Costa Rica. San José, Costa Rica: Flacso-CR.

Lozano, E; González, C; Carranza, J. & Alto, M. (2004). *Malestar y conductas de autorregulación ante la situación extraña en niños de 12 meses de edad*. Psicothema, 16, 1 1-5

López B, De La Paz M y Izazola H. (1994), *El perfil censal de los hogares y las familias en México*, México, D.F.: INEGI.

López Ramírez Adriana (1976-1997) *El perfil sociodemográfico de los hogares en México* ed. Talleres Gráficos de México

Palacios, J. (2000). *Desarrollo psicológico y educación*. I. (pp.225-243). Madrid: Alianza.

Palacios, J. (2002) *Familia y Desarrollo Humano*. Madrid: Alianza Editorial, S. A.

Pérez C. (1992) *Crisis familiares no transitorias*. Rev Cubana Med Gen Integ

Pérez C. (1999) *La familia en su etapa de formación*. Rev Cubana Med Gen Integr

Martínez C. (2001) *Salud familiar*. La Habana : Editorial Científico Técnica;

Minuchin S. (1980). *Familias y Terapia Familiar*, Madrid: Ediciones Gedisa

Minuchin S. (1977) *Familias y Terapia Familiar*. Barcelona, Ed. Crónica

Moreno, M. C. y Cubero, R. (1990). *Relaciones sociales: familia, escuela, compañeros. Años preescolares*. En A. Marchesi, C. Coll y J.

Méndez, f. (1999). *Miedos y temores en la infancia*. Madrid: Pirámide

Navarro, A & Steta, C. (1986). *Abandono paterno y proclividad al alcoholismo: una revisión de la literatura*. Revista Mexicana de Psicología, 3,2 161-166

Satir V. (1999) *Nuevas Relaciones Humanas en el núcleo familiar*. México: Editorial Pax

Rivera, M. y Milicic, N. (mayo 2006) *Alianza Familia-Escuela: Percepciones, Creencias, Expectativas y Aspiraciones de Padres y Profesores de Enseñanza General Básica*. Psykhe, vol.15, no.1, p.119-135. ISSN 0718-2228. Disponible en la World Wide Web:

<http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S071822282006000100010&lng=es&nrm=iso>. ISSN 0718-2228.

Rodrigo, M. J. (1993). *Representaciones y procesos en las teorías implícitas. Las teorías implícitas. Una aproximación al conocimiento cotidiano*. Madrid: Visor. 95-122.

Rodrigo, M.J. y J. Palacios (1998). *Familia y desarrollo humano*. Madrid: Alianza Editorial.

Sánchez, S. J. (2001) *Análisis retrospectivo de estilos de crianza en mujeres con y sin antecedentes de abuso sexual*. Tesis de licenciatura UNAM 2001

Schaffer, H.R. (1981). *El papel de la madre en el desarrollo social temprano*. *Infancia y aprendizaje* 15: 19-37.

Ojeda, A; Díaz, R; (2000). *Conceptualización de los estilos de apego: un estudio empírico*. Revista de la Asociación Mexicana de Psicología Social. 8, 46-52

Ortigosa, J. (1999). *El niño celoso*. Madrid: Pirámide

Pino, M & Herruzo, J. (2000). *Consecuencias de los malos tratos sobre el desarrollo psicológico*. Revista Latinoamericana de psicología, 3, 2, 253-275

Priego, A. & Valencia, M. (1988). *El síndrome de hospitalismo en niños menores de cinco años*. Revista Mexicana de Psicología, 5,2 173-181

Trianes, M. (2002). *Estrés en la infancia: prevención y tratamiento*. Madrid: Nancea

Valdez Rodríguez Nayeli (2005) *Influencia de los estilos de crianza en la socialización de los niños*. Tesis de Licenciatura UNAM 2005.

Vargas, A; Díaz, R & Sánchez, R. (2000). *Patrones de apego infantil: efectos diferenciales en niños y niñas*. Revista de la Asociación Mexicana de Psicología Social, 9, 862-868

Safa, Helen, (1995), *The Myth of the Male Breadwinner: Women and Industrialization in the Caribbean*, Boulder, Colorado: Westview Press.

INEGI. (1993): *XI Censo General de Población y Vivienda, 1990. Hogares. Tabulados temáticos*. México, 1993.

INEGI. (2001): *XII Censo General de Población y Vivienda, 2000. Tabulados básicos*. México, 2001.

<http://www.inegi.gob.mx/censoeconomico>

Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) (2005). *Prediagnóstico sobre la Dinámica Familiar I*. En: DIF. Diagnóstico de la Familia Mexicana. Litográfica Pirámide. México.

Instituto Nacional de las Mujeres (2001). *Programa Nacional para la Igualdad de Oportunidades y no Discriminación contra las Mujeres 2001-2006*. Volumen I. Objetivos y líneas estratégicas. INMUJERES. México.

Wilson, M.N.; Kohn, J; Curry-EI & Hinton I.D. (1995). *The influence of family structure characteristics on the child-rearing behaviors of African American mothers*. *Journal of Black Psychology* 21.4: 450-462.

Winnicott, D. (1995). *La familia y el desarrollo del individuo*. Argentina: ed. Lumen-Home

Yela, C. (2000). *El amor desde la psicología social*. Madrid: 2000